

Aluvión de la memoria:

Aglaura, La tahona, Noche fuera de casa

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

MAURICIA MORENO

Aluvión de la memoria: Aglaura, La tahona, Noche fuera de casa

Prólogo

LORENA PAZ VALDERRÁBANO BERNAL

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Aluvión de la memoria: Aglaura, La tahona, Noche fuera de casa

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Emma Moreno Carmona

ISBN: 978-607-495-286-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/88/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRÓLOGO

La producción literaria de Mauricia Moreno inicia su divulgación en 1984 con *Aglaura*, su primera novela, seguida por *Noche fuera de casa*, en 2000; en 2007 fue editada la novela *La tahona*. Entre las ediciones de los tres títulos, la autora ha publicado narraciones breves y cuentos en diferentes revistas de la entidad.

En sus diferentes entregas, Moreno ofrece, como constante, la construcción de los personajes en un contexto específico: el barrio de “La Merced” y sus alrededores, en la Toluca del siglo xx.

Personajes, tramas y anécdotas fluyen entre procedimientos narrativos como el monólogo interior y el diálogo resueltos en el devenir lineal de las historias, además de ofrecer pautas de significado, que remiten necesariamente a la dimensión analítica de los patrones de comportamiento de los individuos de una formación social: la Toluca de la segunda mitad del siglo.

De este modo, el trayecto discursivo, sumado a la expresión existencial de las voces narrativas y sus correspondientes referentes, confluye en lo que Alfonso Reyes delineó, en su “Apolo o de la literatura”, como las condiciones ineludibles para que un texto resulte literario: el valor semántico y el valor formal, significado y expresión lingüística, suceder ficticio y expresión estética.

Así, Mauricia Moreno entrega, en *Aglaura*, la construcción de un personaje femenino que, en abandono de sí misma, trata de ser mediadora entre lo que asume que no es y lo que le gustaría ser para satisfacer al hombre que ama: deja de ser ella para parecerse a la joven esbelta, de rasgos finos que embelesa a Salomón; poco a poco se deja morir de hambre. Y si bien no es la diosa convertida en engendro espeluznante, como ocurrió

con la hija de Cíclope, sí refiere a la Aglaura de Ovidio, condenada por negarse a alojar a la discordia.

La Aglaura de Moreno da paso a esa discordia pero consigo misma. Abandona los estudios, menosprecia los alimentos, desatiende la salud, se distancia de la realidad cuando ésta también la abandona: Salomón no se convierte en un médico exitoso y éste no le proporciona una situación económica estable ni resarce las renunciadas de Aglaura ni regresa por ella al pabellón de desahuciados ni le dice que la ha desplazado de su vida y ha hecho una familia en la que ella no tiene lugar.

Pero Aglaura no es Dido, la de las lamentaciones; Aglaura es la de la imaginación, esa salida que se abre cuando la realidad ya no satisface: mundo de mariposas y arcoíris, cajas de cristal, cabida para todas las vivencias que siendo posibles no tuvieron lugar: los viajes que no hicieron, la casita prometida, las salidas al cine, el retorno a los estudios; llega, en cambio, el exilio de la ciudad y de la vida: cuartos de hospital, recuperaciones postergadas, el desahucio total y, finalmente, la inmediatez del martes tan anhelado, la inminencia de la muerte.

Aglaura, como el personaje mitológico, abrió la caja de su historia y desató a sus propias furias; demonios sueltos que le susurraron: “dale gusto”, “sacrifícate para que te ame”, “mientras más delgada y parecida a la mujer del cuadro, más te amaré”, “contigo, pan y cebolla”, “un día vendrá la recompensa” y tantos otros lugares comunes que la llevaron de la ilusión de la juventud a la desilusión prematura. No queda convertida en roca pero sí en polvo.

Entre tanto, viene un desfile de personajes que remiten lo mismo al barrio que al pueblo, a calles y callejones de una Toluca añeja que a la miseria perenne de pueblos perdidos, ya cerca de Atlacomulco ya en los horizontes de Texcoco.

Aglaura no es sólo la novela de una mujer que se deja morir por amor en una inmolación estéril, sino el eco de historias comunes, de personajes anónimos cuyas huellas aún resuenan en las antiguas calles de Víctimas, el callejón del Ratón, el Calvario, la fiesta del templo de la Merced, huellas de una ciudad que perdemos en nombre de una amorfa y antiestética modernidad.

Por otra parte, *Noche fuera de casa* es el compendio de trece narraciones en las que lo mismo salpica el humor negro que el sabor de los chiles en nogada; la telegráfica historia de la mujer a la que le urge bajar de peso para encontrar novio y hace un certero viaje a la muerte.

Están, también, las historias que recuperan el sabor de las antiguas leyendas contadas al calor del fogón: nagueles y fantasmas, ecos de telúricas voces que se enredan entre los hilos de aquellos rebozos, los de gala y los de fiesta, los de gala y los cotidianos, para buscar la satisfacción de la pasión o aquellas otras que se matizan con la superchería de los vecinos, cuentos que van de boca en boca hasta que se pierden o alguien, como Mauricio Moreno, los rescata.

El toque y sabor de la conversación cotidiana versan sesudamente sobre la antigüedad del calzado y la comodidad de las chanclas o contagian el terror de pasar una noche fuera de casa entre las sábanas de una habitación llena de chinches, en dos remedos de camas para diez pequeños niños y la mascota.

En estas historias de media tarde no pueden faltar las de los amores prohibidos y los sueños robados; el deshonor de lo ilícito y la tragedia de la desilusión, así que de Brujas a Mónaco o de Inglaterra a Italia, o de Zitácuaro a Morelia, de un pasado remoto a las estrellas de cine y del ambiente de burdeles de mala muerte a espejismos de felicidad, las voces narradoras

convergen en muy variadas reflexiones sobre el ya casi perdido arte de la conversación.

Porque, de alguna manera, cada uno de los relatos de esta antología toma ese sabor, el de las conversaciones que animaban el crepúsculo después de trabajar, cuando las tareas cotidianas estaban cumplidas y la gente se metía a su casa a dialogar y las palabras conferían significados misteriosos y trascendentes a los hechos cotidianos.

Y nuevamente aparecen lugares y rincones de Toluca, la bella airosa, la india bonita; su centro, sus portales, el cine Principal, los rincones que se han perdido gradualmente al ritmo de la demolición.

Sin embargo, la narrativa de Mauricia Moreno no es una producción literaria cargada de nostalgia; si bien implica una continua evocación de espacios ya desconocidos para las generaciones más jóvenes, se convierte, también, en testimonio de una identidad, de un fuerte vínculo con las raíces de una parte de la localidad como, en su momento y narrativa, otros autores han plasmado los barrios de San Juan Chiquito, La Retama y el centro de la ciudad.

La tahona, por su parte, cuenta la historia y vicisitudes de Gelsomina, clara reminiscencia de la protagonista de *La Strada*, producción cinematográfica de Federico Fellini (1954), solitaria mujer que pasa casi cuarenta años de su vida entregada al trabajo constante en la administración, organización y producción de la tahona de una tía: una vida.

En la jornada constante de todos los días de la semana, en la Toluca de mitad de siglo xx, al pie del Calvario, en el antiguo barrio de La Merced, Gelsomina va dibujando la relación con la tía Lucrecia, mujer ambiciosa y avara, dueña de la tahona, entregada al placer de la buena vida y de la presencia de Jonás, su

amante de años, así como el ambiente con el que se vive entre la casa de la tía, la tahona anexa y su propio espacio: una pequeña casa a unos cuantos pasos de su sitio de trabajo.

Si bien la narración ofrece la contextualización geográfica de la tahona en el barrio señalado, ésta constituye un universo en su interior. Gelsomina tiene que lidiar lo mismo con los variados personajes que allí laboran, que con los excesos de sus miserias humanas: la codicia, la lascivia, el hambre, la mentira, la intriga, la envidia, emparejada con las contrapartes que de ellos mismos emergen: la solidaridad, la lealtad, la generosidad; todos los matices de la condición humana.

En este universo tan diverso, la protagonista dirige la elaboración de la gran variedad de panes que allí se producen para llegar a muy diferentes puntos de la ciudad y, al calor de los hornos, se van tejiendo las historias de diferentes sectores de la sociedad toluqueña, las confrontaciones laborales al interior de la tahona y las exquisiteces en la mesa de doña Lucrecia; las penurias de los panaderos y los excesos de Jonás.

Después de treinta y ocho años de trabajo, Gelsomina sale de la tahona con el recuento de las pérdidas: la tahona misma, la muerte de Lucrecia, la codicia de Jonás, la partida de tanto trabajadores como los que pasaron por el expendio, su juventud y mucho tiempo más; y los haberes: la sobrevivencia de tantos años, la vida compartida con tantos personajes más, torrentes de recuerdos, a sí misma y una vida propia, ya no sujeta a los demás.

Aglaura, *Noche fuera de casa* y *La tahona* constituyen el eje de la producción literaria de Mauricia Moreno y constituyen referente obligado en la literatura mexiquense.

Por una parte, dan cabida a ecos, voces de esos personajes que, sin nombre y con apodo, construyen el paisaje del barrio de la Merced, de la ciudad, de los oficios de una época:

reboceros y tahoneros, mucamas y albañiles, prostitutas y vividores y, por otra parte, ofrecen un discurso ameno, accesible, sin complicaciones ni mayores elaboraciones pero cargado de valores semánticos.

El estilo de Mauricia Moreno es sencillo pero no simple; sus personajes se matizan con la simplicidad de la vida y no hay complicaciones, pero no deslucen: Aglaura vive sumergida en la miseria a la que la orilla la paupérrima condición de Salomón, pero no hay reclamo; pasa hambre pero no se queja; Salomón la abandona y ella no expresa lamentaciones: construye un mundo propio, fortaleza donde ni la muerte la hace vulnerable; es, apenas, un viaje más.

Gelsomina, por su parte, vive sujeta a un régimen de bárbara explotación laboral, física y emocional; sin embargo, se siente cobijada en el ambiente de la tahona, donde nunca pierde el respeto de los subordinados, pero participa de sus congojas y sus gustos; comprende los excesos de Lucrecia, pero cuida de sus intereses y le guarda lealtad hasta la tumba. En el entretanto, van treinta y ocho años de vida.

Los textos de Mauricia Moreno se construyen con personajes simples, susceptibles de lecturas directas, con tramas sencillas, recursos variados y ricas cargas polisémicas que retienen al lector hasta el final, por eso, son dignos partícipes de la literatura mexiquense actual.

LORENA PAZ VALDERRÁBANO BERNAL

Aglaura

Centro Toluqueño de Escritores, colección Becarios, Toluca, 1984.

A Roberto Fernández Iglesias

Han sonado las once. El ruido en la calle es constante y su voz ronca parece alcanzar la más alta nota. Todo suena a mundo mecanizado, mundo de ruedas, chirriar de llantas, crujir de adoquines que fueron colocados con un fin diferente. La voz humana no existe. Los chiquillos en la escuela, las mujeres al mandado, fábricas o ¡qué sé yo!, los hombres en carrera loca. Una meta, la meta de todos los hombres. ¿Todos? No creo, mi meta es otra, ¡qué silencio! Se distingue el aletear de una lámina de plástico, Laureano las colocó en trescientos sesenta y cinco días, perdón, creo que fue año bisiesto.

El tránsito toma auge, la circulación se reanuda, los ruidos se atropellan, se confunden. ¡Otra vez el silencio! Tres minutos en los que contengo la respiración tratando de disfrutar un suspiro de silencio. Se escucha el piar de la chira. Tal vez si me asomo a la puerta o corro la cortina un poco le vea el trasero lleno y las plumas grises. Nunca me han gustado las chiras. Presagian lluvias, tardes como ellas, grises, agoreras. El perro de junto ha empezado a ladrar. Ladra lastimero. Lomo pelado de perro flaco. Perro que come mierda o un hueso como su lomo.

¿Por qué esas motos no usarán silenciador? El radio de Alfonso, en La Charrita, quiere superar el ruido de la calle.

Apenas se escucha el paso de algún carromato. Empiezo a vivir los sonidos de la noche. El refrigerador parece, con su

ruido, esparcir el frío que conserva dentro. Ahora todo guarda silencio. Yo permanezco mustia, callada. Garrapatea el lápiz y, en su arañar el blanco, rompe en parte la quietud de un instante. Son las nueve y Salomón se ha ido, tal vez atraviere apenas la calle. Quizá ha logrado un carro de alquiler. Él se ha ido. Sus palabras flotan como coágulos, caen, se amontonan aumentando el frío que esparce el run run del refrigerador.

—¡Tú no puedes sentir frío! —dijo con el susurro de su voz—. Te he dado calor desde el día que comencé a venir.

El frío aumenta. A lo lejos se escucha el ruido ronco del tren. Pienso en la buganvilia, el espárrago y el pino enano. La jardinera, su color fuerte sostiene a las plantas de sombra. El sapito se ha enroscado. La millonaria traga agua dos veces al día. El chino al secarse desparrama las púas que tiene por hojas. ¡Necesitan agua! Son las once y tengo frío. No es tan difícil, dejaré junto al lápiz mi pereza. Camino lento al grifo y reparto entre las cinco macetas el medio cubo de agua.

¡Qué linda eres! Tus hojas son firmes y verdes. Tu tallo erecto como cuello de jirafa parece pedir algo más que agua.

La cama me espera, me entierro entre las láminas blancas, los cobertores pesan, el frío se anida en ellos convirtiéndolos en trozos de granito.

Hoy vino María. Cuánta pena sentí. Uno de sus ojos se desprendía cabizbajo, su cara sin disminuir su anchura se ve surcada por algo que deprime. Dice que anginas, que ataque de gripe. Niega lo dicho. Da tumbos al hablar, asegura que le importas nada y en cuanto puede acaricia unas notas que le dictaste tú. Se pierde

su mirada. La encuentro con ojeadas cautelosas al espejo. Se pasa por la cara los dedos regordetes y sonrosados. Creo descubrir un deseo profundo de alejar ese aire que se ha quedado plasmado en su semblante. Le preocupa algo. Anhela preguntar por ti. Yo hago mala cara que atribuyo a exceso de trabajo. No quiero que la conversación gire sobre tu persona. Ni una palabra más, por favor.

María trata de quitar mis manos de la carpeta de notas. Las notas que, tarde a tarde, tú entresacas de lo que yo leo, mientras nuestros dedos se traban en atormentado abrazo. Retengo la carpeta que casi a la fuerza ella trata de arrancar.

Ahora todo toma un nuevo giro, habla de un encuentro a la salida del trabajo. Dice que le ofrecen matrimonio y me mira incrédula cuando le aseguro que, de estar en su lugar, aceptaría al novio con nopal y niño: ¡No te creas, María! Me enfurezco tan sólo de pensar en las ojeras que luces; ¿son de pasar la noche tendida a su lado? Ojeras de color blanco, donde se pierden pequeñas venas azules. Huellas de besos y arranques pasionales. ¡María! Si es eso, ¿por qué sufres?

Siento el estertor del año. Cuánto lo lamento, fuiste bueno, dulce, pródigo. ¡Cuánto me diste! Tu pulso se debilita, se escapa sin dejar esperanza de redención. Estás llamando al final. Todo tiene un comienzo; todo, una ruina, un declinar.

Tiempo indolente, tardo en tu pasar. Hoy no es necesario esperar para disfrutar tres minutos de silencio. Hoy el silencio me aplasta. Siento su volumen sobre mis pensamientos, sobre mi osamenta. Silencio del silencio. Te añoro y te detesto.

Camino con prisa, salto los adoquines tiesos de frío. La pañoleta como banderín se agita y se extiende como alas. Mariposas con las que cubro al aire mi pelo. La calle se desliza entre sombras. Sabor a nieve, nieve simple. Copos que trago cuando pronuncio una palabra. Hielo atiborrado que se escurre y enfría la columna. Los doce escalones, la pequeña rampa, la boca al descanso de la escalera. Obra negra que sobrecoge. Atisbo por las cortinas.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias, ¿puedo pasar?

—Claro, pasa.

¡Tus manos! ¡Tu boca! Las dos mariposas que posan en la pared junto a un cuadro amarillo. Tus batas en la percha. Zapatos blancos como tus batas y... ese cuadro. Senos pequeños, pelo largo, cintura pequeña, rostro de niña. Adolescente de senos incipientes. Me obsesiona. Así las deseas, así te gustan.

Pienso en mis cincuenta y ocho kilos. En mis medidas exuberantes. Debo perder peso. Perderé el color rosa de mi piel, pero seré de marfil y oro.

Casi en la cabeza resuena la campana de Santa María de Guadalupe y un poco más distante la de Nuestra Señora de la Merced. Esta campana suena alegre, puedo asegurar que sigue la trayectoria de mis sentimientos.

¡Qué feliz soy! Al fin logré lo que creí en un principio era imposible. Me sentí gorda, deforme. Durante las tres últimas semanas apenas pruebo alimento. Dejé los chocolates, desistí de harinas y el gran deleite de la cocina de Francisca. Hoy surjo espigada, facciones finas, senos que caben en el cuenco de tu mano. He dejado crecer mi pelo y lo arreglo lacio, marco negro que aumenta el parecido con la chica del cuadro.

No puedo negar que me castigo, pero qué puede importar un estómago vacío cuando mi piel se encuentra llena de besos.

Al principio no existía más que un gran afecto. Me sentía molesta por tus largas miradas a la chica del cuadro. Alguna vez notaste nuestro parecido; bueno, se parecen, pero a ti te sobran unos kilos y te hace falta esa cauda de pelo negro.

He teñido mi pelo un poco. He perdido nueve kilos en tres semanas y estoy sometida constantemente a esos odiosos ejercicios. Los hago de manera lenta. Lento, muy lento, así como navegas en mi cuerpo, depositando un beso en cada micra. Y el corazón escapa y se encuentra en la penumbra de tu cuarto, con el corazón que sale de tu boca. ¡Así deseaba tu amor! Ave que aprisiono mientras siento que tiembla de temor. Los tallos son mustios. Son mustios pero no exentos de belleza. Tallo que se doblega lánguido, sutil como voz quebrada de emoción. Tallo de hojas verdes que aguarda la tierra, en espera de simiente. Palpitar sempiterno; ¡dulce voz de la vida!

Espero tu llamada. Permanezco paciente. Tu calma desaparece cuando usas el teléfono.

—¿Qué haces? —monosílabos, prisa—. ¿Qué te pasa?

¡Ese ruido! ¡No resisto la curiosidad, escapo. De cualquier manera, ya habías soltado el “Te espero, no tardes”.

Trepo por la vieja escalera de mano. Es Elías tratando de dar belleza a su cuartucho, al menos eso veo, el movimiento de su mano es rápido.

Una brocha gorda. Brocha gorda de pintor barato. Chulo, eso es, un chulo de lazo. La cubeta en la mano izquierda hace de

péndulo al movimiento de la brocha, que lo mismo trepa hasta las vigas, que acaricia el entarimado con polilla. La vieja casa. ¿Cómo estará quedando? Hace mucho que no la remozaban.

La luz opaca apenas deja ver manchones esparcidos. ¡Si pudiera ver el color de la calicha! ¿Será pintura de aceite? Siento frío. Mis dedos al oprimir los barrotes de la escalera empiezan a perder color en los nudillos. Mañana veré el resultado.

—¿Qué estás haciendo? ¡Eres un puerco! —La voz suena iracunda. Trepo de nuevo.

—Tienes que limpiar y pronto. —Acompaña sus palabras con una bofetada. Elías se tambalea, permanece de pie, se agiganta, se enconcha. Recoge la cubeta, cubo de mierda, lo vuelca sobre el piso, patatea, se sacude el pelo y se tira al suelo, donde queda dando pujos y mezclándose en el fiemo.

Es mejor no ver más. Regreso mustia. Tal vez tú vuelvas a llamar. El teléfono con mierda espera. El cordón como reptil se enrosca a mi mano. Mi cuerpo toma un color pajoso. ¡El cielo, la tierra, el mundo se cubre de mierda!

La bocaza negra ha desaparecido. Los escalones lucen una capa de cemento. Tú me esperas reclinado en la mesa de trabajo. Mi paciencia recorre los rincones. Descubro la cortina inconclusa. Botes de refresco que quedaron en una vertical, puede ser, puede no ser nada. La colcha huele a limpio. Nos cubrimos sin tener frío. No podemos quejarnos, tu vecino hace música.

—Esa canción le gusta a mi madre —guardas silencio. Me oprimes y al hacerlo hablas de tu amor por ella.

—Son los pasos del soldado...

El chico de junto empieza a usar zapatos, no logra amansarlos. Tú reconoces cada ruido. Hablas del matrimonio del cuatro. El amor rompe barreras. De Chihuahua a Yucatán.

—¿Tienes frío?

—No a tu lado.

Adoro a Darwin, adoro la teoría que pobló tu cuerpo por entero. Te ríes de mis locuras.

Abandono tranquilo.

—No te vayas, ¿qué puedo hacer para retenerte?

—No puedo quedarme. Mañana vengo. ¡Tienes que dejar todo! ¿Es que tienes miedo?

—¿A qué puedo temer? ¡Ahora soy como tú querías! ¡Mira!

Y salgo de la colcha con paso inseguro. Ahora camino como el chico de junto. He despertado con pies planos. Suelas de acero que me hacen caminar como robot.

—No te rías más.

—¿Qué te pasa? ¿Te lastiman los zapatos marcianos?

—Y yo que pensé que eran los de Cenicienta.

La calle es larga y la noche bella. Recuerdo una leyenda. —Así nació “Claro de luna” —Guardas silencio. Mi caminar se aplana. Ahora casi floto. Aire frío que me tranquiliza. Manos firmes que dan confianza.

—Hasta mañana —y sólo logras apretar mis manos.

Crece la burbuja y se estanca con temblores y destellos de arcoíris. Refleja la ventana, tu cara, tu nariz con humedad de nariz de gato. Pompa incolora que con cariño aprisiona las mariposas de mis sueños. Alas amarillas que rematan en caoba. Antenas

oscuras, manchones blancos, piel de tigre, terciopelo en polvo. ¿Qué pensaste al prender sus alas? ¿Qué, al suspender su vuelo y dejar estática su fuga?

Pensé en mi correr de niña. Trenzas al aire y vuelo de faldines transparentes. Los moños blancos, calcetas manchadas, la mariposa azul que reía de mi llanto. El uno ochenta de mi padre, jorobado ante mi pierna. Arena que escogía el cardenal de mi rodilla.

—Pronto aprenderás el vuelo frágil de las mariposas, no llores.

Y limpiaba lágrimas y restos de hojarasca pescada en el aterrizaje.

Empiezo a empacar. ¿Qué llevo?

—Nada cabe en mi cuarto, recuerda que es un pobre cuarto de soltero.

—No te preocupes, no llevaré nada. Con gusto cambiaría todo lo que tengo por tus besos. Seremos tan pobres como tú lo quieras. ¿Puedo despedirme? —guardas silencio. Repaso todo, la millonaria parece triste, la hoja elegante ha tomado el color verde del musgo, sus tallos en verde tierno amenazan con soltar agua.

—Mis libros, ¿puedo llevar mis libros?

—No, ni libros.

Dudo un poco.

—¿Ni libros?

—No, he dicho ni libros ni ropa ni muebles.

Las calles se alargan. Cada paso es una duda. Me detengo.

—No dudes, confía en mí.
—¿Quién dice que dudo? ¿No es acto de fe esta huida? Dejo todo. ¿Qué más puede hablar de mi confianza? ¡Espera!
—¿Qué pasa? ¡Tú no puedes arrepentirte!
—¡No, no es eso! Olvidé mi esfera de cristal. ¡No puedo dejarla! Recuerda que tú la hiciste. Además, ocupa poco espacio. La pondré en la repisa. ¡No puedes obligarme a dejar eso que representa tanto para mí!
—¡No pienso obligarte a dejar todo! Regresemos.
Caminamos con viento en la cara. Sacude el aire, corta la piel, araña dejando sensación de garras. Arar de tiempo.

Hemos cambiado de casa, de ruidos, de... de nada más. No hay vecinos. Salomón enjuaga la ropa en el lavabo, yo la coloco abrochada y lisa en ganchos. Pequeño lazo, tendedero de un metro. La parrilla falla, saca chispas y se torna negra. Me sobra tiempo y calma. Veinticuatro horas repartidas en libros de texto, guardias, visita a sus compañeros de estudio, la lonchería de María y su hermana, cuatro horas cada tres días para mí. No preparo comida, sería imposible con la parrilla, creo que perteneció a su abuela. ¡Qué pereza! Estiro la manta lo mejor que puedo y me escurro hasta dejar que el aire tibio de la cama me arrulle.

El camastro se hunde en el centro, cuna, tambor raído, remiendo de lazo, ahí paró el tendedero largo. Sin querer me marchito. Faltan líquidos, la presión baja. Me gusta dormir y duermo. Sólo tengo que esforzarme un poco, un poco cada tres días. Salomón pasa el tiempo fuera. Gana cuatro mil pesos cada mes. Dos mil para su familia y dos mil para él. ¿Yo? Como tan

poco, basta una mandarina, alguna hoja para máquina. Dos vestidos al año, una torta de las que le da María y sus besos que no son pocos. Cada tres días, pero abundan.

Salomón se preocupa, yo estoy abúlica. Siento que todo me importa menos, cada día menos.

He pasado ocho días con sus problemas. Veo su cara feliz, sus ojos recorren las líneas.

—¡Buen trabajo! —Y pasa su mano por mi pelo lacio.

—¿Quedó bien?

—Mejoras, no llegas a la perfección, pero si tomamos en cuenta que son tus primeras traducciones sobre medicina, mereces un premio.

—¿Qué piensas darme?

—Por ahora nada, recuerda que apenas tenemos para comer.

Camina lento, parece apretar la boca para no dejar salir algo que le parece molesto. ¿Y si le pregunto? Él parece adivinar y suelta:

—¿Puedo vender tus trabajos? Pagarán cincuenta pesos la cuartilla —mordisqueo mi lengua. Decir que sí traería el compromiso de seguir trabajando al mismo ritmo que estos ocho días. ¡No puedo! ¡Ni quiero confesarle que cada día como menos! Cada día el esfuerzo es doble, camino y hablo torpe. Ha desaparecido mi locuacidad y me pregunto, ¿no se ha dado cuenta de mi estado? En cuanto él desaparece de la casa, si a esto se le puede llamar casa, trepo al camastro. Algunas ocasiones puedo leer, nunca más de diez renglones. Apenas distingo las palabras, siento que danzan con furia, brincan y se pierden

sin volver la página, toman diferentes matices y siempre terminan incoloras, sutiles, transparentes.

Hoy venía radiante, descubrí su tórax afelpado. Después de enjuagar sus manos, boca, pies y cara, se metió a la cama. Le sentí feliz. No pude ni quise hacer preguntas. Brotó de su mente el habla, rompió el silencio su palabra. Murió su voz, la amenaza que hiciera mi paz y el reposo quedó sin esperanza.

Hemos pasado doce horas en el lecho. Diez minutos cada seis horas despierta, ¿es el mismo hombre? ¡Claro que es el mismo! El calor que despierta su cuerpo es exactamente el de siempre. La pelambre que cubre su anatomía, la misma. El mismo color alazán dorado. El mismo enredo. Pelo suave y lacio. Hirsuto. Maraña extraña donde me pierdo.

—¿Estudiaste?

—¡Claro! —me defiende en el silencio, mientras recorro las salientes de la pared. Pintura rosa que araña la piel que cubre mis falangetas largas, muy largas, como osamenta descarnada.

—¿Tienes hambre?

—No —nueva pausa, deseo disfrutar esta pereza que precede nuestro viaje al zafiro. Me acurruco, me hundo en sus veintiséis pulgadas de cintura, ¡comer!, ¿quién quiere comer?

—¡Me toca examen! Bueno, eso creo.

—¿No estás seguro?

—Lorenza no lo está, menos nosotros; tú sabes que somos cien, cuatro grupos y doce subgrupos. Lorenza entregó los temas y... buena suerte.

—¿Temes algo? Estudiaste hasta las cuatro. Tenía frío, sentí tu lugar solo, ¿tú?

—No, te sentí cerca, algunas veces tu proximidad me rodea de bienestar, ¡levántate! Tienes que repasar tus clases.

—¡Déjame dormir, tengo pereza!

—¡He dicho que arriba!

—¿Quieres leche? ¿No? ¡Contesta, ya estoy de pie!

—Ja, ja, ja, ja, ¿de pie? Puedo hacer que te desplomes con un soplo ligero.

—¡Odioso!

—¿De verdad me odias?

—¡Claro que no! ¿Acaso no te sirve de nada tu curso de psicología?

Al fin se ha ido. Podré dormir tres o cuatro horas más. ¡Que se vaya al diablo la escuela! Cada vez siento más pesado el curso. No puedo decir nada, no puedo quejarme en absoluto; sospecharía que llevo una dieta muy severa.

—Tengo hambre... —Salomón guarda silencio, duerme, le observo, le miro la mugre que empieza a brotar sobre su labio. Anoche pinchaba como un canijo chayote. Trato de recordar el nombre que él le da, ¿cómo dice?, después le pregunto.

Duerme silencioso, sin olor, insípido y, sobre todo, pienso que se parece al agua. Corre tranquilo.

—¿Sabes qué pienso?

—Mmm, mmm, no.

—Pienso que eres como el agua, desabrido y tranquilo, un río que viaja sin ningún trabajo, no sé por qué te quiero, ¿no te pasa lo mismo a ti?

—¡Repite eso, araña!

Salomón no siente el frío de este cuarto oscuro. Conecta la parrilla. Desde aquí miro el serpentín que cambia de color. Enrojece, brilla con un color naranja, se torna azul y se estanca en el blanco anaranjado. Esa resistencia de la parrilla me ha dado espanto. Se atraviesa sobre la base de la vasija y produce un corto. Prefiero no usarla. Resulta cómodo esperar que la comida esté lista. He visto preparar costillas de carnero, las condimenta con una poca de sal y pimienta, ¡qué bien huele!

—Ten, no hay más por ahora —me acerca un trocito de pan; tiene manchas negras, no pasa de dos centímetros de ancho, por uno de largo, pero mi hambre es grande y casi puedo transformar este trocito de tizne en una rica chuleta de carnero asada.

El olor se ha esparcido por el cuarto de tres por cuatro. Respiro hondo, inflo mis pulmones, raspo con las uñas la hostia chamuscada que me dan en comunión, así se deshace, se remoja y cae como balón en mi panza vacía. Me acurruco. Hoy tengo que dormir hasta que Salomón se despierte.

—¡Me molesta que dejes las clases! ¿Por qué no fuiste hoy? Fui a buscarte a las doce; hace días que no asistes, ¿qué pasa? Considero que estamos pasando problemas, eso no quiere decir que no puedas terminar el curso. Faltan dos semestres.

Salomón me mira incrédulo, hasta hace poco mi entusiasmo era fuerte. Camina por el corto trecho que va del camastro hasta el hornillo. Pocas veces le he visto furioso, sus ojos se han tornado de tranquilos lagos verdes a charcas donde se retuercen cientos de alacranes.

—Después, lo haré después, cuando tú termines y puedas ayudarme. Por ahora no quiero que te preocupes, dedica tu tiempo a lo que tiene más importancia. Me siento feliz y estoy segura de que te darán plaza.

—No creo, son ciento cuarenta plazas para seiscientos que terminamos... Ya veremos.

He tenido que regresar a clases.

El papel para máquina tiene huellas del andar de una araña. Aquí las hay en abundancia, al principio las recogía enredando su tela en el anular. Me entretenía al arrebatarse las mallas. Algunas ocasiones les permitía seguir con vida. Llegué a pensar que traían buena suerte, las dejé procrearse, se multiplicaron. Había en forma de arena, chiquitas de color terroso, patonas y negras, grandes, ligeramente azules y panzonas, ¡qué gusto ver más de tres! ¡Traían suerte! ¿En qué? En tener tus veinte metros de inteligencia. Siempre has dicho que la altura se mide después de la cabeza.

¡Regresando a los arácnidos! Ahora lamento su multiplicación. Trepan por el papel, se deslizan a la máquina, la pared, tus tres camisas, las batas. Sobre todo a la bata larga de tu amigo el largo, que mide dos veinte sin contar los tacones de sus botas de minero. Adornan la leche, el pan (cuando puedes comprar),

cuelgan de los rincones y zurcen con arte su maraña gris. Pienso en exterminarlas pero me siento tan cansada y además no sé cómo.

El parloteo de mis compañeros hace que olvide cuanto existe. Siempre abandonan la escuela de la misma manera. Los angostos corredores son insuficientes para esa masa humana. Los orientadores y conserjes desaparecen entre nosotros. Sus voces se ahogan. El desorden aumenta, los gritos, las risas y protestas ante los pellizquitos de Alberto. Siempre ha hecho lo mismo. Persiste en alcanzar la región glútea más desarrollada. ¡Por mi parte puedes estar tranquilo!

Hoy suspendimos una clase. El maestro de literatura protestó. Dice que el programa es amplio y el tiempo escaso. De cualquier forma deseábamos el intercambio de regalos. Esos regalos que la mayor parte de ocasiones resulta un fiasco. Se determina una cuota, ¿doscientos pesos?, bueno, doscientos pesos. Nos hacemos ilusiones. Reunimos la cantidad con sacrificios. Todos somos pobres. Apenas si hay para el transporte, libros de texto, copias fotostáticas. Eso sí, que no se hable de perfumes, lápiz labial, broches para el pelo, medias, para eso sobra dinero.

Salomón ha venido a suspender mi fiesta. Se asoma discreto y dice con los ojos que me espera. Arranco mi regalo, dejo el de mi compañera y salgo deprisa.

—¡Mira! Cinco coladores al tamaño de un veinte de cobre.

—¿Para qué quieres esa mugre?

—No es mugre, son juguetes, ¿no te gustan?

—Sólo me gustas tú.

Guardo silencio y camino a su lado. Él parece divertido, acelera el paso y se aleja.

—¡Espera, condenado!

Dice que, en su pueblo, las mujeres deben caminar con la cara gacha y a dos metros de distancia de su hombre.

—¿Por qué me dejas?

—¡Corre, vamos a ver a mi madre!

—¿Es verdad?

—Sí, lo había prometido y hoy cumplo.

Caminamos sosteniendo el sol, este sol de Toluca que se planta como disco de bronce. Pesado y caliente. Sofoca y produce sed. Salomón permanece serio. Ha tomado su turno para la compra de boletos. El derecho a entrar a la terminal única. Estamos a la cola de más de treinta personas. Me toma de la mano y con disimulo me entrega un costalito de manta. Pesa, tal vez tenga unos doscientos pesos. Damos un paso cada tres segundos. El hombre que vende los boletos apenas asoma los ojos. El pelo enmarañado y sucio cae sobre su frente, su camisa a rayas de color indefinido.

Faltan seis hombres, cuatro mujeres con aspecto enfermizo, ¿por qué las cuatro? Se cubren con gruesos abrigos. Abrigos maltratados, manchas y arrugas, ¿por qué las cuatro?

—Ven por aquí, es más fácil —Salomón hace que corra carril abajo. Carril siete, por la rampa—. Es viernes, los pueblos se quedan casi solitarios. Todos compran, venden o simplemente miran. Este día es bueno para los que roban.

—¿Roban?

—¡Claro! Robar es también un trabajo. Un triste trabajo. Si fallas, si no tienes palancas, a la escuela.

—Explícate.

—Es fácil, de la cárcel se sale con diploma.

—¿Has estado allá?

—Se hace tarde, tonta, camina rápido —Salomón trepa al carro, le sigo. Huele a mugre, a pollos, a qué sé yo.

—¿Quieres sol?

—Sombra, me molesta el sol.

Nunca he podido orientarme. Si anhele sombra, viajo entre dos fuegos. El sol y el calor de los cuerpos.

Cuerpos que se apiñan, se confunden. Se mezclan los olores. Cuerpos jóvenes, recién bañados, sucios, malolientes. Alcohol digerido, lustre de mugre, sudor de días. Ropa que ha sido usada durante veinticuatro horas, vistosos chincuetes, grandes ceñidores de colores, camisas de manta o tela brillante, senos que campanean, vientres abultados, pies descalzos, chengas, talones agrietados como tierra reseca. Salomón guarda silencio, parece respetar mis cavilaciones. Los pocos árboles del camino saltan y parecen correr. Pasan, uñas grotescas que imploran agua. Atlacomulco, pueblos separados por menos de cincuenta metros.

La mano de Salomón ata mi mano desde la muñeca. Hemos llegado. Abandonamos el camión. Pequeños montículos de arena se apilan en la esquina de la calle. Aguas negras aflorando. Salomón se detiene y dice de manera brusca:

—¡Te he dicho que todo es feo!

Recuerdo cuanto ha dicho, “las ratas trepan por el escombros, basura, mierda, no hay puertas y cuando me embriago, siento en mi inconsciencia las patas húmedas de las ratas. Husmean, están

llenas de lodo, hambre, ¡odio cuanto ahí existe!, pero es mi casa y ahí vive mi madre”.

Sentí miedo, por un momento pensé regresar.

—¿Qué pasa? ¡Te has arrepentido!

—No, nunca podré arrepentirme.

Continuamos la marcha. El jardín, la iglesia, el mercado y sus canastos llenos de pan, pan de torta, ese pan comparado con las mujeres de pueblo, “corrientes pero sabrosas”. Pan con sabor de anís, saladito y correoso, pan con olor de hojas de guayabo.

—Aquí es, pasa. Venimos a comer.

—Sí hijo, pasa.

Una mano regordeta tendió un plato de pescado. Coloqué sobre mi falda el plato casi lleno de caldillo oloroso. Jitomate, rueditas de cebolla, perejil y una rueda de pescado. Un pescado blanco y de buen sabor. Tortillas negras y el Enmascarado de Plata. Aquellas grutas, la entrada estrecha. Peligro de un derrumbe. Escapé para evitar el escudriño de doce pares de ojos. Lupita y sus mejillas llenas de tizne, el hombre de mamá con sus dos metros de estatura. Mamá lucía a su lado regordeta y baja de estatura. La televisión seguía con su Enmascarado de Plata. Juan en silencio trataba de despedir a los amigos. Pedro seguía en silencio el desarrollo del capítulo en mi rostro.

El aire empezó a papalotar los plásticos que a manera de techo colgaban de unos lazos. Las paredes fofas y reseacas soltaban arenilla.

—Come, estás muy flaca.

Disimulé no escuchar. Mentalmente me encontraba al final de la gruta. El latido del Enmascarado hacía un ruido parecido al del aire. Ululaba mientras Salomón transmitía, con el calor de su mano, la confianza que me había abandonado.

Me sentí transportada, de la ficción del Enmascarado a la realidad de mi nueva familia.

—A mamá le hubiera gustado una nuera gorda y sana como ella. No se preocupe.

—Así estoy bien —respondí, sin estar muy segura de ello.

—Así te queremos, ¿verdad?

Salomón dirigió la mirada a toda la familia. Pepe dijo sí sin pensarlo siquiera. Lupita se recogió en mi regazo, no tomó en cuenta la pregunta. Los demás opinaron que necesitaba comer.

Ahora me doy cuenta por qué Lupita termina con la nariz y cara llenas de tizne. La madre de Salomón compra carbón por junto. Doscientos kilos, que se acarrean en una carretilla vieja y rechinona. Le falta aceite y le sobra uso. En ella se transporta la panza, bonete, libro y cuajar, lo aprendí en la primaria. Hoy he aprendido a limpiarla. Agua caliente y cal. Agua de cal a punto de hervir. Rápido, muy rápido, se le desprende algo así como lama. Va quedando blanca, tan blanca como carne de pollo. Aquí tiene forma de panal, pequeños cuadritos que voy dejando limpios, uno a uno, así como dicen Lupita y su mamá. Esto parece libro cercenado. Hojas gruesas cubiertas de tejido lanoso.

Las manos me arden, las tengo como semillas remojadas. Temo salten más ámpulas. Me han brotado unas en las palmas de las manos, ahí donde el cuchillo hacía presión. Salomón ríe y dice que dentro de poco tiempo ni su madre tendrá que hacer ese trabajo. Confío en que así será. Doña Lupe se ve cansada y vieja después de limpiar toda esa carne. Dos carretilladas

repletas de piel rugosa y sucia. Dos gelatinas temblonas que amenazan con dar al suelo.

Dormí profundo y largo. No supe si Salomón usó como almohada mi pelo. No supe si me besó o no. Después de ayudar a picar cebolla, desvenar chile y limpiar panza, quedé hecha un guiño. Mamá se veía cansada; yo sencillamente estaba muerta.

Afuera el aire parecía quejarse. Noche oscura, luna en cuarto menguante. Asomaba un cuerno de vez en cuando. Temía salir al corral. Pensé en las ratas, las oí arañar la puerta que es colocada por dentro... la tranca que la sostiene descansa en el centro de la cama. La cama es nueva, se encuentra tapada de trapos recién lavados, busqué un lugar donde colocarlos. La mamá de Salomón asomó los ojos de pestañas chinas por una rendija. Miré en ellos la malicia.

—¿Tienes frío? Yo nunca tengo frío con mi muchacho.

Sacó la frente de la grieta y se alejó por los escombros del corral. Mentalmente seguí sus pasos, la vi serpentear entre los excrementos resacos, sus manos regordetas y blancas retirando ortigas y varas, nuevamente las ratas vinieron a mi mente: ojos pequeñitos y brillantes, pelo húmedo y lacio, bigotes largos que a guisa de antenas se mueven al husmear comida.

Después de apilar la ropa en una mesa vieja, cubro el colchón con unas mantas azules. El zarape de lana con flecos pesa demasiado para mi poca resistencia, Salomón ayuda, dice que los flecos deben ir a los lados.

—Me molestan, pican y espantan el sueño, ¿así te pasa cuando me dejo crecer el bigote?

—No tanto, tienes un bigote fino, ¿te has fijado que brilla? No me molesta. Algunas veces me dio asco, cuando recordaba al abuelo. Él metía el bigote en los tarros de cerveza, las tazas de caldo, el agua. Después lo limpiaba con la lengua y me llenaba de asco. Ahora me gusta tu mostacho, es alazán como la crin de los caballos, pero fino y lustroso como mi pelo. ¡Me gusta!

—No necesitas decirlo, se ve, lo sé, ¿tu abuelo?

—¡Qué sé yo!, prefiero no hablar de ello.

—Tú empezaste. Me comparas con él, debe haber sido un hombre sucio. ¡Chuparse el bigote!

—Eran sus bigotes, tú también te los chupas.

—¡Cállate! No pierdas el tiempo. Duerme, estás cansada.

Salomón se tendió a mi lado y guardó silencio. Afuera el montículo de tierra, la arena sucia, los trapos viejos diseminados por el suelo, las varas y los yerbajos transformándose en fantasmas. Aquellos botes aplastados dieron comienzo a una danza. Entre mis sueños caminaba por el corral, hacía zigzag, daba saltos sin poner los pies al suelo. Corría entre aquel montículo de arena, corría entre la mugre del corral. Siempre regresaba a los brazos de Salomón que esperaba a cada vuelta y me levantaba en vilo, y girando y girando sentía perderme en un torbellino, en un fondo que conducía a la nada.

—Tenemos que dejar el cuarto.

—No importa, no te preocupes, estaré donde tú quieras.

—Tengo que adelantarme. Haré el servicio en un pueblo que está a dos horas de aquí.

Con su calma habitual traza un plano. Me divierto y sigo las líneas. Hace cruces, señala un punto que en ningún momento deja claro el sitio.

—¿Entiendes?

—¡Claro! —miro como tonta—, ¿cuándo tenemos que dejar el cuarto?

—En cuanto llegue mi nombramiento salgo para México. Tú te das prisa en empacar lo poco que tenemos. Vendes el catre.

—¿No exageras?, ¿quién puede comprarlo? El tambor tiene un parche de lazo. Siempre estamos en el centro.

—Eso no es por el centro parchado. Tú buscas mi calor y no puedo negar que deseo lo mismo.

—Loco.

—Quiero que vendas el radio, todo lo que pueda ser vendido. Regalas las cajas, la silla, la mesa, las repisas.

—¿Crees que alguien acepte todo eso?

—Mira, no seas tonta, siempre ha existido alguien más pobre, alguien que desea lo que tú o yo no queremos.

—¿Qué vamos a hacer allá? No tenemos dinero.

—¡No importa! Al principio tendremos que sufrir un poco más, ¿estás arrepentida?

—No, eso nunca, si tú me sigues queriendo.

—Te quiero, pero deseo que te recobres. He causado tu enfermedad con tantas privaciones, estoy seguro de que todo va a cambiar, tengo fe en mis conocimientos y tenemos que salir

adelante, te aseguro un cambio. Tantos años de esfuerzo no pueden ser en vano.

Le han dado quinientos pesos por los trebejos y mil de anticipo. No quiso plaza, decidió que era mejor trabajar en una zona marginada. Haremos el viaje de noche, ¿dónde dormiremos? Dice que tiene amigos. Le han ofrecido un cuarto. Mañana quizá logre convencerle de las ventajas de viajar de día. Son cuatro horas. Dos de aquí a México y dos hasta el pueblo. Tenemos que recorrer siete kilómetros de terracería.

Yo no puedo trabajar. Todo lo hará él mientras permanezco en curación. Esta humedad del cuarto y las dietas han ocasionado mis males. Estoy ansiosa por llegar al pueblo. Salomón dice que el pueblo es pobre pero tiene sus ventajas. ¿Cómo será el cuarto? ¿Con quiénes viviremos?

El empleo depende de Salubridad Pública. Su trabajo, sin ser de médico, lo hace responsable y saca a flote sus conocimientos. Una de sus obligaciones es visitar a los vecinos de la zona. Debe anotar y especificar las necesidades, sobre todo tratándose de causas que perjudiquen la salud del pueblo.

Las calles angostas. En algunas partes las aguas negras surcan la tierra suelta, en otras empieza la urbanización. Existe servicio de agua potable ¡Dije servicio! No dije agua. Los postes del alumbrado público toman diferentes derroteros, salen, entran,

iluminan y oscurecen a su antojo. Damos tumbos, Salomón y la Atarantada me ayudan, siento su paso torpe, tan torpe que río cuando recuerdo su correr tras el urbano, corría para llegar a tiempo a clases y siempre lo hizo con los tobillos sangrando. Salomón dice que es cascorva, además camina juntando las rodillas, lo hace con tanta fuerza, que en broma le preguntan si desea ir a la pis.

Ayer, Salomón trajo un molde de plástico.

—¡Mira! He comprado para ti un helado. A ti te gustan. Toma un poco, haz un esfuerzo. Trata de tomar algo ¡No puedes vivir con suero! ¡No puedes hacerme esto! ¡TIENES QUE COMER! Te hablo, ¿entiendes?

Su voz dejó de ser tierna, sonaba desesperada y dura. Le sentí levantar mi pelo. La cascada oscura y lacia caía como tierra negra. ¿Negra? ¡NO! Ha vuelto a ser una cascada rubia. Hace meses dejé de poner pintura en mi cabello. Debe ser como antes, miel, espigas de oro, trigo, río amarillo. Un río sin brillo, opaco río de azogue. Pronto me cubrirá como mortaja.

Descubro un mundo gris, en ratos ámbar. Mis pestañas se cruzan formando una visión menos clara. El solo hecho de abrir los ojos, el solo hecho de mirar la luz me cuesta esfuerzo. Salomón dice que es pereza. Dudo que lo sea. ¡De cualquier modo no puedo hacer nada! Lo único que logro es pensar, soñar con largos corredores, cruzar las calles paralizadas, calles grises, oscuras y frías, lluvia helada, algunas veces descubro parabrisas con limpiadores en movimiento, dedos largos que dicen no, no, y el no se pierde en su movimiento.

Salomón ha llegado, lo oigo freír algo en la parrilla, lo siento en cuclillas enjuagando ropa, lo miro desde el fondo de mi mente. Lee, estudia. Lo percibo aquí junto, lo adivino haciendo compras. Él compra en baratas, ropa que antes de un mes, a la primera lavada, muestra círculos raídos, ropa decolorada y fea. Compra en tiendas de autoservicio, de esas que abaratan y restan calidad.

—¿Por qué no contestas? Pasas todo el día con los ojos cerrados. Te niegas a probar bocado, ¿acaso crees que vas a recuperarte por milagro? Hoy hace dos meses que llegamos. El trabajo sin ser muy bueno da para pasarla. He llamado a mi madre. No puedo cuidar de ti, ¿me oyes?

Quisiera poder decir que lo escucho. Que lo veo desde aquí, que lo adivino. Quisiera pedir que me perdone. No comprendo esta pesadez. Es sólo una pesadez. No puedo abrir los ojos ni tragar nada ni puedo hablar. Tal parece que lo reseco de la boca se extiende a la garganta y baja poco a poco, después de esa lasitud, de la pereza, de ese desgano que circula y se detiene. Esa lasitud que termina en sueño, vigilia y distancia.

—¿Cómo estás, Salomón?

—Bien, la enferma es ella, hace días que está así.

—¿Qué le has recetado?

—Ha venido el médico de Texcoco.

—¿Por qué no le recetas tú?

—Prefiero sea el médico del Seguro Social, le tengo confianza, es buen médico, con mucha experiencia, no cobrará nada. De los medicamentos no me preocupo, tengo muestras médicas, si ella coopera, pronto estará bien.

—Insisto, ¿por qué no la recetas tú? Has estudiado lo mismo que aquél médico, ¿de qué sirve entonces?

—No porfíes, madre, quiero lo mejor para ella.

—¿Sabes qué pasa? Lo que he temido. Años de sacrificio, años de estudios, días y años en que me he fregado, ¿cuántos años estudiaste? ¡Llevo la cuenta! Seis de primaria, tres después en la otra escuela, tres cuando te dieron el papel de bachiller, y cinco de estudios de médico. Dizque con diploma, que con dieces. ¡Puros cuentos, Salomón! Lo que pasa es que eres un pendejo. Lo que tiene tu mujer es hambre, se desbarata de flaca, ¿qué no te pagan? Voy a quedarme un tiempo para ayudarte.

No puedo luchar contra este cansancio. Ni puedo hacer a un lado la dieta. Empezar a ganar kilos sería empezar a perderle. Sería como caminar al vacío, volver a contar las horas, los días, los años. Sería regresar al tic tac del reloj. Escuchar el piar de las chiras. Sería mirar el desierto interminable de aquellas noches frías. Enterrarme entre la tierra y sufrir el peso helado del lecho de mi madre. Aquella antigualla que abandoné gustosa. Esa cara de león que reía de mi soledad. Esa boca desdentada, que arrancó de mis ojos el sueño a fuerza de mirarle y de mirarle. Desde niña me llenó de terror.

Ahora es cuando vivo en Toluca. Es ahora cuando recorro sus calles, al sol y ligera como un suspiro. El portal, los anuncios del cine Principal. La concha acústica y nuestra banda del estado. La farmacia de los viejitos, esos que caminan como con pequeñas ruedas en los pies. Pasos chicos y medidos, parejitos como de robot.

Es ahora cuando disfruto del perico a Metepec, Zinacantepec y San Juan de las Huertas. Los urbanos, los siete urbanos sin apreturas y con ayudante. Un ayudante recién bañado y que daba la mano al bajar y al subir. Pasaje, cinco centavos. Los taxis. Los taxis de cincuenta centavos la dejada. Choferes con diploma. Se fueron a estudiar a México. Poco antes de la expropiación y de los sindicatos. Ahora los choferes se multiplican, proliferan como hongos después de la tormenta. No usan corbata ni se bañan ni se peinan. Uno baja y sube como puede. Toluca, Toluca la bella, la india bonita de talones rosas, recién bañadita, la india Tollocan.

—¿Intramuscular o endovenosa?

—Endovenosa, es más rápido el efecto.

—¿Otra vez inyección?

—Es necesario, no protestes, solamente serán veinte. ¿Cómo te sientes?

—Bien, gracias.

—¡Vaya que das lata! Hace cuatro días que estoy aquí. Necesitas seguir las instrucciones del médico y comer. No es que me disguste por tu enfermedad, lo que pasa es que ocasionalmente esto con tus dientes. ¿Qué es lo que pretendes? Salomón te quiere como eres.

—No se enoje, señora, le ofrezco...

—¡¿Qué ofreces?! Lo que debes es ayudar a mi hijo para que la situación no sea tan difícil. Estarían mejor cultivando las mazorcas. Comerían tres o dos veces al día. Lo que sea, pero comerían todos los días. Recuerda que Salomón no puede trabajar y cuidarte, así que a sanar.

—Llevamos veinte inyecciones, ¿cuántas faltan?

—No lo sé, en cuanto se termine la rifampicina seguimos con otro medicamento que indicó el doctor. El tratamiento es largo, no puedes dejar la cama, por ahora. Te cortarán el pelo, te darán baños de esponja, ¿eso querías, no? Yo nunca te dije que te quería esbelta, exageraste. Lo del cuadro era solamente un parecido que me agradaba. En ningún momento hablé de sirenas ni de conservar ese parecido. Has sido tonta. Te quiero como eres y acepto tu cambio. Te harás obesa y vieja; siempre lo he pensado, como he pensado que seré gordo y viejo. Comprende, es algo irremediable. Es el tiempo, la vida. Ahora lo que importa es que te restablezcas y ojalá no sobrevengan otros resultados. Mañana entregan las radiografías. El doctor Carlos teme que el lóbulo inferior izquierdo esté afectado, ¿comprendes? Tienes que alimentarte bien, hacer ejercicio, caminar al aire libre. El sol será benéfico, sobre todo el aire de la mañana. Regresarás de tus caminatas con apetito, comerás lo indicado sin que te importe la silueta. Recuerda que eres de complexión robusta. Querer conservar la línea será desastroso. En parte tengo la culpa. Te abandoné por atender la escuela, el trabajo, ganar tan poco y pensar que podías resistir el cambio. Bueno, ahora a luchar, tienes que ayudar a los medicamentos.

—¡Qué tal muchacho! ¿Cómo estás?

—¿Muchacho?

—Claro, pareces hombre, te vez bonita, resaltan tus ojos y no se nota tu frente estrecha.

—¿Piensas que las frentes amplias pertenecen a personas inteligentes?

—No, yo no he dicho tal cosa, la inteligencia existe en todo ser y, para tu tranquilidad, hasta el burro que no tiene frente posee una dosis de testa.

—¡Salvaje! Eres un salvaje, ¿sabes qué?

—¡No sé nada, voltéate, no pudo venir la enfermera, ni Atarantada, es hora de la inyección!

—¡Salvaje!

—Dice el médico que debes salir un poco, te abrigas, das un paseo corto y regresas a la cama. Te veo después, vamos a visitar las escuelas de primaria. Debemos sacar estadísticas. Ya te platicaré.

El “ya te platicaré” ha sido esperado. Salomón y Atarantada no tienen tiempo para hablar. Se pasan las noches y parte de las tardes preparando censos. Puedo leer sus notas mientras ellos trabajan en el pueblo. Las horas son mías. Pensar y leer, caminar un poco por las mañanas, admirar los campos, los manantiales, tal vez de ahí viene el nombre Amanalco. Voz mexicana, jagüey, mana, ofrecer. Y los manantiales ofrecen agua, los lugareños la utilizan para múltiples cosas, lavar ropa, trastos, se bañan y bañan a los chiquillos. El agua se entuba y se convierte en peligroso foco de contagio.

El suelo barroso dificulta el ascenso al lomerío. Tepetate y cerro, rocas y rocas de la época terciaria y de actividad volcánica. Suelo arenoso, útil a la agricultura. Descubrir desde aquí Amanalco resulta interesante. El tapete verde y sus diferentes tonos. El blanco de los margaritones, nube y alcatraz. Los miguelines y la flor de muerto. No son girasoles, ni estamos en Rusia, es México y son cempasúchiles, la flor amarilla con olor

a muerto y a cera de entierro. Flores para el dos de noviembre. Las ofrendas.

Grandes extensiones de magueyes, nopales, tunas y su miel de colores fuertes. Pulque en lugar de leche. El alcoholismo en progreso. Maizales, cebada, frijol, manzanas como las de San Juan de las Huertas, tejocotes pecosos, duraznos descoloridos, chabacanos y ciruelas, gladiolos apastillados y rojos, blancos y amarillos, margaritones y miguelines.

Los copos de nieve, algodón ambulante. Rebaños, vellón de nácar. Dicen que los venden en Texcoco, ahí los trasquilan y cardan la lana mil, dos mil manos que se transforman. Manos de indígena en manos de Penélope. Ellas no deshacen lo tejido, avanzan y avanzan en su tejer de arañas.

—¿Tú eres mujer del médico?

—Sí, ¿tú eres de este pueblo?

—No, vivo aquí desde hace catorce años, pero soy del Distrito Federal.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo todos los días, aquí lavo, en la casa no hay agua. No ha llovido y eso hace que escasee más. Tengo seis niños, mi marido hace huacales.

—¿Huacales?

—Sí, los utilizan para transportar fruta. Los venden en el DF.

—¿Qué otro oficio pueden practicar los hombres?

—Algunos se alquilan para realizar el acabado del suéter que traen de Chiconcuac. Pagan poco y no es constante. Nosotros

trabajamos en eso, algunas veces mi marido, los tres niños mayores y yo. Tenemos un terrenito del ejido, casi en el monte. No queda muy lejos, cuando quieras venir puedes hacerlo. ¿Estás enferma? Te ves pálida.

—Un poco, no creas que es de cuidado, lo que pasa es que me sujeté a una dieta.

—¿Para qué? A los hombres les gustan gorditas.

—¿Tú crees?

—Eso dice mi marido. Te invito a comer, pero tendrás que conformarte con lo que tenemos, aquí se come lo que da la tierra, lo de la temporada.

—Aparte de frijol, habas, maíz, trigo, ¿qué otra cosa se cultiva?

—No es mucha la tierra laborable, la agricultura sólo da para el gasto. La ganadería es escasa en esta región, predomina el lanar. Los que quieren trabajar en otra cosa se van a Texcoco. Algunos tocan instrumentos y han formado su conjunto.

—¿Qué instrumentos?

—Música de viento, lo hacen bien, para el gusto del pueblo. Se ganan unos centavos y participa toda la familia.

—¿Toda la familia?

—Sí, toda la familia, se entretienen y se ayudan al gasto. En este pueblo todos cuidamos nuestra parcela. Eso nos da algo de nuestra alimentación.

—Me gusta el pueblo, ¿no sabes por qué le llamaron San Jerónimo Amanalco?

—Dicen que se apareció un santo a un viejo labrador, yo en realidad no sé nada. Trabajé muchos años con una señora artista de la TV. Mi marido trabajaba en una obra de Infonavit, y por eso nos conocimos.

—¿Cuánto hace que te casaste?

—El mayor de mis hijos tiene doce... Hace quince años me casé.

—¿Entonces no sabes nada de la historia de este pueblo?

—No, no se puede saber mucho con seis hijos, no tengo ni la primaria, ¿para qué quieres enterarte de todo eso?

—Curiosidad. Este fue el paso de los conquistadores. Bueno, no exactamente, pero sí por Texcoco. Posiblemente los primeros pobladores de Amanalco salieron huyendo de Texcoco y este lugar es bueno para ocultarse. El cerro es difícil de escalar.

—¿Vienes a comer?

—Gracias, no puedo, tengo que regresar rápido a casa, me espera la madre de Salomón, me siento un poco fatigada, debo ir a comer y reposar. ¡Vaya vida!

—No te quejes, tu marido es médico y sabrá curarte rápido. ¿Te espero mañana? Caminas un poco más a la derecha, das vuelta en esas peñas. Mientras yo lavo la ropa de mis hijos, tú reposas.

—Gracias, eres muy amable.

—Eso se aprende siendo muchacha del servicio. Termina uno hablando y comportándose como la patrona. ¡Lástima que se siga siendo pelado!

—Pelados no, solamente somos pobres, que es diferente.

—No lo digo por ti, tú eres la mujer del médico.

—¿Y crees que gano algo con eso?

—Tienes escuela, la esperanza de salir de esto.

—No te creas, te veo mañana.

—¿Qué haces, hija?

—Fui a dar un paseo, conocer gente, tomar el sol.

—Come y a la cama, toma la medicina, las inyecciones las suspendió el médico hasta nueva orden. Quieren cambiar antibiótico, ya te platicará Salomón.

—Gracias, señora. ¿Qué hizo de comer?

—Carne, hoy fue día de matanza y conseguí un pedacito de ternera. Recuerda que mañana me voy para mi pueblo.

—No se preocupe, estaré bien, he mejorado y me siento con ánimos de comer.

—En cuanto te sientas bien y el médico autorice, sería bueno que fueras una temporada a visitarnos, puedes quedarte allá el tiempo que quieras.

Me gusta quedar a solas, es tiempo de fantasear, de dormir hasta que el sol casi se oculte. Tal vez mañana me levante temprano, voy a ver a Oralia. Me quedaré a comer con ella y sus hijos. ¿Será bueno enseñarla a escribir? Le contaré algo de historia. Mejor dicho, leeré para ella lo que se relaciona con la conquista y Texcoco, le diré que “en las cercanías de Texcoco salió a recibir a los españoles Cacamatzin, se hacía transportar en andas. Y le barrían el lugar por donde pasaba. Cacamatzin hizo presente los regalos que le envió Moctezuma, saludos, manta gruesa y oro”. Mañana le pregunto si sabe las primeras letras, que no se me pase, mañana le pregunto.

—Salomón, ¿cuántas escuelas hay aquí?

—Son pocas, un jardín de niños con cincuenta y seis alumnos. Una escuela primaria con setecientos sesenta alumnos, diez maestros. Una escuela secundaria con doscientos treinta y tres alumnos y si desean seguir una preparación superior tienen que ir a Texcoco o a alguna academia particular. Cosa rara, hay dos profesionistas originarios de este pueblo, un médico y un odontólogo.

—¿Trabajan aquí?

—No, ninguno de los dos. Eso es lo raro.

—¿No estaría bien que hicieran, cuando menos, labor social un día a la semana?

—Tal vez, pero no podemos criticar. Duérmete.

—Salomón, ¿Atarantada no vino contigo?

—Fue a investigar, le faltan datos sobre la ortografía. Duérmete.

Hoy me despertó el tachún tachún de los grupos musicales. Por un momento creí estar en Toluca. La fiesta del 24 de septiembre, el recorrido de la música de viento, la procesión, los cohetes y su estela de humo. El atrio de la iglesia de la Merced. En la noche los toritos, el café chorreado, los buñuelos de rodilla, ¡no, no es Toluca! Es San Jerónimo Amanalco y es la fiesta del patrón del pueblo.

Los grupos musicales desfilan por el lugar de casa en casa, hasta llegar al atrio de la iglesia. Ceremonias religiosas, baile público en la noche, juegos pirotécnicos, danzas regionales, ceremonias...

Escalinatas, los sacerdotes, sacrificios humanos. Algunos dicen que sí, otros que no. Doncellas, trajes de múltiples colores, plumas, manta, huaraches, flores, sacrificios o no, es mi raza. Recuerdo que alguien opina que pese a mi piel blanca, la abundancia de mi pelo, largo y lacio, habla de mi origen. Mi abuela usaba falda de lana, pliegues y pliegues, enaguas y enaguas, ¿será?

30 de septiembre, la festividad más importante del pueblo. Puedo agregar algo más a lo que dijo Oralia. La aparición del santo al campesino, no se comprueba por datos escritos. Estos pasan de boca en boca a través del tiempo.

—Oralia, ¿sabes escribir?

—La señora con la que trabajé mucho tiempo me enseñó las vocales y las consonantes, ya juntaba yo palabras, pocas, leía muy mal. Desde que nacieron los niños me olvidé de todo.

—¿Te gustaría que repasáramos lo aprendido?

—¿No será muy difícil? He perdido hasta la memoria.

—Trataremos, ¿no te parece?

—¿Cuándo empezamos? Le voy a dar una sorpresota a mi marido. Tal vez hasta él aprenda. Aquí en el pueblo, los mayores casi no sabemos leer y algunos apenas pueden deletrear. Mi marido estudió solamente el segundo de primaria, así toda la gente.

Me ha invitado Oralia a comer en su casa, puedo ir las veces que quiera, me agrada estar con ella. He aprendido a lavar en el manantial. El agua brota cristalina y fría. Lástima que vengan hombres y mujeres a bañarse; esta agua después se entuba. Eso dicen las notas de Salomón y Atarantada.

Oralia, los niños y yo pasamos mañanas enteras aquí. Cuando me siento cansada, Oralia tiende un zarape y reposo todo el tiempo que ella tarda en tallar la ropa. Algunas veces duermo, otras escucho el sun sun sun de los lavaderos. Caras morenas de facciones toscas, manos y pies agrietados. No todos usan zapatos. Hablan de sus problemas, el poco trabajo aquí en el pueblo. Comida escasa, niños panzones.

Oralia lava ropa de seis niños, de ella y del marido. Uno de sus hijos ha empezado a hacer huacales. El mayor de los cinco.

—Hoy no has leído nada, ¿te sientes mal?, al verte tan enferma recuerdo lo que decía mi abuela, ¿te cuento?

—Sí, Oralia, platica, cierro los ojos porque me duele un poco la cabeza, pero te escucho, tal vez no conteste aunque me entere de todo lo que dices.

—Decía mi abuela que había una vez una pobre niña que estaba muy enferma. Su padre quiso consultar al mejor médico del mundo. Habló con Dios y le pidió una gracia: “Señor, déjame conocer al médico que con su sapiencia pueda curar a mi hija”. Aquél hombre caminaba por el mundo, las calles, las ciudades, en busca del mejor médico del mundo. Caminaba con la idea fija. Visitó médicos de fama mundial, médicos pobres, curanderos, charlatanes. Cada día aumentaba su desconsuelo. No encontraba la forma de distinguir un buen médico, de un mal médico. Aquel hombre volvió a orar: “Señor, permite que pueda reconocer al mejor médico de todo el mundo. Dame una señal con la que yo pueda reconocer al médico que menos muertes tenga

en su haber”. Entonces, Dios le dijo: “Desde este momento sabrás lo que deseas. A la entrada de la casa del médico que visites, encontrarás las almas de los hombres que han sido muertos por culpa del galeno”. El hombre se sintió feliz, ahora podía encontrar al médico capaz de sanar a su hija.

Su desconsuelo iba en aumento, a la entrada de cada consultorio se agitaban cientos de nubarrones que hacían imposible su recuento. Contaba y recontaba. Todo era mentira, no existía el mejor médico. Aquellos hombres, cuya fama trascendía por mar y tierra, tenían nubes que se aglomeraban hasta formar tempestades.

Decidió regresar a su país, iba desesperado, de nada servía el dinero, de nada recorrer el mundo en busca del mejor médico.

Cansado, camino a su casa, encontró en una callejuela un consultorio de regular posición. El título escueto, nombre común, y flotando traviesa una sola nubecilla. ¡Ahí estaba el hombre sabio! Ahí el galeno, el salvador de su hija. Sintió la dicha recorrer su cuerpo, encontraba por fin lo anhelado. ¡Su hija se salvaría!

Esperó algunos minutos. El médico sale y dedicando una sonrisa pregunta: “¿Puedo servir en algo?”, “¡Necesito que salves a mi querida hija! Conozco tu sapiencia. Te daré la mitad de mi fortuna. ¡Sálvala! ¡Pronto, el tiempo apremia!”, suplicó el padre.

La marcha se inicia, el médico toma del brazo al afligido padre y dice: “¡Qué suerte tengo, he conseguido fama y usted es apenas mi segundo cliente!”

—Oralia, ¿qué tratas de decir?

—Que los médicos van de error en error, los buenos y los malos están llenos de nubes, ¿qué te parece?

—No sé, Oralia, no sé qué pensar, me siento tan mal, tan cansada, ¡no sé lo que tengo! ¡Vaya el ánimo que me das! ¡No creo que la culpa sea del médico, la ciencia no lo hace todo. Yo deseo vivir. Cada mañana cuando escucho que Atarantada y Salomón salen al pueblo a trabajar, ansío con todas mis fuerzas abandonar la cama, correr tras ellos y trabajar hasta el cansancio, así como ellos lo hacen. Deseo cuidar tantos niños como tú, lavar, hacer algo útil, pero no puedo, no es culpa de los médicos ni culpa mía. ¿Oralia?

—Qué pasa, ¿qué quieres?

—De momento me asalta una pregunta, ¿tardaste dos años para embarazarte?

—No, bueno fuera, mi primer niño tendría catorce y tres meses. Cuando me casé vivimos un tiempo en la Bondonjito, mi madre vive allá. Teníamos un cuarto en una barriada lejos de la casa de la familia. La casa o cuarto había sido un horno de ladrillo. Estaba desocupado desde hacía mucho tiempo. Mi marido era más pobre que yo. Nos fuimos a vivir ahí con una cobija gruesa de las de Chiconcuac, esas de pura lana, pesadas y abrigadoras, ¿para qué queríamos más? Yo le amaba y él me quería...

—¿Qué pasó? Te has quedado como ausente, triste o pensativa. ¿Qué pasó Oralia?

—¡Queríamos tantas cosas! Logramos comprar con nuestros ahorros unos metros de terreno. Por el mismo rumbo de mi madre. Mal terreno y mal camino. Era nuestro terreno, queríamos hacer ahí una casita. Juntamos tablones, nos dedicamos a juntar botes, la veíamos fácil. Todas las mañanas nos despedíamos al bajar del camión. Mi marido trabajaba en Satélite y yo con la misma señora que te platicué. Cuando nació el niño la casita era un proyecto. Teníamos las tablas, los botes y nosotros vivíamos en el mismo horno de ladrillos. Todas las mañanas

dejaba encargado a mi hijo a las vecinas. Mi madre me ayudaba y salía con él. Alguna vecina cuando podía oírle, le acercaba la mamila que le preparaba antes de irme. Mi madre me advirtió sobre algunos peligros, que si suben las ratas a la cama, que si se atraganta, que el frío, el agua cuando llovía. El fuego. Dejé de prender veladoras, el hornillo se quedaba frío. Mi marido tapó goteras. Siempre llegué corriendo, abrazaba a mi niño, le apretaba contra mi cuerpo. Revisé pañales, la mamila, pregunté siempre a la vecina de su llanto. Todos los días era la misma cosa. El tiempo me calmó un poco. Mi niño cumplió un año, empezó a dar pasitos, hicimos su cama con una tabla de las que compramos para la casa. Pulimos la madera, la pintamos con el mejor esmalte. Le tejí chambritas de todos colores. Mi patrona se encargaba de ajuararle de zapatos y camisas. ¡Estaba tan lindo mi niño, tan sano! Era morenito, ojos negros que brillaban...

—¿Qué pasó, Oralia? ¿Enfermó? ¡Platica, Oralia, no llores! ¿Qué pasó?

—Un día llegué a la casa. Deshice el nudo del lazo que sujetaba la puerta. Corrí a su cama, no le encontré en ella, salí a preguntar a mi vecina, ella vivía metros allá. “¿Mi niño?”, pregunté desesperada, “No sé, creí que te lo habías llevado Oralia, como ya empieza a caminar”. Recurrí a mi madre, con la esperanza de que ella lo tuviera en su casa. Quise pensar en ese momento que ella lo había llevado a comprar ropita, algo tenía que pensar. Desde entonces no le volví a ver, se perdió del horno. Vendimos el terreno, los tablones, vendimos cuanto habíamos comprado con el afán de alquilar un carro de sonido. Pasamos medio año buscando por los pueblos, los días de tianguis recorríamos las plazas con la esperanza de encontrarlo. Perdimos el trabajo y nos venimos a San Jerónimo. Desde entonces cuidamos a los niños entre los dos. Cuando su padre va a la fábrica de huacales se lleva a los

dos grandecitos, nos conformamos con ganar poco, algunas veces apenas tenemos qué comer, pero no queremos dejar a nuestros hijos solos.

—Lo siento Oralia, en verdad lo siento, no debí preguntar.

—¡Ca!

¡Qué tonta he sido! Oralia, desde aquél día, casi no habla y viene muy poco a verme, no pasa por mí para ir al manantial, no me invita a comer a su casa. Mañana la espero en el camino o voy a su casa. Mañana, hoy no puedo.

—¿No te levantas aún? Esto es haraganería, sabes que debes abandonar la cama desde temprano. Son las dos de la tarde, ¿qué tienes? ¡Estoy seguro que es tu afán de fregar! ¡Tú puedes hacer un esfuerzo, tal vez sería mejor que ayudaras en algo! ¡¡Estoy cansado, eres un lastre que empieza a fastidiar!!... Despierta, perdóname. ¡He sido brusco, soy un estúpido! Dentro de ocho días te operan. Quedarás bien, serás otra vez como antes. Dame tu brazo, te aplicaré suero y vitaminas. Será necesario conseguir sangre. Vas a tener que ayudarme a pagar todo esto. Quedaré entrampado. Eso no importa, ¿ayudarás a pagar?

—Sí, te ayudaré a pagar cuando me recupere. No quiero que mientas, ¿qué es lo que tengo?

—Una lesión en el lóbulo izquierdo. Es necesario extirparlo. Dice el médico del Seguro Social que en tres meses estarás bien. Escucha, de no mejorar tendremos que buscar acomodo en Huipulco.

—¡¿Huipulco?! ¡Ahí van los desahuciados! ¡¡NO MIENTAS!! ¡Ahí van los que no tienen remedio!

—¡Duerme! Cálmate, ¡duerme!
—¡DUERME! Es lo único que sabes decir. Estoy pensando que tu madre tiene razón, eres un...
—¡NO LO DIGAS! ¡PUEDES ARREPENTIRTE!
—¡NO GRITES!
—No podría perdonarte ese insulto, ningún insulto. Es mejor que calles, cuando estés sana arreglaremos las cosas.

Dentro de dos días me operan. Los hermanos de Salomón donarán sangre. El médico de Texcoco dice que en la institución cobrarán solamente la anestesia. Él no cobrará honorarios.

¿Quedaré bien? El lóbulo izquierdo será amputado, ¿y después? ¿Podré ser la misma de antes? Bueno, de cualquier modo no soy la misma. Él tampoco lo es. Atarantada ha cambiado, sus tobillos ya no sangran, corrigió su modo de caminar, separa un poco los pies al andar, compra zapatos de suela delgada. Atarantada es bella, nunca me había fijado. Oralia, desde que se enteró de que me operan, viene todos los días con sus niños. Arman boruca, pelean y juegan, gritan y ríen. Oralia guarda resentimiento, desenterré su pena. Oralia había olvidado un poco.

Mañana me internan. Podré recorrer esos jardines amplios. Largos corredores oliendo a yodoformo, me sentiré aterrada. El solo ruido del instrumental me llenará de pánico. El correr del bisturí cortando la piel. Brotará sangre, no creo que sea mucha.

Las torundas se darán abasto. Pinzas y pinzas, ¿en qué posición me colocarán?, ¿qué anestesia? ¡No quiero raquea, salvajada en pleno siglo veinte! ¿Cloroformo, valsoformo, pentotal? ¿Cuál usarán? ¿Me pondrán bata? No creo, el tórax debe estar al descubierto. La plancha es muy fría, más fría que las láminas de mi casa, será frío en el cuerpo y frío en la mente. Frío de piel muerta. ¿Sentiré los cortes? ¿Escucharé las voces de los médicos? ¿Podrán amputar? ¿Estará ahí Salomón? Nunca le había oído dar esos gritos, aquella tarde le miré furioso. No había alacranes en su mirada, vi odio, tiene razón, ¿qué he hecho a su lado? ¡Nada, dejé la escuela, me pasé el tiempo en la cama! Aquella cama vieja unida con lazos. Esos cuartuchos y mis celos por María. ¿Qué será de María? ¿Se casó? ¡Qué me importa! Lo que me interesa es sanar, es empezar de nuevo. Empezar otra vez, empezar...

Salomón me ha dicho que mañana muy temprano pasará la ambulancia a recogerme. Él no puede estar aquí, saldrá a Toluca a entregar unos papeles, los censos y una copia de su trabajo que deposita para el director de Salubridad Pública. Juan y Lupita están conmigo, ellos permanecerán en la sala de espera. La mamá de Salomón no ha podido venir, está un poco enferma.

Los camilleros dicen que peso veinte kilos, hicieron bromas a lo largo del camino al Seguro Social. No hemos hecho antesala. El cuarto que ocuparé algunos días es soleado y limpio. Lo compartiré con una mujer gorda. Tan gorda que pensé en un embarazo de ocho meses, ¡qué mal ojo clínico tengo!

Hoy vino el primer médico, trae en las manos el expediente, anota algo que ignoro; de seguro es practicante o residente. Bata azul verde, estetoscopio al cuello, serio, muy serio, veinticinco años, ¿qué me importa que tenga treinta?... Encuentro figuras luminosas en el depósito del suero. Se refleja la luz del

neón. Saltan las gotas de tono amarillo, una, dos, tres, ¿cuántas más? Cien, mil, una por segundo. Se deslizan en el tubo delgado y transparente. Se estancan en la curva del plástico. Llega a las venas, al torrente tranquilo de la sangre. Correrá por todo el cuerpo. Gota a gota, suero y vitaminas. Siento frío, dolor en el costado, tantas horas en la misma posición, el brazo se duerme, mis párpados pesan...

—Vamos a prepararla, mañana la operan. Descúbrase.

—¿Toda?

—¡Claro! ¡Vamos a rasurar!

—¡¿Rasurar?! ¿Por qué? ¡Me operan el TÓRAX! El tórax, ¿entiende?

—Lo entendemos, pero son órdenes.

—¿Qué tiene que ver la región púbica con el tórax?

—Asepsia, señorita, asepsia.

Estúpidas, esto es como talar un monte en Cuautitlán, por querer hacer carretera en Bosencheve, ¡estúpidas! Mil veces estúpidas. Dicen que son órdenes, ¿cuántos errores habrán cometido por cumplir órdenes? Ojalá y sea eso solamente, que no vayan a amputar una pierna, ¿sabrán de qué estoy enferma? El lóbulo izquierdo, tórax, tórax.

¿Por qué no le pregunté a Salomón todo lo que tenían que hacerme? La estúpida soy yo, yo por no preguntar. Debí pedir explicaciones... Calma, mucha calma. Salomón tiene razón, debo dormir, únicamente dormir y...

—¡Merienda! Merienda. Puede reclinarsse sin mover el brazo
Una gelatina agria, leche con maicena, pan dulce.

—Coma, regreso por la charola.

Sale del cuarto, mueve el carrito lleno de charolas, pregona en cada puerta “¡Merienda, merienda!” Se pierde en los corredores su voz plañidera.

—Señora, señora, despierte por favor.

—¿Qué pasa?

—Tome esta pastilla, dormirá hasta media tarde. No tomará ningún alimento y por la mañana se le hará lavado de estómago.

¿Qué puedo decir? Protestar sería inútil; alegrarme, una idiotez; cantar, locura, ¿qué puedo hacer?... Permaneceré quieta, quieta en la impotencia. Inútil cualquier lucha. Callada en espera del fin. Es mejor así; entre más desesperación, entre más rebeldía, mayor el destrozo. Trampas, trampas de las que nunca se puede salir por aliento propio. Es mejor soltar el cuerpo, dejarse hundir. Romper las superficies hasta llegar a la hondura. El abismo o la gloria, quedar o resurgir, ¡qué importa! Estaré tranquila, calmada, ajena a cualquier pugna. Sentir sin sentir...

—¡Qué mal me siento! Tengo sed, frío, dolor, asco.

—Puedes tomar una cucharadita de suero, dos cuando mucho. Pronto amanecerá. El médico que practicó la operación no tarda, ha estado preguntando por ti. Es un buen médico cirujano.

—Gracias.

—Buenos días, puede llevar al muchacho a tomar el sol.

—¿Por qué me llama muchacho?

—No te molestes, eres un bello muchacho.

—¿Qué operación me hizo?, ¿resultó bien?

—¿Cómo te sientes?

—¡Bien! ¡Muy bien! Mmm, bueno, bien.

—Pronto harás vida normal. Durante dos años estarás bajo tratamiento, podrás estudiar sin excederte en actividades. Serás una mujercita sana y...

Hoy hace tres semanas que no pierdo de vista el jardín. Jardín en las mañanas, jardín en las tardes y jardín en las noches. Cálido y hermoso en las mañanas. La estatua al centro, la fuente que carece de agua, prados frescos cercados de piedrecillas de colores. He recorrido todos los sitios: el archivo, los consultorios, la sala de espera, corredores y jardines. Falta la cocina y otras dependencias.

Molesta la cicatriz. Se hace tiesa y se restira, causa sensación de pellizco, cien pellizcos, mil. Por las tardes miro por la ventana, miro insistente hasta que las sombras cubren la fuente y las piedras de colores. Las últimas en desaparecer son las blancas. Esas juguetean a mi vista, saltan, ruedan, se mezclan, tiemblan y por fin se duermen. Se quedan quietas, se esfuman cuando las luces desaparecen.

Por las mañanas, las que madrugan son las piedritas que dan al frente de la ventana. La fuente y la estatua están bañadas. Gotas ligeras, el agua clara arrastra en su viaje la tierra seca. No es primavera, llueve, la mañana enjuaga las hojas, las hojas lacias hasta el pecíolo. Algunas parecen de terciopelo, hojas frescas como mejillas, en ellas riega la lluvia el llanto, que se detiene al centro como temblando. Hojas pequeñas, nido de perlas, hojas

delgadas como paraguas. Hay miles de ellas y yo desde aquí, desde la ventana, contando las hojas recién bañadas.

—A ver, señora, la última inyección. Mañana pueden venir por usted.

—¿Mañana?

—Pasará el médico a revisar la herida, tendrá que dejar la cama a las seis. El médico dará las últimas órdenes, ¿ha merendado?

Siempre sale deprisa. No contesto a sus preguntas, de cualquier modo es difícil que escuche, ¿será robot? Es morena como pan negro, brilla su cutis a toda hora. Nariz de punta levantada, boca pequeña, frente amplia, pelo carrujo como de negra, caderas anchas, piernas delgadas. La bata blanca tiesa de goma o almidón. Tiesa la cara sin gesto alguno. Es enfermera, siempre callada, entra y sale con el carrito, lleva frascos, jeringas, algodón, alcohol, cuerdas y más cuerdas, sondas de todos los largos, rojas, negras. Vasos pequeños, en ellos deposita los medicamentos. Luce con gracia el zapato ancho, la toca sujeta con rizadores. Sus ojos brillan, ojos oscuros, negro sombrío, ojos helados y bellos.

—¿Qué hace? Deje de molestar, duerma por favor, me siento agotada y usted con su escándalo.

—Estoy feliz, perdone, mañana vienen por mí, por usted, ¿cuándo?

—No lo sé, señorita, hace cuatro meses que estoy aquí, nadie sabe nada.

—¿Qué es lo que tiene? Me siento apenada, hemos compartido el cuarto un mes y cinco días y es la primera vez que platicamos, perdone.

—No tenga cuidado, la dicha y la juventud son egoístas, he visto que permanece mirando al jardín, creí que esperaba a algún familiar. No he querido molestar, es su dicha, su silencio.

—Perdone, al principio me sentí mareada, ajena a cuanto me rodea. Es verdad, me encierro a soñar tantas cosas.

Pobre mujer, su vientre sigue creciendo. Cada día posponen la operación, ¿qué tendrá? Al principio creí que era embarazo, los días pasan y ella en las mismas. Es mejor no hacer preguntas. Trataré de ser más amable, mejor dicho un poco amable. Luce muy mal, su cara blanca da la sensación de cuadro antiguo, cuadro ajado y desteñido. Los ojos pequeños se pierden en las bolsas de sus párpados. Las manos brillan, así ha de brillar su vientre. Vientre estirado al máximo, lleno de agua, ella dice que le hacen punción. Litros y litros de agua fétida. Esto es como podar, sacan agua, más agua, la dejan seca, día con día bombear. El venero sigue, nueva punción.

Lo siento por ella. Lo siento mucho ¡Cómo tarda! Juan y Lupita se fueron hace un mes. Salomón está trabajando en Chetumal, dice que antes llamado Payo Obispo, Quintana Roo, ¿cuántas horas serán de viaje?, ¿podrá venir? En sus cartas cuenta que

me extraña mucho. Lamenta no poder estar a mi lado en estos momentos. Tal vez mañana a primera hora llegue.

¡No puedo dormir! No debo hacer ruido, no debo molestar a mi vecina. Duerme; su vientre lleva el ritmo de su respiración, sube y baja. Se queja mucho, algo le duele. Fluye con agua. Sube y baja, se queja mucho, algo le duele... La eutanasia, ¿no sería mejor? La eutanasia.

Me siento bien, con una poca de pereza sana. Estar en la cama, dormir un poco, admirar el sol, sentirle correr por mi piel, la acaricia, la mancha, pecas de sol, manchitas negras de vida. Mi pelo no crece. Lo cortan una vez por semana. Tengo aspecto de niño.

Salomón no ha podido venir. El trabajo, un curso, la distancia. Se ha ido a Chetumal. No pude ir con él. Hace calor, me fatigo. El me cuida, tiene razón. No puedo seguir estudiando, leo todo el tiempo. Leo sus cartas, leo a Ovidio, Sor Juana, Tirso de Molina, Goethe. Algunas tardes al cine, la TV. Descanso mucho, descanso. Jardines floridos, amplios, arboledas de eucaliptos. Me gusta hablar con Juana, la miro todos los días. Morena con manchas en la cara, manos hinchadas, ojos de asombro con cejas pobladas, nariz pequeña, dientes largos con sarro. Siempre está triste, habla poco. Su ropa gruesa le cubre hasta el tobillo. Suéter de lana, siempre de negro. Luto riguroso, murió su madre, nunca encontró novio, tal vez por eso quiere que le cuente, que le describa a Salomón. Le brillan los ojos cuando le hablo de nuestro amor.

—Tenemos que levantarnos, anda, Juana, levántate, te toca preparar el desayuno.

—¿Por qué no lo haces tú?

—No te molestes, podemos prepararlo entre las dos. Tal vez hoy vayamos al cine, veremos a Luisa, Carmela, Ana, todas las compañeras, ¿qué película exhibirán?

Hoy llegó carta de Salomón, la he leído dos, tres, cinco veces. Son largas sus cartas y tiernas, promete venir a verme.

Habla de Chetumal, del sueldo, dice que es poco y muchos sus gastos, todo se ha encarecido, tiene alguna clientela, se des-envuelve. Atarantada y él siguen trabajando juntos. Es natural que se entiendan, siempre lucharon unidos. Atarantada se ha casado, tiene un niño, ella y su esposo vendrán a verme pronto, muy pronto. Cuando menos lo espere estarán aquí.

Me siento feliz. Salomón ha comprado una casa en Toluca. Dice que está por Colón, la vieja calzada con sus siete cedros. Es una casita de una sola planta, tiene reja blanca y grandes ventanas. Ahí viviremos a su regreso. Ha dado el último pago. Ahorrará un poco para arreglarla. Pronto ahí moraremos.

—¿Qué tienes, Juana?!

—Me siento mal, un poco solamente, tal vez la comida.

—Juana, procura olvidar tu malestar, te he leído mi carta. Platica.

—¿De qué?

—De tu pueblo, eso es, de tu pueblo.

—Es un pueblo feo, recién remodelado, se cultiva el maíz, en la casa vieja de gran portón de madera, se crían pollos,

cerdos. Hay un gran terreno, los animales al fondo, la cocina de humo, el bote de nixtamal, esos botes alcoholeros que sirven para tantas cosas. Se ocupan para hervir tamales, maíz para tortillas, agua para el baño de los chamacos, en fin. Lo que más recuerdo son los ojos verdes de mi padre. Todos preguntan el por qué de nuestro color cobrizo, en nada nos parecemos a él. ¿De qué color los tienes tú? Algunas veces se te ven amarillos, cafés, verdes, ¿de qué color son?

—No lo sé, Juana, no me interesa de qué color los tengo, me gusta que platiques de tu pueblo, del campo, los animales, las flores, de tus costumbres, pero no del color de los ojos.

—¿Entonces? Hablamos de puros animales.

—No te hagas graciosa, sigue platicando.

—Mejor platica de Toluca, ¿cuántos años viviste ahí?

—Pocos; diez sola, uno con Salomón.

—¡Oye, oye!, ¿cuántos tienes?

—Veintidós, puedes sumar: Diez sola, uno con Salomón, dos en San Jerónimo y tres aquí, seis con mi madre, suman veintidós, ¿no?

—¿Tenías seis cuando ella murió?

—¿Qué importa?

—Algunas veces nada te importa, habla de Toluca.

—Otro día, no molestes. Juanita, Juanita.

—Dime, ¿se te ha pasado el enojo?

—Llegó carta, Juanita, mira, trae dinero, trae dinero.

—¿Trae dinero?

—Sí, mucho dinero, y muchas hojas llenas de amor.

—¡Qué suerte, apenas antier leíste su carta!

—¿Quieres que la lea?, dice muchas cosas lindas. Él me ama, Juana, como antes. Manda dinero y dice que viene el martes, ¿cuándo es martes?, ¿cuándo es martes, Juana?

- ¡Cálmate! Cálmate, pronto será martes.
—¿Quieres de mi comida?
—¿Quieres de la mía?
—Cambiamos de plato, ¿qué preparaste?
—Lo mismo que tú.
—¿No crees que está mal lo que hacemos?
—¿Por qué ha de estar mal?

Mañana le describo Toluca. Toluca por todos lados, la estación, la terminal, los vitrales, la bombonera, el corredor industrial. Le voy a describir Toluca y cada uno de sus rincones. Toluca, la bella Toluca, la india bonita.

- ¿Estás llorando?
—No, no estoy llorando, ¿por qué he de llorar?
—Juana, Juana, ven, vamos al campo, caminaremos entre la hierba fresca, el rocío mojará nuestros pies, podremos descalzarnos, será como pisar alfombras blandas. El cielo tiene un azul intenso. No hace frío, Juana, levántate, toma tu ropa, de prisa, Juana, de prisa.
—Ve tú, tengo pereza, ve tú.
—Vamos, ven y te cuento de Toluca, te hablaré hoy del portal, un portal como no existe otro.
—¡Mientes, existen otros; el de Morelia, el de la ciudad de México y otros, no sé cuántos más.
—¡Nunca como el de Toluca!
—Ve sola, seguiremos hablando a tu regreso. Te ofrezco preparar el desayuno.

De seguro preparará lo mismo de siempre, pan dulce, leche, gelatina, un huevo. Hoy no comeremos carne.

¡Qué hermosura de rosas, botones recién abiertos, pétalos hendidos, frescos, rocío sobre ellos. La brisa humedece mis pies. El agua fresca reanima, invita a seguir caminando. Maizales a lo lejos, el amarillo brillante de los campos de nabo. Flores de color canario, grandes plantíos que pintan el paisaje. Lo hacen rutilar. Algunas veces se fusiona el azul del cielo y el verde pastizal. A lo lejos la carretera vía México, vía Toluca, vía crucis. El camino se bifurca, derecha, izquierda. Se divide. Horqueta. Aquí, al centro, el jardín. Floresta. El aire enmaraña el pelo, vuela la amplia falda, ladea las ramas, las vence, hacen ejercicios, se acercan al piso, se detienen, se inclinan. Reverencia al cielo, a la vida, al azul del firmamento. Juana se ha desperezado. Su paso es ágil, viene como siempre, enfundada en el suéter negro. Su casa es fresca como la mañana. Dos rueditas sonrosadas se marcan en la oscuridad de su piel. Piel de quinto, cobre pulido. Viene cortando rosas o flor de nabo. Hoy tendremos flores de sobra. Salomón manda rosas dos veces por semana. Adornamos nuestra casa. Tenemos dos pequeños floreros y una pecera que ocupamos como tal. Hemos tomado clases de migajón. Confeccionamos jacintos, campánulas, nube, claveles, orquídeas, rosas, jazmines. Hemos imitado a la naturaleza; utilizamos moldes, pequeño rodillo, pinzas, alambre, pasta, colores y fotos, muchas fotos de las que sacamos los modelos. Somos perezosas y únicamente laboramos una hora cada día. Juanita dibuja, ella no imita, ella es como la naturaleza, crea. Trabaja el material como Jesús el barro, sopla y de sus manos surge la flor. Algunas son perfectas, sobre todo las rosas. Hace de color salmón, crema, rojo, terciopelo negro. ¡Juanita, qué rosas haces! Las manos rechonchas y acitronadas se deslizan diligentes sobre los moldes, el rodillo,

el pequeño rodillo extiende la pasta. Pétalos y pétalos, algunas ocasiones damos color a la pasta, otras nos deleitamos aplicando los tintes en las flores terminadas. Arte del policromo, en nuestras manos es fácil.

Hace días Juana se niega a hablar, me duele su actitud, trato de hacerle sonreír, le hablo del portal, aquél viejo portal del Risco. Le hablo del portal Rosa. Abre los ojos, interroga en silencio, no comprendo su actitud. Le he comprado unos aretes de fantasía. Son azules y le dan vida a su cara. Los tomó en silencio, se acercó al espejo, después de algún esfuerzo quedaron colgando de sus orejas descoloridas. Tan descoloridas como trozos de migajón decolorado. Ese migajón que deseamos tome la blancura del margaritón, blanco, más blanco que la nieve, tan blanco como mi rostro.

Juanita decide que juguemos al viaje espacial. Hoy, después de ocho días se decide a hablar. Su voz es ronca, quebrada por los sollozos. ¡Juanita dice tantas cosas! Puras tonterías. Es mejor no hacerle caso. La dejé hablar hasta el cansancio. Tendrá que fastidiarse.

Hoy fuimos al cine, una película vieja, cortes que suspendían la proyección. Encontramos a nuestras compañeras, platicamos unos minutos en el intermedio. Nos despedimos, tal vez nos veamos otra vez.

Juana vuelve a guardar silencio, taciturna, hermética. Me está cansando, le diré que, si gusta, se vaya. No tengo por qué soportar su carácter. ¿Qué tendrá? ¿Le pregunto?... No, mejor la dejo en su berrinche.

—¿Quieres dulce?

—No, no quiero nada, quiero que no me hables, quiero, ¡quiero gritar!

—¡Grita! ¡Grita hasta que te canses! ¿Qué quieres gritar?, ¿qué es lo que te pasa?

—Lo que pasa es que me he cansado de vivir así, siento que estamos obrando mal, quiero...

—¡No quieres nada!

—¡Quiero quejarme! Quiero decir la verdad. ¡Quiero hablar como lo que soy! ¡Lo que soy! ¡LO QUE SOY! ¿ENTIENDES?

—¡No grites! ¡CALLA, JUANA! Calla, por favor.

—¡No callaré más! Desde hoy seremos y actuaremos como lo que somos. ¡Desahuciadas! ¿ENTIENDES? ¡¡DESAHUCIADAS!! Tu maldito juego del viaje espacial se va al diablo. Tú y tu maldito juego espacial. Recuerda que tú y yo y muchas de las que estamos aquí no podemos caminar sin este artefacto. No más mentiras, AGLAURA, no más mentiras, ¿por qué no confiesas que tu Salomón te ha olvidado?

—¡No es verdad!

—¡Es la verdad!

—¡DEJA QUE ME ENGAÑE! ¡Deja que siga pensando que su amor es de verdad.

—Es mejor que te desengañes. ¡Nunca llegará el martes! Ese martes que esperas desde hace cuatro años. Olvídate de tanta falsedad. Vive y déjame vivir como enferma. No tengo remedio y lo sé. Me cuesta más trabajo guardar silencio, ocultar mi dolor. Hay noches, noches enteras que no podemos dormir.

Hay días en los que no podemos comer. La tos nos ahoga, la tos y este maldito aparato. Hace dos meses cargamos esto, hace meses que no podemos hacer flores, ¿cuáles flores tenemos? Acuérdate que las hicimos hace dos años, se han resecado, se van cubriendo de polvo, se resquebrajan. ¡No mientas más Aglaura! Vivamos los últimos días en la realidad. Una realidad que no puede hacer más daño, ¿qué más daño que nuestro cuerpo enfermo? Háblame de Toluca, sí, de Toluca, pero háblame también de los desengaños. Tú no lo confiesas, todos sabemos que Salomón nunca volvió. Te quedaste esperando el martes. Salomón nunca te mandó dinero. El dinero del que te sientes tan orgullosa lo manda el doctor de Texcoco. Sabemos que él cubrió las cuentas de los medicamentos, arregló tu estancia aquí. Sabemos que tu Salomón se casó con tu amiga Atarantada, tú lo sabes, pero te empeñas en vivir en la mentira. Confiesa que Salomón tiene un niño, confiesa que...

—¡CÁLLATE! CALLA, por favor, cuanto dices es mentira. Salomón vendrá pronto por mí. Atarantada vendrá con su marido y su niño, ¿entiendes?

—No, no entiendo tu afán de engañar y de engañarte. Conozco tus mentiras. He sido tu cómplice. Evitamos la amistad de nuestras compañeras para que no se enteren de que todo lo urdes. Te he visto noche con noche escribiendo tus largas cartas. Inventas noticias, lees notas de amor que tú misma escribes. Me das lástima, Aglaura. Reconoce que no tenemos remedio, que nos han olvidado. Mi padre prefiere olvidarse de mí. Elige recordarme sana, dice en sus cartas, cartas reales, no inventadas como las tuyas, que no desea verme en este estado. Lo comprendo, él me ama y le lastima mi aspecto, le duele verme en esta asquerosa ropa, faldas largas, para ocultar la deformación

de mis piernas. Le molesta verme con este tanque a la espalda. ¿Con que viajes espaciales, Aglaura? ¿Viajes especiales?

Juana ha guardado silencio. Nunca volverá a hablar. Juana abandonó sus flores, su tanque de oxígeno. Reposaron sus manos sobre el pecho, sus ojos de asombro quedaron cubiertos. ¿Qué le asombraría?

El padre de Juana hizo una última visita. Nos trajo fruta, permaneció de pie todo el tiempo. Fue al oratorio. Sus ojos de mar destilaron sal todo el tiempo. Regresó con la cara gacha. Con las manos se limpió la cara, la sal de los ojos.

¿De Juana? Se llevó el recuerdo, la sonrisa, ojos de asombro, manos de acitrón.

¡Se fue Juana! ¿Cuándo me iré yo? Hace seis meses utilizo el oxígeno. Ella insistía en hablar con la verdad. ¡Está bien, Juana! Soy una desahuciada. La carga del tanque me abrumba. Apenas camino, no hago flores de migajón. Tal parece que he pasado cinco años con la mirada clavada en el paisaje. He visto desfilar las cuatro estaciones: verano, otoño, con sus colores pardos, oro viejo, canela, pan tostado, miel virgen que desparrrama su tono ámbar. Días lluviosos, grises, protesta del cielo con sus centellas. Rayos que surcan el firmamento. Amenazas, reclamo, gruñir del cielo, tardes tranquilas y arcoíris, azul violado, azul turquí, verde, amarillo, anaranjado, rojo de sangre que se repliega y surge glorioso el amanecer. Muerte del día, agonía sublime, gemir...

Algo molesta mis ojos, necesito algunas gotas. No debo descuidarme. Salomón llega el martes. He comprado un vestido

rosa. Hace juego con mi pelo. Vienen Atarantada, su marido y el niño. Estoy haciendo vida social. Nos reunimos en uno de los salones, en el comedor, el salón de estar, donde se pueda. Estoy viviendo, leo, leo mucho. Hablo hasta el cansancio. Vamos al cine dos veces por semana. Hemos recorrido todo el lugar. Conocemos a todos los integrantes del equipo de salvación. Han mejorado las películas. El proyector es nuevo. Tenemos muchas atenciones. Así como existe el equipo de salvación, así existe el equipo del próximo viaje. Estoy aprendiendo a ver la realidad. No es tan malo como se supone. Sabemos que el viaje se aproxima. Sabemos que la vida queda atrás. El día en que no pueda dejar la cama, el día en que no pueda respirar este aire ni el del tanque ni el del pulmón mecánico, ningún aire. Sentiré asfixia, tal vez me ahogue, tal vez veré todo tinto, tal vez...

¡La esfera! Las mariposas, la bata del lago que guardo planchada. La maleta lista, estoy arreglada. La cascada de pelo recién cepillada. La noche del martes. Contando los días en el calendario multipliqué cuarenta y seis al cuadrado. No son muchos los días de espera. Más son los que dan los días de mi vida. Ocho mil trescientos noventa y siete. La espera no ha sido larga.

¡La espera no ha sido larga! El martes ha llegado. Por la ventana el sol penetra. Juega con el polvo, se cubre de arcoíris, llega hasta la cama, me besa y se retira. Faltan horas, solamente horas...

—¿Por qué has tardado?

—¡Perdón, Aglaura! Todo este tiempo permanecí trabajando, logré reunir dinero. Pagué la última letra, la casa de Colón es nuestra, el coche, ya tengo consultorio. ¿Qué más deseas, Aglaura? La cuenta está pagada. Hoy te retiras a nuestra casa, la he pintado de blanco, no hay arañas, planté cinco pinos enanos, en la sala hay sapitos, violetas blancas y azules.

—¿Hoy es martes?, ¿son las ocho?

—Sí, Aglaura, son las ocho, hoy es martes, no he fallado, llegué en martes.

—¡Qué feliz me siento! Se termina el suero, tengo fríos los pies, tengo frías las manos. La última gota de suero, la gota que corre y se atora, el color ámbar de las vitaminas. ¡Mira, Salomón, se termina el suero! La última gota, tiembla, se desprende, es la última gota.

—¡Aglaura, Aglaura!

La tahona

tunAstral, colección Libros de la tribu 13, Toluca, 2007.

El tiempo justo se escapa. Algunas veces por mala memoria, otras por evitar recuerdos que espinan. ¿Cuándo empecé a trabajar en la tahona? No era la tahona del Perpetuo Socorro, como se describe adelante. Ya tenía el mismo nombre. Era un patio soleado y corredores con macetas de pedazos de plato. Predominaba el espárrago y flores de hortensia. Había ocho jaulas que pendían de las trabes del techo. Yo era una niña escualida y triste. Ya tenía un niño de ocho meses y la ausencia constante del marido, la alforja vacía, necesidad imperiosa de obtener un empleo, ¿en qué? Recuerdo que no sabía hacer nada. Las primeras labores asignadas fueron fregar los ladrillos rojos de la cocina de la tía Lucrecia. Tal vez me hubiera pasado la vida haciendo ese trabajo si no se hubiera opuesto mi tía abuela. Se hincó a mi lado a fregar el piso hasta que fui retirada de esa faena. Doña Lucrecia era físicamente el lado opuesto de mi madre, heredó rasgos autóctonos, color canela, usaba ropa muy fina y siempre estuvo pendiente, desde mi llegada, de que no hiciera alarde de joyas y adornos. No podía evitar el pensamiento de que ella adornaba sus brazos y cuello con el sudor de sus empleados, pero eso no debía importarme. Necesitaba el empleo. Saltar de la cama a las tres y cuarto de la mañana me hacía el efecto de una bofetada. Me fui acostumbrando; el horario, frente a mis problemas, resultó ligero. Pasaron los años y nunca

dejé, fuera de la memoria, el recuerdo del desayuno en la cama y el calor de las manos de mi madre; avena con leche, pan tostado y mantequilla, fruta picada y trozos de jalea de membrillo.

En las tardes, mi madre escuchaba el radio, me sentaba a su lado: comedias, la música de Cri Cri —las canciones de la patita, los tres cochinitos—, la merienda en el comedor con el uno ochenta de mi padre, ojos con pestañas largas haciendo contraste con las pestañas, un tanto ralas, de los ojos serenos de mi madre. Ella, mi tía Lucrecia, se enteró de mis necesidades. Toluca era un pueblo, un pueblo grande que empezaba en la Alameda y terminaba en la estación del ferrocarril. No había más fuentes de trabajo que la fábrica de vidrio y el taller de hilados y tejidos.

Ya existían algunas buenas panaderías como la de los Bendrell, la del Pájaro, los Birotos. Había dos hornos. Recuerdo a un hombre que vestía de mezclilla, se llamaba Luis y en el tiempo que lo vi en la tahona trabajando como francesero ese pan blanco con algo de leche, me di cuenta que los diez o doce panaderos a su mando lo respetaban. Al poco tiempo de mi llegada el hombre desapareció. Yo no tenía tiempo para pensar en otras cosas que no fueran mis propios problemas. Recuerdo mi exiguo sueldo. El costo de la leche Nestlé era de 75 centavos, un cuarto de kilo de carne, unos jitomates y que se ablandaba la carne al efecto del sol. Sin querer me hice... no encuentro la palabra, solamente digo que mi caparazón se hizo grueso. Aceptaba bocadillos de lo que se servía a la mesa, el regalo de un litro de leche, pan a granel. Mi tía era espléndida en eso del buen comer.

Es verdad que el único pensamiento que me abstraía era el de mis problemas; al paso del tiempo, al convivir en la tahona con todos los seres que de alguna manera se veían sujetos

al paupérrimo sueldo, molestos horarios y trabajo extenuante, llegué a sentir, a compartir sus dolores, anhelos, sus ratos de felicidad, sus angustias. Llegué a enterarme de sus propias tragedias. Hice, en muchas ocasiones, una comparación y reconocí que mi vida era nada comparada con lo que cada hombre, cada mujer, se veía en la necesidad de soportar.

Tal vez el orden en que aparecen los sucesos no tenga la exactitud cronológica deseada, de cualquier manera he hilvanado los recuerdos como permite la memoria.

Han sonado las seis de la mañana, doña Lucrecia sale al amasijo. Todo permanece en calma. El pan ha sido dispuesto sobre el tablero mayor. Algunos panaderos duermen junto al horno, otros se han ido a las regaderas. La mujer revisa las jaulas que casi han quedado vacías. Los hornos descansan unos cuantos minutos, una hora cuando mucho. Uno o dos hombres preparan levadura fresca, otros hornean su almuerzo.

Molesta, Lucrecia se dirige a María y pregunta por su sobrina, desea saber quién ha colocado la producción de pan en los tableros, los pedidos de los pueblos, en una palabra, ¿quién sustituyó a Gelsomina en sus obligaciones? María explica que, antes de salir con el panadero accidentado, Gelsomina dejó todo en orden, pero no le dio tiempo de entregar los sueldos al francesero y al repostero:

—Por eso están jetones, señora. Después de diez o doce horas de trabajo, aparte de sentir sueño, ya tienen hambre, frío y enojo por tener que esperar a que usted salga —dice la empleada.

La mujer se dirige nuevamente a María y ordena que se les dé un poco de café; con mal humor, dice que se echen a dormir. No le importa que lo hagan en cualquier lugar de la tahona, siempre que no estorben el trabajo de las empleadas y den mal aspecto con ronquidos y exudados humanos.

—Diles que no lleguen tarde —agrega más enojada.

—No, señora, siempre hemos sido repuntuales —respondió Chenchomón.

—Hijo, ten, entrega la raya y abre el portón, ya es tardísimo.

—Sí, ya es tarde, pero todo está en su lugar. Los pedidos se han ido y el pan de los expendios, las camionetas pronto estarán de regreso, mmm —Jonás asintió mientras caminaba hacia el interior de la tahona.

—Sí, pero ya se tardó esa mujer.

—Tal vez le están cortando la mano a ese inútil, mmm.

—¡Jonás, no debes hacer esas bromas!

—Bueno, que no se la corten, pero que ya no venga a trabajar. ¿Sabes cuánto va a costar la curación? Dicen que tenía el dedo colgando del cuero, mmm.

—Vicente, ¿qué le pasó a ese hombre? —preguntó Lucrecia.

—No sé, señora, desde el día en que lo dejó su vieja ya no es el mismo. ¡No sé pa qué la quiere, lo hizo güey con el hijo!

—¡Vicente! ¡No diga eso, nadie puede saber la verdad!

—Nosotros sí lo sabemos, ¿no ve que vivimos por la Garceza? Todos nos dimos cuenta. Fíjese, señora, que en lugar de que él se enojara, el hijo le mentó la madre al Bisonte y le dio en el hocico para que no ande de escandaloso.

—¡Qué horror! ¿Será verdad eso, Jonás?

—Es posible, nada más tienen un cuarto, mmm.

—¡Pero hay casitas con dos cuartos!

En ese momento Gelsomina llega apresurada hasta el lugar en que se encuentran Lucrecia y su marido. Entre cliente y cliente explica que en Toluca abundan las casas en buenas condiciones. Hay cuartos de adobe con una pequeña cocina al lado, otras en mejor estado. Casas de ladrillo con servicios comunitarios, pero los sueldos de los panaderos no alcanzan para

pagar más de veinticinco pesos al mes. La patrona siente que lo dicho por su sobrina es una descarga venenosa contra los raquí-ticos sueldos que entrega a sus empleados y que, como siempre, Gelsomina hace hincapié en la explotación a los obreros. Ella y su marido están enterados de que en todos los amasijos pagan cuanto se les antoja a los patrones, pero no pueden dejar de opi-nar que es necesario mejorar la situación de sus trabajadores. Doña Lucrecia desea acallar a su sobrina y dice un tanto coléri-ca, dando respuesta al reproche del escaso sueldo:

—¡Tú no puedes saber nada de eso, tú tienes la casa que era de mi padre, en paz descanse!

—¡Que fue comprada por el mío! ¿No se enteró usted?

—Apúrate, Gelsomina, ya es tarde, te falta dar estos sueldos y ya empieza a llegar la gente, mmm —agrega Jonás conciliador.

—Ten, usa el canguro para que guardes los billetes, esos salen volando sin hacer ruido. La morralla que suene aunque no caiga.

—¡Ojos de papel volando!, mmm.

—¡Que pesado es este hombre! ¡Lástima que no se lo po-damos decir! La señora se cae muerta si sabe que le maltratan a su hijito adorado.

—¡Cállate, María, te pueden escuchar!

—Señora Gelsomina, usted que les aguanta. ¡Anoche...!

—Mejor después me cuentas, apúrense que ya viene la gente.

Son las seis de la tarde. Las sombras cubren el amasijo. Pronto entrarán los grupos de la noche. Gelsomina entrega el dinero de las ventas en el comedor de la casa, tiene cinco o seis cuentas pendientes: la venta a los clientes madrugadores, las ca-mionetas que van a los pueblos, las tiendas y expendios de pan,

cinco en total, uno en la calle de Matamoros, Filisola, Hospital, Alameda y otros.

—Aquí está el dinero; los gastos y las rayas están anotados en la libreta. Pagué dos notas de huevo y un depósito al banco de cincuenta mil pesos para el cheque de la harinera El Rocío.

—¿Por qué saliste en la mañana con el Bisonte? ¡Sales cuando más se te necesita! ¡Avisa de una vez si ya no puedes trabajar, Jonás tuvo que dar la raya a dos de los maestros!

—¿No se fijó usted que yo llegué a tiempo para pagar a los que faltaban? El pan estaba en el tablero y...

—¡Pero tú no lo acomodaste!

—¡Es obliga...!

—¡Es tuya. Como dice Jonás, si no puedes trabajar tiempo completo, que venga don Enrique, ese hombre puede hacer tu trabajo y más, es pariente de los Bendrell.

—¡Era necesario llevar a Bisonte al médico!

—¿Cuánto fuiste a pagar?

—Aquí está la cuenta; el médico no cobró por su trabajo, se dio lo de la anestesia y lo que cobra el hospital San José. Tomé dinero de las cuentas. Para evitar gastos deben asegurar a esos hombres.

—¿Tú vas a pagar? —dijo Lucrecia.

Empieza a pardear la tarde. Después de un día de trabajo las cosas van quedando en su lugar. La mujer antes de retirarse dice a su tía:

—¿Quiere usted merendar? —Gelsomina quiso evitar la disputa ofreciéndole la merienda.

—Me llevas la leche a la cama, si quieres cenar algún antojito, manda a Alberto a comprar lo que quieras.

—Oye, Gelsomina, ve tú y compra suficiente para todos, mmm.

Gelsomina sale sin contestar, toma dinero y llama al chofer de más confianza.

—Alberto, ¿me lleva por favor a la taquería El Sol?

—¿Dónde queda, señora Gelsomina?

—Junto al cine Principal, con la señora Rosita.

—Si quiere no se baje de la camioneta, yo hago el pedido, ¿le dijeron cuántos y de qué?

—No. Compre veinticinco, diez de queso y los demás de carne. Pide aparte la salsa, a ver si no se enfurruña la señora por lo de la salsa aparte, ella quiere dar los tacos con toda la salsa del mundo y se remojan.

—No creo que se enoje, mientras échese una pestaña, mañana tiene que madrugar, su tía se enojó el día que llegó diez minutos tarde, se enfureció porque salió con el Bisonte, ya hasta hablaron con don Enrique para que trabaje en su lugar.

—No se tarde, Alberto, aquí lo espero —dijo Gelsomina, tratando de no dar importancia a la noticia.

Alberto ha entrado a la taquería El Sol. Observa la fritanga de ocho tacos en la charola de lámina. Se ha perdido su mirada en la especie de carrillera que forman los tacos ya dorados, una formación de pequeños fusiles para que se les escurra el exceso de grasa. Tacos de carne, mole verde, tinga. Una capa ligera de frijoles refritos y el guisado que centran en la tortilla para dar cuerpo al taco. Doña Rosa viste blusa blanca con una guía de amapolas en el redondel del cuello. Gorda, con brazos muy blancos descubiertos, dedos regordetes y rojos por el calor que despide la charola de los tacos. Callada, activa con movimientos lentos y precisos, hace los veinticinco tacos del pedido de Alberto.

Gelsomina, en la camioneta, mira hacia la lonchería. Empieza a salir la gente de la primera función del cine Principal,

piensa que llegaron a tiempo para ser tomado el pedido de los tacos. Tiene sueño, ya han sonado las ocho y media, dos horas más que se tome para atender a sus tíos le restarán tiempo a su reposo. Trata de conciliar el sueño. Solamente trata. Le preocupa que sus patronos y parientes decidan despedirla.

Llega el olor a grasa y tortillas doraditas. La gente empieza a cubrir la entrada de la taquería. Han desaparecido, a la vista de Gelsomina, vitrinas y enseres de la lonchería. Solamente se vislumbra el humo que sube al techo, el estante de los refrescos Mundet, refrescos locales de Arévalo, botellas de canica.

—Carmina, venden la panadería La Mosqueta, queda a unos pasos de tu casa y sé que tú tienes dinero, ¿por qué no me prestas para comprarla?

—¡Para qué quieres ese terreno? ¿Ya te diste cuenta que solamente es un solar? Se ve desde la calle, un horno antiguo y destartalado; ese fue el motivo por el que dejaron de trabajar los dueños. ¿Qué tratas de hacer ahora? No tengo dinero, además guardo un cesto lleno de tus vales. Te he prestado más de lo que puedes pagar.

—¡Si no tienes, déjalo! ¡Te digo que no tienes para que no te sulfures! Estoy segura que, como siempre, guardas tus buenos talegos de dinero.

—Te he platicado que guardo el dinero de las cuentas de los camiones. Si algún día mi marido me pide notas y el efectivo, no sé qué voy a hacer.

—No seas chillona, recuerda que ahí donde chillan está el muerto. Tu marido ha comprado otros dos camiones. Estoy enterada de que compraron otras dos casas.

—¡Son vecindades, Lucrecia!

—¡Lo que sea, pero tienes dinero! ¿Me vas a prestar? Solamente necesito dos mil pesos, bueno, que sean tres mil, porque pienso mandar hacer un horno en forma y reparar las paredes que se están cayendo de viejas.

—Hoy no puedo, ven dentro de ocho días.

—No quiero morralla, procuras cambiar por pesos o monedas más grandes.

—Tú sabes que el pasaje cuesta cinco centavos por dos personas.

—Ya me enteré que van a subir el precio, así que...

—Está bien, dentro de unos ocho días vienes.

—¡Claro que vengo! He pensado en cambiar todo, hasta el nombre. Voy a poner paredes a todo lo ancho y largo, un buen portón, el patio con cemento y poco a poco hacer mi casa.

—¡Qué bueno que tengas esos proyectos, espero que todo te resulte como lo sueñas!

—¡Ya lo creo, Carmina! El negocio dejará de llamarse La Mosqueta, todo estará limpio, moderno. El horno lo voy a mandar hacer con losa de la mejor. Una puerta de hierro o qué sé yo de qué; con llaves para desfogar y que no sepa el pan a humo! Claro que voy a usar leña! No habrá una sola mosca, dejará, ya te lo dije, de llamarse La Mosqueta. No más tablas tendidas en el patio, no más azúcar tirada, nunca jamás el aluvión de moscas. El nombre de mi negocio será El Perpetuo Socorro.

—¿Ya tienes quién trabaje? Eso es muy importante. Te voy a prestar lo que necesitas para comprar el avío, pero procura pagarme. ¡Mira, tengo cincuenta vales! ¿Quieres que te haga uno solo?

—No, no lo creo necesario. Poco a poco te abono y me vas entregando los vales. No se te olvide, Carmina, que vengo dentro de unos días.

Carmina ve alejarse a su hermana. Saca del fondo del ropero un cesto de paja con listones azules. Levanta un paño que sirve de base a un número regular de joyas. Ha cumplido doce años de casada y su marido nunca olvida su cumpleaños,

aniversarios, año nuevo y cuanto se le ocurre al hombre para hacer presente su cariño. Al sacar el paño azul queda a la vista un manojo de notas. Vales en los que se puede ver la firma de Lucrecia. Carmina cuenta los vales, mueve la cabeza y deja las notas y las joyas en el mismo orden en que las encontró.

Después de algunos días regresa Lucrecia a casa de Carmina. Viste con cierta elegancia, usa ropa a la moda y colores claros; no es bella, pero tiene ojos y pestañas abundantes y rizadas, pelo con un corte moderno, ropa fina y muy ajustada. Toca la puerta del número 15 de la calle de las Víctimas. La joven criada abre el portón y le dice que la señora Carmina la espera. La voz de Lucrecia suena autoritaria, voz educada, voz de mando.

—¿Ya tienes mi préstamo, Carmina? Que conste que he regresado después de ocho días.

—Ten, firma tu vale, aquí está el dinero.

—¡Qué desconfiada!

—Tú misma dices que bajo la desconfianza vive la seguridad.

—Ya está firmado, ahora a trabajar. He conseguido dos albañiles muy trabajadores y cobran barato. Dicen que en un mes terminan. Lo que representa mayor problema es el horno, la chimenea debe ser muy alta para que arroje el humo lo más elevado que se pueda. Al fondo, si algún día puedo, haré construir otro. He estado haciendo cuentas, ayúdame, revisa si estoy en lo justo o correcto.

—Tú no puedes equivocarte, eras la primera en matemáticas, en poesía, todavía recuerdo tus acrósticos, eras la primera en la Superior de Comercio.

—¿Recuerdas que la de las menciones honoríficas eras tú? Lo malo fue que se te ocurrió casarte.

—¿Tú no hiciste lo mismo? Tenías poco menos de catorce cuando te casaste. Yo había cumplido casi quince...

—¡Ya éramos todas unas mujeres! ¡Vaya que fuimos precoces, Carmina. De haber vivido nuestra madre, chasco que se hubiera dado, tú eras buena violinista y yo qué bien cantaba.

—¡Cantas, Lucrecia! Todavía cantas. Además tienes voz de mando. Creo que te va a ser fácil manejar tu negocio.

—No creo que sea difícil. Voy a buscar un mocito. Para empezar, dos o tres panaderos y...

—No sueñes, hazlo. Trabaja y que Dios te ayude.

—Algún día te voy a pagar todo lo que me has prestado.

—Espero que no uses uno de tus dichos favoritos: “¡Ya quisieras durar el tiempo que voy a tardar en pagarte!” Tengo fe en que no me hagas una mala jugada. No me hace falta nada, pero es mi dinero.

—¡Ya, señora, debes decir: “el dinero de mi marido”! ¡Qué suerte has tenido! Te envidio, yo no pude tener ni marido, ni hijos.

—Son cosas que... Bueno, sí tuviste marido, pero... —Carmina guarda silencio antes de lastimar a Lucrecia con el recuerdo del marido.

—¡Ya! Es mejor no hablar de cosas feas. No tengo marido, pero soy libre y puedo hacer lo que me plazca. No estoy sujeta a un ángel con arranques de dictador.

—No toques ese tema, soy feliz, lo demás no importa. Él quiere una mujer de su casa.

—Te cedo mi lugar como esposa.

—No es necesario, yo soy la esposa que mi marido desea y, con franqueza, soy muy feliz con mis hijos.

Ante ese comentario, Carmina se siente molesta, pero siempre ha tenido cariño a su hermana y acepta que con frecuencia la visite con el único fin de solicitar más préstamos. Sabe que Lucrecia no puede recurrir a su padre desde el día que escapó para contraer matrimonio por primera vez. Hace años que no se dirigen padre e hija la palabra. Lucrecia parecía ignorar el enojo del padre y si algunas ocasiones lo veía por la calle de las Víctimas, cortaba la vuelta para evitar su encuentro.

Lucrecia visita a su hermana. Se muestra feliz con los avances de su panadería. Llega melosa a casa de Carmina. Habla de sus logros, pero en ningún momento abona algo a su cuenta.

—Carmina, todo está funcionando muy bien, estoy ganando buen dinero; ya tengo cuatro panaderos y un mozo.

—Me da gusto por ti... y bueno, ya han pasado ocho meses y...

—¡Bueno, qué! ¡No empieces que necesitas dinero! ¡No me alcanza para pagarte! Estoy comprando harina, mucha harina, azúcar, grano, manteca, aceite.

—Te sugiero que no exageres, la harina, si se guarda por largo tiempo, puede criar polilla.

—Carmina, ¿por qué no vas a ayudarme una hora en las mañanas? Ya sé que tu marido no te deja ni escupir, pero sales a comprar tu pan. Es más, te doy tu pan a cuenta...

—Acabarás de pagarme en el año dos mil.

—No exageres, de cualquier manera poco a poco recobrarás tu dinerito.

—No fue dinerito, Lucrecia, fue dinero y ¿sabes qué? Me pagas cuando quieras, pero no me insultes con abonos de unos cuantos centavos de pan. ¿Te imaginas cuántos años vas a tardar para pagarme? Perdóname pero tengo que preparar la co-

mida especial para mi marido y la verdad tengo mucho trabajo. ¡Buenas tardes!

—Buenas tardes, que disfrutes tu trabajo de sirvienta y sin paga.

Sale burlona. Tal vez sin que lo confiese está resentida con la vida. Nunca ha tenido un hijo. Mejor dicho, no quiere recordar que perdió a su pequeño antes de nacer. Rodó por las escaleras del negocio de su marido. La maldita caída al ser golpeada por el padre de su niño. ¡Un Otelo!

A la caída de la tarde, Lucrecia acostumbra reunirse con su sobrina para que la ponga al tanto del movimiento de su negocio. Pocos minutos antes habían regresado ella y Jonás del DF. Empiezan a bajar del carro paquetes y bolsas con productos que pidió Gelsomina para la próxima fiesta.

Han sonado las siete, el carro es encerrado y los choferes empiezan el acarreo. Paquetes muy grandes. Cestos y bolsas se van depositando en el piso o sobre la mesa del comedor. Doña Lucrecia revisa la lista y marca con tinta roja el producto.

—Ten, aquí está todo, puedes comprobar el producto y de una buena vez dime si es lo que pediste.

—Gelsomina, no se puede suspender el trabajo antes de la fiesta. ¿Cómo vas a poder organizar el trabajo aquí en la cocina y la tahona?, mmm.

—Lo que pueda preparar con anticipación, bien; lo que no, pues necesito diez o más personas. Aparte dos carniceros, ¿trajo usted el chile para los mixiotes? ¿Las telas de maguey, las hojas de aguacate, el vino blanco, el...?

—Todos los ingredientes están aquí. Menos la carne, pero mañana la tendrás lista.

—Recuerden que la carne tiene que escurrirse veinticuatro horas. ¿Cuántos animales van a comprar?

—Dos y dos. Los vamos a comprar en canal y cuarenta pollos, aparte los que necesitas para el consomé.

—Procure comprar los pollos como a usted le gustan, grandes gordos y tiernos como...

—¿Cómo qué? ¡No me faltes al respeto, Gelsomina! ¿Quieres decir que como Jonás?

—No, iba a decir como los pichones.

—No te creo, viendo bien las cosas, es verdad, así me gustan los pollos y Jonás: tiernos y gordos.

Lucrecia hace alusión a la diferencia de edades entre su amante y ella, lo hace con cierto desparpajo y asegura que Jonás ha sido la máxima adquisición. Algunas veces lo ha dicho frente a él. Jonás sonrío y deja que la gente piense lo que se le ocurra.

La sirvienta llega hasta Gelsomina. Es la hora del calor extenuante. Los panaderos, al ver que la muchacha entrega unas tarjetas, se acercan. Gelsomina empieza a leer en voz alta las líneas y comenta el mal servicio del correo. Han pasado treinta de la salida de sus tíos y apenas van llegando noticias. Se desprende de las postales que reparte entre los panaderos. Los hombres van de un lugar a otro mostrando las fotos. Dura poco su entusiasmo. Regresan a sus puestos y siguen con la rutina de siempre: azotar el palote con sonido rítmico, manoteo sobre los tableros, amasar las pastas, llenarlas de grasa. Algunos espolvorean azúcar, toman tragos pequeños de agua endulzada o café La Gloria.

—¿Cuándo regresarán, señora?

—No han dicho. Hablaron por teléfono el lunes y nunca dijeron nada sobre eso, tú sabes que siempre regresan intempestivamente, ¡su regreso va para largo!

—Dicen los panaderos que es mejor que no regresen, trabajan más a gusto, ¿es cierto que el señor Jonás tiene parientes en España?

—¿Quién te dijo eso?

—El señor Jonás, antes de salir de viaje, me dijo que era de Navarra.

—¡Este es más naco que yo, su familia viene de Salvatierra, Guanajuato, puro tarasco el condenado!

—Señora, ¿ya supo usted lo del Bisonte?

—No, ¿qué le sucede? Después del accidente no lo volví a ver.

—El Bisonte, señora, mató a su hijo y ahora está en el bote. Pobre, pero dicen que una noche en que el hijo regresaba de parrandear, daba tumbos en el empedrado de la calle y el patio de la casa donde siempre han vivido. Iba tan mal que no atinaba a sostenerse de pie. Había mojado los zapatos, las orillas del pantalón y hasta las rodillas con las aguas negras que cruzan las calles de la Garceza. Su padre le dijo: “Mírate hijo de puta, ya vienes ebrio. Échate a dormir”. Se quedó atrás de la puerta. No le dio tiempo ni de tenderse en el petate. El Bisonte lo escuchó roncar dos o tres horas. En la madrugada se le bajó la mona y tentaleando se pasó al camastro de su madre. Un petate, un colchón de zacapal sin almohada.

Su madre, en un dejo de pudor, le dijo que se largara a su petate. La condenada se había revolcado con el Bisonte. Ella le juró al marido que no lo volvería a hacer con el hijo, que fue cosa de la pítima que se habían puesto en la casa de Vicente. Tomaron pulque hasta los topes. Pulques curados de don Vidal. De esos que dizque les ponen muñeca. El caso es que despertó el Bisonte y les descubrió en los pujes y... Pela que le dio el hijo para que se callara el hocico. De cualquier manera todos, en la vecindad, se dieron cuenta de que se pasó con su madre a las cuatro de la mañana. Bisonte se había dormido. La Petra medio se opuso, guardó silencio y se entregó al hijo con furia desmedida. La condenada no se enteró de que Bisonte los estaba viendo. El hombre salió a gatas al escuchar los pujos. Se fue a ver a Vicente y le contó lo sucedido. Vicente le aconsejó que

dejara que los dos se fueran al mero infierno, pero Bisonte hervía de rabia y regresó al cuartucho con una piedra, la más grande que encontró y la azotó en la cabeza del hijo. Dice la Petra que el marido le dijo que se quitara porque también a ella se la iba a llevar patas de cabra. ¿No cree usted, señora Gelsomina, que la culpable fue ella?

—No sé, María, pienso que es la miseria, el alcohol, ¡qué sé yo! Apúrate, ya se hace tarde. ¡Oye! ¿Qué son esas risotadas de los panaderos? ¿Qué están haciendo?

—Mire, señora, están locos.

Y vaya si lo estaban. Vicente, el que todos llamaban hombre lobo, bebía más de la cuenta. Su mujer era regordeta, picada de viruela, reía con facilidad, daba pasos de baile con cadencia de orangután. Eran feos pero tenían almas buenas. Algunas veces encontré a su mujer esperando la salida de su marido. El hombre lobo, decía ella, está en la segunda pítima. No le quedaba otra, llegar a esos cuartuchos con piso de tierra suelta, sin baño, sin un lugar adecuado para comer. El hijo a los 16 años empezó a vender su sangre, dos o tres veces por semana. La mujer sentía que su retoño hacía una gran labor. Según sus propias palabras le pagaban muy bien. En dos o tres ocasiones le hablé de las consecuencias. Ella aseguraba que era una manera fácil de ganar dinero. Se había comprado unos zapatos de dos colores, el traje a cuadros, la camisa azul. El pelo alisado con vaselina de la que vendían en la farmacia La Moderna. No se alimentaba bien, pero estaba a su alcance la sangre de toro que conseguía en el rastro de la ciudad. Les hubiera caído bien un aumento de sueldo. Casi todos los días se les daba la comida sobrante, pero ellos eran muchos. Un taco, tal vez dos, agua fresca, el pan que se les antojaba. De cualquier manera, los hornos ardían casi todo el día. El bochorno era insoportable,

la ropa mojada de sudor, sed insaciable, cansancio, rabia, llorar de impotencia.

Todos trabajan en silencio. Los ruidos parecen haber tomado un reposo. En el comedor de la casa habitación los patrones se desperezan. Las maletas de viaje esperan mudas en el comedor de la casa. Ahora vienen repletas. Salen de viaje casi vacías. Los señores acostumbran salir con muy poca ropa. A su regreso cargan con cuanto pueden. Gorras de piel de Rusia, abrigos de antílope, sacos de piel, relojes de Suiza, bellos relojes de formas caprichosas, elegantes llamativos; margaritas luminosas que marcan las horas al abrir y cerrar sus pétalos. De pasadita, compran treinta o cuarenta regalos para los panaderos. Algún saco abrigador, pantalones de lana, camisas de franela, algo que aísle el frío de Toluca, ese frío gris que cuarteja la boca y hace erizar el pelo. Los patrones se hospedan dos o tres días en el DF, en el María Isabel para poder salir a comprar los regalos de sus obreros. Esas compras las hacen en alguna fábrica, buena calidad y poco dinero, ropa abrigadora, uniformes para los cuarenta o más hombres.

—Gelsomina, dile a María, Juanita, Sofía, Dolores y a todas las que estén desocupadas que vengan a ayudar con estas cosas. Nosotros venimos cansados y necesitamos un reposo de algunos días. Creo que tú te puedes hacer cargo del negocio un poco más. Ten este reloj, es tuyo, ¡bueno me das treinta mil pesos y...

—Pero yo no quiero relojes, tengo varios.

—No seas tonta, tal vez no lo creas pero quiero que tú lo guardes. Es muy valioso, todo está hecho en oro.

—¡No tengo dinero!

—¡Nunca tienes! ¿Qué le haces a lo que te pago?

—¡Tengo muchos gastos!

—Bueno, es tu problema, yo te pago muy bien. Dice Jonás que si te sigues retrasando a la llegada es mejor que ocupe tu lugar don Enrique.

—¡Como usted quiera!

—No, por ahorita tienes que terminar el mes, nosotros no le hemos avisado a... ¡Te estoy hablando!

Gelsomina sale de la casa y se sume en el trabajo de la tahona.

—No se retiren. Les voy a entregar lo que les trajo la señora —les dice a los panaderos.

—¡Qué nos trajo ahora? —preguntó Masacuata.

—¿Está usted llorando, señora Gelsomina? ¿Quiere usted que la ayudemos? —dijo Vicente. El hombre se queda en silencio, poco a poco acomoda el pan caliente sobre el tablero—. ¿Quiere un café?

Gelsomina se limpia la cara y sonrío.

—No, Vicente, no quiero café, pero sí acepto que me ayuden. Las muchachas han ido a ayudar a la señora con las cosas que ha traído de su viaje.

—¿Ese reloj se lo regalaron a usted?

—No en su totalidad, pero, sí, me lo dio mi tía.

El hombre trata de distraer la atención de Gelsomina y empieza a contar:

—¿Ya sabe usted que el hombre conejo sacó otra cría?

—¡No puede ser, Vicente, no exagere!

—¡Sí, señorita, sacó otros dos chamacos! Chiquitos y feos como los otros.

—No se exprese así de sus sobrinos. De cualquier manera son hijos de su hermana y puede ofenderse.

—¿Mi hermana ofenderse? ¡Señora, ella misma dice que dos más de una familia acomodada no estorban!

—¡Vaya humor! ¿Eso dice de su familia?

—Sí, dice que acomodada en uno de los cuartos de la vecindad sin puerta. Cuartos baratos, muy baratos. No tienen cocina, guisan en el patio, se bañan en el patio, ahí junto al cerro del Calvario.

—¿Cuánto pagan, Vicente?

—Rebarato, señora Gelsomina, quince pesos al mes. Al bruto de mi cuñado apenas le alcanza lo que gana para darle de tragar a tanto condenado escuincla. Con estos dos ya son dieciocho. ¡Cuates, para que no estén deseando una familia numerosa!

—Vicente, ¿por qué no le dice a su hermana que entregue sus datos al... Mire no estoy bien enterada, pero el señor gobernador da un premio a la mujer más prolífera...

—¿Y qué es eso?

—¡Ay, Vicente, que tiene muchos niños!

—Le voy a decir a mi hermana, señora Gelsomina. ¿No me presta algo de morralla?

—¿Para qué quiere dinero extra? Recuerde que tengo que entregar cuentas. Además, le aseguro que lo quiere para ir a la tienda de la esquina.

—Necesito para mandar a mi chamaquito a la escuela, tal vez solamente dos o tres años, ya ve que el mayor trabaja aquí, pues sabe medio escribir. Quiero que él también aprenda algo.

—¡Tenga usted Vicente! Le voy a descontar todos los días, no les diga a los demás.

—¡Pero si usted nos presta a todos! ¡Esa es una puntada de la señora Lucrecia!

—¡Algo se me ha pegado!

Gelsomina piensa que ha tenido más influencia de la hermana de su madre que de ella. Recuerda a su madre blanca, con mejillas de buen color y ojos tranquilos. Sin desearlo van llegando los recuerdos de su larga enfermedad. El desfile de médicos por la casa: Corzo León, Alvear, Nava y otros que no puede recordar. Aquel químico que confundió los análisis. Transfusión de diferentes tipos de sangre. Su madre inmóvil, silente. Recuerda que parecía entender todo por las miradas angustiosas que le dirigía. Duró poco tiempo. ¿Una, dos semanas? El llanto de sus hermanos pequeños. ¿Cuántos años tenían? El menor era hijo de su hermano mayor. Ocho, ocho, ocho huérfanos con el padre de todos, dos mayores que ella y cinco menores.

—Señor Jonásito, ¿cómo les fue en su viaje?

—Patrón, la señora Gelsomina nos entregó las tarjetas que ustedes mandaron, ¡qué mujeres tan a toda madre! De segurito que a ellas ni les apesta, ¿usted qué dice?

—¡No hables de eso Chenchomón! ¡Son a todo dar!

—¡Platíquenos, al fin nosotros no ocupamos el hocico para trabajar.

—¡Malo que fuéramos leguleyos, habladores y pendejos!

—¡Qué pasó con ese vocabulario, Chaquetas! Hablen sin peladeces, que luego se escucha hasta la cocina!, mmm.

—Ya patrón, cuente cómo les fue en su viaje a Francia.

Jonás se hace remolón, desea en su interior que los panaderos le rueguen para que les relate su viaje a Francia. Decide platicar sus experiencias en Japón: “¡qué mujeres!”, dice Jonás, y explica que el arte que desarrollan en la cama las mujeres japonesas es superior a todo lo que cualquier hombre haya vivido. Jonás narra con exceso de detalles lo que ha experimentado en su vista a Japón. Protesta por el diminutivo que usan sus empleados. Hace alarde de los gastos en la casa de té. Al seguir presumiendo el derroche de dólares, los empleados molestos le sugieren olvide los gastos y se concrete a platicar sus paseos.

—¡Ya! Entendemos que te sale caro. No cuentes nada que se trate de dinero, dinos nomás qué fue lo que pasó.

—Si van a estar interrumpiendo, mejor me largo, no tengo necesidad de apestar mi ropa, mmm.

—¡Qué! ¿Ya no te acuerdas cocol cuándo eras chimislán? ¡Ahora ya no te tumbas el trajecito, y antes pura chamarra de segunda y overol. A mí no me puedes contar, yo trabajé con tu padre y...

—Si no quieres escuchar, núblate y asunto terminado. Deja que Jonasito siga platicando.

—No quiero presumir, pero es la verdad, todo es carísimo por allá, mmm.

—¡Qué te quejas, todo sale de mamá Lucrecia!

—¿Qué dijiste?, mmm.

—Nada, Jonás, no he dicho nada, sigue con tu historia.

—Como les decía, llegamos a ese lugar de maravilla. Fui a dejar a la señora Lucrecia al hotel. ¿Se fijaron en los calendarios, las sombrillas de papel que traje? Todo lleno de flores de cerezo: las *geishas* vestidas a la usanza de sus antepasados. Todo el lugar estaba cubierto, pero parecía un amplio jardín. Hay dos o tres mujeres a tu servicio.

—¡Qué! ¿Según el sapo es la pedrada?

—¡Cállate! ¡Carajo, si no quieres oír lo que cuenta el patrón, lárgate a prender el horno! ¡Cuarenta minutos y si se te pasa de calor te chingo!

—¡Va! ¡No es para tanto! ¡Lo llevaron al jardín, pero no creo que haya sido el Jardín de Alá!

—¡Lárgate a prender el horno! ¡Esto es para mayores! ¿mmm? En el centro de aquél lugar había un camastro donde solamente cabías tú. A la entrada me quitaron los zapatos. Para entonces ya estaba totalmente desnudo. Al calor de una bebida hecha de fermento de arroz, el famoso sake, y las caricias sabias de esas mujeres ya estaba yo prendido. Me tendieron en

un camastro y, al mismo tiempo, como una nube de colores, salieron, no supe de dónde, veinte o más mariposas. Se parecían, en belleza, a las mujeres. Ellas, como figuras de cera, silenciosas y ligeras, blancas a fuerza de un polvillo que usan, dicen que es harina de arroz, eso no se los puedo asegurar. Las mariposas empezaron a revolotear, era una pequeña nube que se movía lentamente como las *geishas*. Algunas mariposas se acercaban hasta tocar con sus alas mi pecho, el cuello. Se llegaban a mi boca y las mujeres inmediatamente las hacían huir. Para ser sincero, el libar de las mariposas, en mi boca, producía un extraño cosquilleo; otra vez revolotearon por todo mi cuerpo...

—Oiga patrón, ¿entonces, pa qué pagarle a las viejas? ¿Nomás para verlo en cueros?

—¡Cállate, pendejo, ve metiendo el bote del vapor al horno para que salga bien el pan.

—¡Yo qué hice! ¿Qué no puedo preguntar? ¿No se trata de saber todo?

—¡Ve a hacer lo que te digo!

—Hablar con ustedes es un fastidio, a cada rato interrumpen, ¿mmm? ¡No les vuelvo a platicar nada!

—¡No se enoje, Jonasito! A nosotros nos cuadra lo que usted platica. Esos brutos no saben apreciar nada.

—Bueno, para acabar, las mariposas seguían su vuelo, se remontaban, iban de flor en flor hasta alejarse más allá de los cerezos. Una mariposa quedó sobre mi cuerpo, levantaba el vuelo a poca altura y en unos cuantos segundos se prendió a libar el néctar que brotaba del mástil de mi cuerpo.

—¡Órale! ¡Explicáte güey! ¿Quién te entiende? Nomás falta que sigas con eso que algunas veces recitas “Quiero morir en alta mar con la cara al cielo...” ¿De dónde sacas esas cosas? En la escuela no enseñaban eso —preguntó Daniel.

—Yo no cacto, patrón —dijo uno de los mozos.

—¡No se dice cacto, bruto, ¡hora, Jonás, dile cómo se usa esa palabrota! ¡Este patrón no te va a corregir, es mejor que no preguntes!

—Ya no les cuento nada, dicen y dicen bien, que la miel no se hizo para el hocico del burro, mmm.

—¡Tú muy sabio!, yo me acuerdo que no terminamos ni la primaria en la Anselmo Camacho. Ahora te has educado gracias a doña Lucrecia... ¿No?

Gelsomina olvida, por el momento, la amenaza de despido. Ella ha entregado muy buenas cuentas y tenía la seguridad de que todo se trataba de una amenaza para hacer que trabajara más. Ahora se ha convencido de que todo va en serio. Recuerda que los Conzuelo le ofrecieron trabajo. Una línea muy diferente. Aquí algo para el estómago, allá algo para los pies.

—¿Ya la corrieron, señora Gelsomina?

—Ya, María, creo que va en serio eso de don Enrique.

—Usted no deje el trabajo, ya tiene años aquí. ¿Qué piensa usted hacer?

—Estoy pensando en recurrir a los Conzuelo, pero...

—Yo que usted no me iba, a ver qué hacen con dos empleados. Ese hombre no va a querer ganar menos de sesenta pesos, ¿cuánto le pagan a usted?

—Doce, mi tía dice que estoy muy bien pagada, pero yo siento que no me alcanza para tantos gastos. De cualquier manera, María, estoy enterada de que los Conzuelo pagan más, mis tres niños vienen a comer aquí...

—Yo la entiendo a usted, hasta a pasear los llevan. ¡Claro, siempre que sea en la república!

—Yo no los podría pasear, no tengo dinero para viajes. Desde mañana no vengo a trabajar, tengo algunos pesos

ahorrados y despensa llena. Almaceno de todo para los días de las vacas flacas.

—Yo creo que hace usted mal en retirarse de la chamba, ¿por qué no va usted a Conciliación?

—¡Ay, María! Don Raimundo se quejó hace años y nunca más pudo conseguir trabajo. Aquí no se puede hacer nada contra los despidos.

Algunos días después, doña Lucrecia se encarga del negocio. Está malhumorada pese a que su nuevo empleado no ha descansado durante cuatro horas.

—María, ayúdame aquí, este hombre trabaja como bestia, debemos ayudarle. Vicente traiga cajas para el bolillo y la telera.

—Sí, señora Lucrecia, la señora Gelsomina ya tendría todo listo, usted acostumbra salir hasta las seis de la mañana. Señora, ¿el señor Jonás?

—Está ensayando el acordeón.

—¡Qué! ¿Ahora ya es músico?

—¡Usted se apura a su trabajo, él sabe lo que hace! ¡Yo nunca me entrometo en sus vidas! ¡Aquí a cumplir, lo demás no me importa!

El hombre se retira con sus movimientos cantinflescos. No se sabe si es coincidencia o a propósito, ata el cinturón debajo de la cadera. Camina moviendo las caderillas y arrastra un poco los pies, los separa de las puntas y con el talón hace un ligero ruido.

—A ver, chamaco, júntese el pan que ha tirado este alpargatudo. Con esas cejas de azotador, me cae que no ve dónde echa el pan.

—Vicente, tenga usted más respeto por don Enrique, es uno de los parientes de don...

—Perdone, señora, pero eso no le quita que sea un taimado, ¡yo no digo que sea fácil este trabajo, pero se hace el zonzol!

—¡Eso es cosa que a usted no le importa! ¡Mande a uno de sus hombres a llamar a Gelsomina! ¡Dígale que urge que venga!

Vicente llama a su hijo y le dice:

—Ve a llamar a la señora Gelsomina, pero te tardas mucho para que estos patrones sepan que no es cualquier cosa lo que hace su sobrina.

Después de una hora regresa el emisario con la nueva de que la señora Gelsomina ha salido a trabajar.

—¿Qué ha pasado con mi sobrina?

—Ya fue mi muchacho, pero ella no está en su casa.

—¿Le dejaron recado?

—Sí, señora Lucrecia.

—Bueno, termine de trabajar, mañana le entrego su raya porque ahora no tengo tiempo.

Los hombres respiran descontento; la clientela se desespera, las empleadas han perdido el ritmo de trabajo.

—Esta señora es medio inútil, María.

—No creas, Juanita, todos se hacen tarugos para que la señora Lucrecia se fastidie y mande llamar a su sobrina.

—¿Tú crees que aguante don Enrique? Ayer se pasó la mañana haciendo unos caracoles en quién sabe qué salsa. Hoy va a preparar una butifarra de rechupete.

—¡Ay, María, hasta el sonsonete te sale bien! Pinche alpargado, qué cochinadas hace en la cocina.

—No, no son cochinadas, ya quisiera yo saber guisar como este hombre.

—¡María, Juana! ¿Qué esperan que no despachan? ¡Dolores, Sofía, todos, muévanse, la clientela no va a perder su tiempo nada más por su calma!

Las empleadas se apresuran a obedecer a la patrona, se notan molestas como todos los trabajadores, pero no pueden protestar. Al atardecer don Enrique presenta su renuncia.

—¿Por qué se va usted? ¿En qué le fallamos? Le estoy pagando sesenta pesos diarios. ¿Esperaba usted mayor sueldo?

—¡Doña Lucrecia, este repinche trabajo es una joda, aquí se necesita un güey para hacerlo...

—Mi sobrina lo desempeña y...

—¡Que siga en joda, doña Lucrecia! Con todo respeto, pero usted está explotando a la sobrina.

La tahona se ha quedado quieta. Han salido los panaderos. Poco a poco llegan los del tercer turno. Una hora o tal vez con suerte dos.

—¡Muchachas! ¿Ya guardaron el pan que sobra? ¿Cerraron bien el portón? ¿Cubrieron las hogazas para las rebanadas? Mañana les pago.

—Yo necesito lana, señora Lucre...

—En primer lugar, no es lana; en seguida, soy Lucrecia, ¿qué no fuiste a la escuela, Bimbo?

—¡Sí fui, doña, pero creo que pasé de noche! ¿Por qué se molesta tanto?

—Ten tu dinero, mañana, ya no vienes.

—¡Como quiera!

—¿Por qué despides a la Bimbo?, mmm. A ver mamacita, ¿Qué vamos a hacer sin Gelsomina y sin la Bimbo?

—Mira Jonás, no es la Bimbo, es Carmen, ¿por qué la defiendes?

—No mamacita, aquí se hace lo que tú dices, ¿quieres que se vaya? ¡Que se vaya! Yo lo único que deseo es evitarte molestias, mmm.

—Está bien, que se quede la Bimbo y que venga Gelsomina. Lola, abre la puerta, ¿qué no oyes que tocan? ¿Quién es?

—Es la señora Gelsomina, dice que le dejaron recado en su casa.

—Que pase, no creo que no conozca la casa, apenas hace unos días que dejó de venir.

—Buenas noches, ¿me mandó usted llamar?

—Sí, me dijeron que estás trabajando, te veo flaca, descolorida, ¿ahí no dan de comer, Gelsomina?

La mujer se acerca más a la cama y le dice con voz suave:

—No, tía, no es la comida, es que dejo a mis niños solos y me preocupo, por eso he venido, allí me pagan más.

—Te voy a pagar lo mismo y ya sabes, boca libre para ti y tus hijitos. ¿Por qué no piensas muy en serio en la adopción del pequeño? Lo mandaríamos a la mejor escuela, viajaría a todas partes con nosotros... piénsalo.

—Lo he pensado y agradezco el ofrecimiento, pero francamente creo que no es perro para que lo ceda en el momento en que alguien lo solicite. Aquí dejo unos libros que me presté hace unos veinte días. Siguen en buen estado, pero es necesario un poco más de aire, se van a apolillar.

—Puedes tomar los que quieras, eso sí, los regresas y piensa lo de tu hijo. Aquí estaría mejor, tú sabes que Jonás los quiere mucho.

—Lo agradezco, pero los tres tienen que estar siempre a mi lado, no importa que sea con limitaciones.

—¿Te esperamos mañana? Ya sabes, antes de las cuatro y...

—Sí, ya sé que al cuarto para las cuatro.

Gelsomina había trabajado algunos días con los Conzuelo. No era mal sueldo, podía cubrir sus gastos. Encontró un problema que le hacía renunciar a una situación cómoda, dejaría de

ver a sus hijos más de nueve o diez horas. Decidió regresar a la tahona. Desde luego esperaba un poco más. Estaba segura de que don Enrique dejaría plantado el trabajo. Lo había escuchado decir que era un trabajo para mulas. En el fondo sabía que el hombre tenía razón. En el amasijo se requería un esfuerzo mayor. Esperaría con calma para poder librarse de ese empleo. Siempre le asaltó la duda, en realidad ella no sabía hacer nada. El esfuerzo era físico. Maduraba la idea de que era capaz de organizar banquetes, las cuentas de la tahona siempre estaban correctas, tenía buena memoria. Podía recordar sin recurrir a vales y libretas, lo que se había enviado a cada expendio de pan, cada pedido, cada uno de los envíos de harina, manteca, mermelada, granillo, aceite, cocoa, azúcar. Recordaba con exactitud los sueldos de los encargados, depósitos a los bancos con los que acostumbraba trabajar su patrona y compromisos sociales, hora y día en que se debían aplicar inyecciones a sus tíos, el momento justo de asistir a la modista, al sastre. Regresar algún producto que careciera de calidad, olor, la calidad de aceites, margarinas y manteca vegetal; estaba enterada del peso de cada bulto, así fuera de sal, azúcar, piloncillo, harina o granillo. Sabía algunas cosas más, pero solamente relacionadas con la tahona, los panaderos, las empleadas, la servidumbre. Los platillos predilectos de sus tíos y amistades. No olvidaba los ingredientes utilizados en cada manjar, cantidades requeridas. Tenía muy en el fondo la esperanza de que sus patrones la mandaran llamar como en otras ocasiones. No había quién los soportara, no había quien pudiera saltar de la cama a las tres de la mañana y pasar de diez a quince horas en el trabajo. Se había enterado por sus compañeros que don Enrique no quería pasar más tiempo con ellos...

Gelsomina, de pie junto a la puerta de la recámara, espera a que su tía repare en ella. Ha tratado de llamar la atención hasta que:

—Gelsomina, ¿qué quieres? Dices que tienes algo que decirme, ¿de qué se trata?

—Quería recordarle a usted que ya pasaron cuatro años de que le di el dinero que me dejó mi papá. Usted me ofreció el mismo interés que da el banco y francamente necesito comprar zapatos para mis niños.

—¿Cuatro años?, no es mucho lo que tengo que dar, y como tu hermano Aníbal me debe dinero, yo no puedo perder lo que me ha costado tanto trabajo adquirir. Así que ¡me cobro a lo chino!

—Necesito ese dinero, recuerde que se lo presté con la condición de ganar lo mismo que me hubiera pagado el banco.

—Lo entiendo, pero yo no puedo perder nada. El negocio va de mal en peor...

—¡No puede usted quejarse! Cada día aumenta la producción. Los precios de la materia prima se han estabilizado. Usted no incrementa los sueldos.

—¡Si te parece!, y si no, hay remedio, con que ya no vengas a trabajar todo queda arreglado.

—Aparte de perder lo que me dejó en efectivo mi padre, ¿piensa usted despedirme?

—¡Eso en el caso de que sigas molestando con tu cantaleta del dinero! ¡Ni que fuera tanto!

—Para mí sí lo es, para usted es una miseria si se compara con lo que gasta en sus fiestas y viajes.

—¡Eso no te importa! ¡Tú decides!

—Señora Gelsomina, le hablan en la panadería.

Gelsomina aguanta el llanto. Recorre el tramo que divide la casa habitación de la panadería. Se encuentra con la mujer de su hermano Aníbal.

—Oye, traje este anuncio, creo que te interesa, es una oferta de trabajo, te dan casa habitación para ti y tus hijos. Derecho a alimentación y coche para llevar a tus niños a la escuela. Vas a ganar cinco veces lo que ganas aquí. ¿Cuánto te da tu tía?

—Sesenta pesos diarios y, como dice ella, boca libre para mis niños. Estás perdiendo el tiempo pensando, pensando.

—No seas sangrila, estás repitiendo una canción.

—Sí, es una canción.

—Pero te traigo una buena noticia. Avísale a tu tía que te vas...

—¿Qué decían? —preguntó doña Lucrecia, que iba entrando para ver quién buscaba a su sobrina.

—Nada, es solamente un anuncio del periódico. Un trabajo en Cuernavaca. Y desde luego un mejor sueldo.

—Claro, mejor sueldo, pero, ¡ahí sí te van a fregar! ¡Te puedes ir a la hora que quieras! No creas que por esas amenazas voy a pagar lo que tu hermano me ha robado.

—No ha sido robo, y usted lo sabe. Ese dinero lo malgastó Jonás, él puede hablarle a usted de eso.

—¡Es mejor que te calles, tú no puedes soportar que Jonás sea casi un santo!...

—¿Santo?

—Sí, y no te asombres, ¡yo lo conozco bien!

—¡El día en que usted se dé perfecta cuenta de quién es su marido, será demasiado tarde!

—Pobre de ti, Gelsomina, comprendo que te hace hablar el dolor y la amargura que llevas oculta. Yo sé bien tu vida. No dices nada, en un estúpido afán de ocultar tu equivocación. ¿Estabas loca?

—Sí, sí estuve loca, pero no tengo la amargura que usted piensa. Aunque nadie lo crea soy feliz con mis hijos. Usted nunca va a comprender lo que significa tener a esos pequeños.

—Me haces reír, ¿qué puede ser más satisfactorio que vivir entre todo lo que yo tengo? He viajado por toda la república. Tengo amistades muy valiosas y..., sobre todo, tengo a Jonás.

—¿Jonás?

—¡Sí, Jonás! Él, que ha sido mi compañero durante ocho años. Recién muerta tu madre. ¿Recuerdas?

—Sí, lo recuerdo y recuerdo que...

—¡Ya! Si te vas, vete, pero eso sí, soy responsable de tu buen comportamiento. Iremos Jonás y yo a investigar lo del trabajo. Bien puede ser trabajo de prostituta.

—Mamacita, creo que te has acelerado, ¿quién quieres que venga mañana a trabajar antes de las cuatro de la mañana?, mmm.

—No ha de faltar quién. ¡Ni hace falta el que se va, ni sobra el que viene!

—Es mejor que llames a tu sobrina. De seguro su necesidad es mucha, porque en los años que ha trabajado aquí no ha faltado. Lo difícil es si le van a pagar dos veces lo que se le

paga aquí. ¿Te das cuenta que son ciento veinte pesos diarios? Es mejor que le des esa cantidad, pero te aconsejo que primero investigues si está dispuesta a irse a Cuernavaca. Si hay cierta duda de su parte, te aseguro que se queda aunque le pagues un poco menos. ¿Quién deja un trabajo cuando tiene tres chamacuitos?, mmm.

—Dile a María que la llame inmediatamente.

—¿Me llamaba usted?

—Gelsomina, hemos pensado muy bien y sentimos que no debes ir a Cuernavaca. Sabemos que lo del sueldo es muy en serio. Queremos que recapacites por tus hijitos. La ciudad de Cuernavaca es muy bella, pero los peligros son mayores que aquí en Toluca, te ofrezco darte el mismo sueldo que vas a ganar allá.

—¿Me deja usted tiempo para pensarlo?

—Recuerda que ya dos de tus hijos van a la escuela, perderían el año...

—Mañana resuelvo en la tarde.

Ésa era una buena oportunidad para Gelsomina. Tendría casa, transporte. Alimentación para su familia. La entrevista se hizo en la ex hacienda del Carmen. Salones amplios, todo lleno de lujo y belleza. La secretaria de la familia hizo la entrevista. No pudo menos que asombrarse por la juventud de Gesolmina. Dos o tres ocasiones refirió lo mismo: “Eres muy joven, ¿estás segura que puedes desempeñar este trabajo? Debes organizar desayunos, almuerzos, comidas hasta para treinta personas. No tienes que hacerla tú, serás ama de llaves, vas a contar con tres

o cuatro personas a tu servicio. Tu sueldo será de casi cuatro mil pesos mensuales, el tiempo va a ser tuyo por lo regular. Los señores solamente van a Cuernavaca dos veces al año. El resto del tiempo lo puedes emplear en tu familia. La casa que vas a habitar con tus hijos queda al fondo del jardín. Completamente independiente de la finca que habitan los señores.”

Aquello dejó sin habla a Gelsomina. Ante las oportunidades mencionadas parecía disminuir la importancia del año escolar que perderían sus hijos. Estaba segura de que todo marcharía de la mejor manera. Gelsomina decidió, ante la oferta del mismo sueldo, permanecer en la tahona. Una vez más dejó pasar una buena oportunidad, una buena racha.

Algunas veces la tía Lucrecia tenía sus buenas acciones. Recuerdo aquella ocasión en que se fue la pareja al cine Principal. Le hicieron tal propaganda a la película que poco faltó para que recibieran su porcentaje sobre las ventas. *Duelo al sol*. Hablaron de los actores hasta el cansancio. Con frecuencia se comentó, en la mesa del comedor, acerca de las mejores películas y también con frecuencia ofrecía con desprendimiento el costo de las entradas a sus empleados. No puedo negar que se equivocaba en el precio. Si el boleto costaba 15 pesos, ella ofrecía cinco y recomendaba los tacos a la salida. Aseguró siempre que hasta sobraría dinero. Bueno, pero estoy recordando la famosa película *Duelo al sol*.

Llamó a los Pepes: Rojas, Salazar y Ruiz. Les dio el precio de las entradas y algo más para gastos. Los chamacos salieron alborozados del trabajo. Habían pasado doce horas frente al tablero. Nunca los vi laborar en silencio. Sus conquistas entre las muchachas de los expendios eran conocidas por toda la tahona. Tenían una pequeña parcela a medias. José Rojas había trabajado en la Compañía de Luz y Fuerza. El susto y el golpe que sufrió al tocar unos cables de alta tensión hicieron que regresara al tablero de la panadería.

—¿Qué pasó muchachos, cómo les fue en la función del cine Principal? —pregunté al otro día.

Mi tía ya me había dado lo de la entrada y, desde luego, hizo un comentario sobre la película, pero quería saber la opinión de ellos. Tal vez José Salazar no pudiera opinar nada al respecto, pero de seguro Rojas o Ruiz fueran capaces de discernir mejor. Aparte de eso, mucha gente de la que llegaba a la panadería se ponía a platicar sobre películas, teatro, ópera, carreras de ciclistas, el premio a la madre más prolífica. Todo eso mientras esperaban el pan más caliente. Algunos ya habían dado una buena opinión.

Uno de los chamacos, a mi pregunta, contestó molesto:

—Señora Gelsomina, ni vaya usted a ver ese churro. Cuando llegamos al cine ya había empezado la función. ¡Puros balazos! Nos dormimos un rato mientras empezaba la última tanda y cuando despertamos seguían los balazos. ¡No vale la pena esa película!, ¿verdad, muchachos?

Los dos sugirieron al mismo tiempo que me fuera al cine Tívoli, donde estaban exhibiendo una película que se llamaba *Por siempre ámbar*. Los tres dijeron que era una buena película. Que la del Principal no servía.

Los hombres de la tahona siempre tenían sueño, hambre y cansancio. Eran alegres, algunas ocasiones cantaban toda la tarde. Se hacían novios de las muchachas del servicio y de las empleadas de los expendios. Asistían a los bailes de Rosa María y el Club Toluca, si es que podían pagar las entradas. Se les facilitaba más asistir a los pueblos o a la casa de la China. Ninguno llegó a casarse con las empleadas de doña Lucrecia porque todas sabían que solamente por temporadas chillaba la manteca en las cazuelas.

Había algunos chamacos que podían durar hasta veinte días en turno de la noche, pero se les veía delgados, ojerosos y, por lo regular, estaban desganados hasta para hacer bromas a sus compañeros.

Jonás estaba enfermo. ¡No podía ser normal! Era un don Juan, así hay muchos hombres, pero sus acciones ya rayan en locura. ¿Cómo se explica uno sus amoríos descarados? Persecuciones sin motivo. Recuerdo a la costurera, una mujer con manos de hada; sus bordados se podían confundir con pinturas perfectas, llenas de primor. Empezó con buenas referencias. “Mamacita, esa mujer que te hace tus costuritas es casi perfecta. Es soltera, vive sola, no acepta galanteos, se dedica exclusivamente a bordar. ¡Ayúdala para que no le falte nada!”, poco después se deja decir: “Esta mujer está cambiando, dicen que anda de loca. ¡No quiero que le mandes hacer más costuras! No debe entrar a esta casa”. María Elena desapareció. Todos pensamos que era una presa que se le había escapado al Jonás. María algunas veces la veía por la calle de Matamoros, cerca del expendio de pan que estaba al cuidado de ella. “No lo va usted a creer —dijo María—, pero esa mujer llora”.

El Jonás habló mal de ella con muchas personas. ¿Qué podíamos hacer? Nada, su voz era ley. Además siempre he pensado en un mal mental. Iba de lo bueno a lo malo. No puedo dejar de recordar con agradecimiento aquella ocasión en que me intervinieron quirúrgicamente, ¡cosas de mujeres!, ¡eso no importa! El sanatorio era muy grande, de dos o tres plantas. Una escalinata como de película. Aquella cinta de Dolores del Río, en *El*

automóvil gris. Dolores bajando las escalinatas, yo sin poder caminar, apenas daba pasos, sentir que todo se rompe, el temor de que se boten las tripas, ardor por la sustancia adormecedora para quitar las grapas, el hilo que sujeta las orillas de la piel, no podía bajar treinta escalones. Doña Lucrecia fue a recogerme al sanatorio, no había quién me ayudara. Los médicos estaban ausentes, las enfermeras eran delicadas y jovencitas, no más que yo. “¡Jonás, no hay elevador! —gritó Lucrecia—, esta mujer no puede bajar la escalera”. Yo pensé que no iba a aguantar mi peso. Cincuenta kilos en mi osamenta de un metro sesenta y cinco centímetros. Pensé que iba a soltar un: “¡A ver quién la carga!”. Me levantó con cuidado y descendió el largo trecho, me puso en el piso y se dio la vuelta. Yo le di las gracias con buena voz, él ni siquiera dio respuesta.

Sucedió de la misma manera cuando María perdió el control y rodó en el piso de la casa, el golpe la dejó sin sentido y él, el Jonás, la recogió del piso con tiento y la puso sobre una silla. Desapareció de la casa un gran rato. Algunas veces cambió la ropa a mis hijos, cuando se los llevaban de viaje. Les narraba historias; cuando no había sirvienta, preparaba el té para doña Lucrecia. Si alguien sufría un accidente, hacía las gestiones necesarias, arreglaba el problema sin esperar las gracias.

¿Cuándo empezó a cambiar? Tal vez sea difícil fijar la fecha de su transformación. Algunas ocasiones, Gelsomina pensó que todo se debía a su vida licenciosa, tal vez a las múltiples amantes que se fueron sumando a lo largo del tiempo. Mujeres de pueblo, muchachas de servicio, la vendedora de servilletas, las empleadas de los expendios, la empleada del Banco Nacional, aquella muchacha de aspecto culto, blanca, risueña y agradable. Vestía y aceptaba con frecuencia las alhajas que Jonás le ofrecía.

Empezó como juego. Ella se sentía halagada, sobre todo cuando el hombre le hacía presentes los regalos. Llegó a reunir buena cantidad de joyas, según sus propias palabras, algunas de precios exorbitantes, el interés se perdía, surgían nuevos prospectos. Nunca, en treinta o más años, duró para siempre. Aquella chamaca regordeta a la que llamaban la Bimbo, rompió el récord en tiempo. Duró su relación más de cinco años; los regalos para convencer a esa muchacha no eran muy caros: vestidos de clase regular, algunos zapatos, dinero para el médico, vacaciones pagadas, regalos para el padre, que estaba de acuerdo con esa relación.

En la casa de Lucrecia abundaban los trapos de cocina, manteles de ínfima clase, servilletas de todos los tamaños. Se podía ir desde las que se usan en los chiquihuites para evitar que se enfríen las tortillas, hasta las que se utilizan para secarse las manos, servilletas para la mesa; los colores siempre fueron un tanto chillones, rojo con tono de adobo, color de aguacate, color sandía con ribetes negros y que al poco tiempo se mezclaban los colores dejando el trapo indefinido. Los había de color melón con orillas blancas. Lucrecia siempre protestó y cambiaron las tramas. Manteles blancos, servilletas con hilos de color haciendo contraste, rojo, negro, verde, amarillo.

Roberto y Graciela fueron amigos de mis padres. El apego, a la muerte de ellos, recayó en mi tía, después, por razón natural, la convivencia se extendió a Jonás. Hicieron algunos viajes juntos. Desde luego el maestro Roberto no podía abandonar tanto tiempo su negocio y aceptaba acompañarlos en viajes cortos. La amistad duró más de veinte años. El cambio nunca supe cuándo se efectuó, dejaron de invitarlos a sus fiestas. Hasta cierto punto me sentí culpable. Les hablé de la situación del matrimonio. Jonás lo tomó por el lado cómico, juró que eso no podía ser. Yo estaba con ellos y en la mesa, me di cuenta que se llenó de cólera y empezó, desde aquél día, a hacerle mala fama al mecánico. Habló de cambios de piezas nuevas de los coches y camionetas, por otras en pésimo estado. Adulteró las notas y poco a poco le dieron menos trabajo. Debo decir que ni falta le hizo. Tenía un buen taller y siempre estaba lleno de compromisos con carros refresqueros, de servicio urbano, carros particulares. Con pena vi que se fueron alejando y con ellos una sincera amistad de muchos años. El maestro Roberto y la señora Graciela siguieron enviando invitaciones: el bautizo de sus nietos, cumpleaños de cada miembro de la familia, todos los convites eran sistemáticamente declinados. ¡Eso sí, mi tía enviaba el regalo y una disculpa por no poder asistir! Yo sabía que lamentaba la pérdida de esa amistad. En ese tiempo me di

cuenta que nada se podía hacer. Ella juraba que Jonás nunca le había puesto una mano encima. ¿Entonces los moretones, los chipotes en la cabeza, su llanto a solas? Algunas veces le dije que por qué no vendía el negocio. Ella, viéndome de frente aseguró que Jonasito era un ángel. ¡Eso no puede ser! ¿Por qué la gente habla mal de él? Algunas veces llegué a pensar que Juana y María veían moros con tranchetes.

—Señora Gelsomina, ¿qué hago? La señora quiere que me quede a dormir aquí en su casa. Dice que algunas veces se enferma de noche y no quiere molestar a su marido.

—¿Te dijo por qué? A mí no me ha comentado nada.

—Sí, dice que el señor Jonás es muy bueno, pero que no es justo que después de las desmañanadas tenga que atenderla de noche.

—Oye María, ¿cuáles desmañanadas? Él va saliendo de la recámara a las ocho de la mañana. Procura dormir aquí, te ofrezco que en la primera oportunidad hablo con mi tía para que todo siga igual.

—Señora, es que yo le temo al señor Jonás.

—¡Nunca he visto que te falte al respeto! ¿A qué le tienes miedo?

—Usted sabe que ese hombre ve un palo con faldas y se lanza como perro.

—Yo creo que es cuestión de darse uno a respetar. A mí, en lo particular, me fastidia por su modo de mirar y otras cosas, pero no tengo motivo de queja.

—¡Lo mismo me pasa a mí! ¡Algunas veces me siento como rana sin pellejo!

—Sabes qué, ahora que recuerdo, Juana dice que su mamá sigue enferma, la han hospitalizado, ella puede ir y venir a San

Felipe todos los días, así que bien puede quedarse en las noches contigo. ¿Qué te parece?

—Bueno, si ella se queda, yo me quedo también. ¿Nos darán de merendar?

—Te lo aseguro, mi tía, hasta cierto punto, es buena.

—Sí, mientras no entre la cola de ese hombre.

—¡Déjalo, creo que le ha entrado la locura!

—¡Yo creo que siempre ha sido igual!

—Gelsomina, te habla tu tía, mmm —dice Jonás asomando la cara por la puerta que comunica a la casa habitación.

—Sí, en cuanto me desocupe voy a su recámara.

—Debe ser ahora mismo, mmm.

—¿Está enferma?

—No, se está preparando para salir. Nos vamos a Atzimba. Ella ha tenido algo de tos. No puede dormir bien, mmm. Yo creo que es la edad.

—Tal vez, pero también puede ser el té helado con coñac que tú le preparas.

—¡Eso no le hace daño a ninguna persona, mmm!

—Creo que a cualquiera, sin importar la edad, le perjudicaría un medicamento con alcohol.

—Son simples cápsulas para su resfrío, mmm.

—¿Quién se las recetó?

—Se las dieron en China, un médico muy bueno, mmm.

—Tú no conoces bien a esa gente, un mes o dos no son suficientes para estar enterados de la eficiencia de las personas.

—¡Creo que yo soy el encargado de cuidar de tu tía! ¡Tú cumple con tu trabajo y todo en paz, Gelsomina, mmm!

—Ten la libreta para que anotes lo que sale de producción...

—¡No es necesario! ¡Procura no tardar, mmm! Yo tengo que hacer algunas llamadas por teléfono. Dar varios encargos a

la Bimbo. Es la única muchachita que se presta para ese trabajo tan sucio, mmm.

—¡Vaya que si es sucio! ¡Ya me han platicado cómo queda la famosa Bimbo!

—¿Por qué ese tono de voz?

—¡No sé a qué te refieres! Manejar más de mil costales llenos de harina, es natural que se quede como rata empanizada.

—¡No tardes, que tengo que subir al coche mis acordeones, la hielera, la cámara fotográfica, herramientas y otras cosas. El pastel que mandamos hacer, es para mis amigos de la orquesta de Atzimba. Dile a Chenchomón que lo decore con cualquier cosa, menos mantequilla, para evitar se descomponga con el calor, mmm. Ve a ver a tu tía y le dices al pastelero lo que tiene que hacer.

—¿Le sugiero que use merengue horneado, para que dure un poco más?

Gelsomina se presenta con su tía que sigue preparando algunas maletas en su recámara.

—Dice Jonás que me necesita usted.

—Es para lo mismo de siempre, te portas bien. Creo que ya no es necesario que te anote nada. Ya sabes el movimiento del negocio. Tu firma está registrada en los bancos. Procura no aumentar sueldos como lo hiciste la vez pasada, recuerda que nadie quiso seguir trabajando con el sueldo anterior. Hasta los gatos salieron ganando. Algunas veces te pareces a tu madre.

—¿En qué? ¡Recuerde usted que no me gusta que hagan malos comentarios de ella!

—Algunas veces no me explico por qué te soporto. Eres rezongona, ¡eso sí muy trabajadora! Te pareces a tu padre.

—¡Bueno, bueno! ¿Para qué me necesita usted?

—¡Creo que está dicho todo! Procuras guardar en el banco todo lo de las cuentas. Te cobras ciento veinte pesos diarios; ya ves que es boca libre...

—Solamente para mí, porque mis niños ya no vienen desde hace algún tiempo. Prefiero que se queden a comer en la casa. Además eso les hace, hasta cierto punto, responsables. El mayor se ha hecho cargo de los buenos modales de sus hermanos. No tengo queja de ellos.

—¡Qué bueno! Sinceramente te felicito, has tenido suerte.

—No toda la que quisiera. No han querido estudiar.

—¡De eso tú tienes la culpa! ¡No puedes negar que en muchas ocasiones quise adoptar al menor!

—Gracias, pero así están bien. Lo único que deseo es que sean hombres de provecho, educados, trabajadores como yo...

—¿No te muerdes la lengua? ¿Qué no te he dicho que alabanza en boca propia es vituperio?

—Usted me ha dicho muchas cosas. Hace veinticinco años que trabajo para usted.

—¿Qué le has hecho a todo tu dinero?

—Ahora que trabajan mis hijos, la situación ha mejorado, pero, creo que es muy justo que gane yo lo mismo que Alberto.

—Alberto es el chofer de confianza, no puedo pagarte todo ese dinero. Bueno, para evitar que te quedes molesta, te cobras cien pesos y cuando yo regrese te doy lo que falta para los doscientos.

—¿Para que sean los doscientos? No lo vaya usted a olvidar. ¡Buen viaje! Ese lugar es muy bonito, toda esa tierra es bella.

—¡Claro que es bella, además, te gusta porque de allá era tu padre! Que en paz descansa, lástima que solamente sobrevivió a tu madre un año. Todos ustedes, excepto Aníbal, eran niños.

—Lo recuerdo, y recuerdo que vine a pedirle a usted apoyo. No sabía cómo cuidar de mis hermanos. Creo que yo necesitaba tanto como ellos de cuidados...

—Ni sigas reprochando que no te presté ayuda, ahórrate el trabajo, lo recuerdo, pero también recuerdo que estaba yo recién casada con Jonás y él era muy joven. Tú podías ser una tentación.

—¿A los quince años? ¡Yo ya estaba enterada de ciertas reglas de moral!

—Para eso no hay reglas. Agradece que a nuestro lado tienes el respeto de todos.

—¡Un respeto que yo me he ganado!

Pasaron los días. Una larga sarta, un rosario, más de cien cuentas.

Fueron cuarenta días en Atzimba. Visitaron a sus conocidos, aquellos muchachos que tenían un conjunto. La pasaron muy bien. Esas vacaciones fueron de vanas esperanzas, Gelsomina soñó que al regreso de Lucrecia podía disponer de más dinero. Tenía la idea de que repondría la máquina de coser. La sala y el comedor que había vendido para pagar la hipoteca de su casa. Estaba segura de que con el enganche pagado y mensualidades repondría las cosas necesarias en su hogar. Nunca había sido afecta a comprar a plazos. Recordaba la advertencia de su madre: “¡No se debe comprar en abonos! ¡Los vendedores ganan el veinte por ciento y hasta el treinta por ciento! Es mejor tener calma. Las cosas llegan poco a poco. El trabajo es el mejor medio”.

Todo quedó en silencio. Las maletas en la bodega. Las cuentas sobre la mesa del comedor. Notas y vales. Recibos del dinero depositado en los bancos. Lo mismo de siempre. Regalos a los panaderos, a los vecinos, a don Raimundo Rodríguez, a su esposa. Algunos presentes a los dueños del restaurante de

la calle de Morelos. Gelsomina, en espera del sueldo prometido. Sentía un gran orgullo porque al fin había logrado el mismo sueldo que el empleado de confianza y chofer. Doscientos pesos diarios. Tal vez solamente fuera ese sueldo en temporadas de vacaciones de sus tíos. Podría mejorar tantas cosas.

Tomó asiento en el banco de su recámara. Los viajes cansan, agotan y su tía prefería recibir las cuentas cómodamente recostada sobre cojines y en su cama. Los cestos y las bolsas de lona con etiquetas y la cantidad anotada. Ella, Lucrecia, adusta, revisaba las libretas. Mandó a Jonás a abrir la caja de caudales. Todo en orden. Antes de entregar la última bolsa para ser guardada extrajo dos billetes de cien pesos. Los regresó al talego y sacó cuatro de a cincuenta.

—Ten Gelsomina —Gelsomina tomó los billetes y se atrevió a protestar. Contenía el llanto. Lucrecia se hizo sorda y dijo entre dientes que era demasiado dinero por tan poco trabajo. Lucrecia siguió descansando su voluminoso cuerpo rodeado de cojines. Cojines de color rosa, blanco, azul con ribetes de encaje. Cerró los ojos aparentando dormir. Era una orden sorda: “No molestes que estoy reposando. Los viajes cansan, necesito dormir”. Gelsomina salió en silencio con la idea firme de no comprometerse a cuidar más el negocio.

—¡Gelsomina!

—¡Mande usted, tía!

—Oye, pasado mañana es el baile de Los Caballeros de Colón, quiero que me acompañes. ¿Tienes ropa adecuada? No me preocupo por tu comportamiento, hasta eso que tu madre, que en paz descanse, hizo buena labor, lástima que no te parezcas a tu padre.

—Me parezco a mi madre, eso no lo puedo remediar.

—Bueno, no empieces a fruncir el ceño, pronto estarás arrugada. Dice Jonás que algunas personas piensan que eres mi hermana.

—Debe ser, usted tiene muy buen cutis.

—Para tu edad, estás muy maltratada y con eso de que no eres muy bonita.

—Eso lo he sabido desde siempre, pero, para lo que hago, ni falta hace.

—Bueno, eso sí, tienes buen cuerpo, pero hasta ahí.

—¿A qué hora nos vamos?

—A las diez, repito, ¿tienes buena ropa? Todavía da tiempo de que te compre un vestido, ya sabes, me lo vas pagando poco a poco.

—No es necesario, tengo ropa y de buena clase. ¿Quién va a venir? Hace un año presentaron a Hugo Avendaño.

—Ahora viene Gloria Lasso, dicen que es una mujer muy guapa.

—¡Canta bonito, eso es lo principal.

—Ya sabes, Gelsomina, vamos al baile, pero no hay día de descanso, ¿entiendes?

—Siempre lo he entendido, voy porque me gusta escuchar música y la variedad que presentan.

—¿Esperabas bailar? Ahí solamente se encuentra pareja para la danza cuando o se es muy bella o... rica. Mejor dicho, se tiene que ir con pareja.

—¡Sí, eso tengo entendido, pero no hay problema! Creo que nunca he sabido bailar, así que no lamento quedarme sentada.

Gelsomina tenía que ir a su casa a cambiarse de ropa. El carro guinda quedó en el lugar acostumbrado. En un tiempo le ponían una funda nueva, ¿después?, que importaba si se cubría de tierra y harina. El matrimonio se dirige a su recámara. Vienen achispados y comentando sus impresiones sobre la noche pasada.

—Qué bueno estuvo el baile, la cena, todo, ¿verdad, Jonás?

—Sí, mamacita, dile a Gelsomina que no tarde, es hora del trabajo, mmm.

—Gelsomina, no quiero que nos molesten, ten dinero por si hace falta. ¡Ni modo!, alguien tiene que atender el negocio. Nos despiertas a las diez. ¿Vas a tu casa a cambiarte de ropa? No pretendas dormir un rato.

—No, son las tres de la mañana, solamente me da tiempo de mudar de ropa.

Han pasado algunas horas de actividad y en un pequeño descanso empiezan las preguntas y comentarios sobre la noche pasada.

—Doña Gelso, ¿qué tal le fue en el baile?

—Muy bien, Bimbo, la pasé muy bien, claro, aburrida porque no tengo pareja, pero la cena estuvo regular, la música muy

buena, Gloria Lasso es bella, canta muy bien, pero empina el codo y pierde compostura. La encontramos a la entrada del salón de baile. A primera vista lucía muy bella con un traje blanco untado al cuerpo, muy buen cuerpo, cuando se fue acercando dio uno o dos traspiés. Algunos hombres vestidos de esmoquin la ayudaron a disimular su estado. A la entrada a la pista, en donde ya estaba preparando el micrófono, la gente, toda la gente, aplaudía. Ella se mostraba serena con las mejillas llenas de arrebol, su voz en momentos perdía el tono.

—¿Por qué no baila con Jonasito?

—Él baila con mi tía, ella sabe danzar lo que toquen. Para ser franca yo nunca fui a bailes. Creo que no sé llevar ni el compás.

—Aprenda, nunca es tarde.

—Mira Bimbo, de aprender algo no sería baile, me gustaría ir a la escuela.

—¿Está usted loca? Ya tiene sus añitos.

—Lo sé, es mejor hablar de otras cosas.

—Bimbo, ve a despachar y deja de ser metiche —dijo María, mientras se limpiaba el sudor de su cara.

—María, ¿a quién se le ocurre querer ir a la escuela a estas alturas?

—Ella sabe lo que hace, Bimbo, tú te conformas con ganar lana fácil.

—A trabajar, dejen esos comentarios para la hora de la comida o del desayuno. Pero creo que va a ser a la hora de la comida porque hoy de seguro hay que guardar silencio, los señores van a estar de malas —Gelsomina, al decir esto, ríe y sigue haciendo notas sobre la mesa gris.

—Señora, no sabemos cómo decirle lo que ha pasado. María y yo hemos dormido aquí desde el día que le avisamos. Entre nosotras no hay problema, pero el Jonás ya nos tiene hasta el gorro.

—¿Qué sucede? Explíquense.

—¡Cuéntale tú, María!

—Mejor tú, Juana. La mera verdad hasta da pena. Debemos aprovechar que han salido los señores de viaje, para decirle a usted lo que ha pasado.

—Es mejor que me entere de lo sucedido para ver lo que se puede o se debe hacer.

—Yo sí le voy a decir la pura neta, señora Gelsomina. Hacía ocho días que sin ningún problema nos íbamos a dormir María y yo al cuarto de servicio. Después de que regresaron de Atzimba, algunas veces la pasamos bien. El Jonás salía y nosotras podíamos ver la TV con la señora Lucrecia. La verdad es que todas las noches sale.

—¿La señora?

—¡No, el Jonás! Siempre hemos procurado retirarnos antes de que él regrese; pero hace como un mes, más o menos, poco antes de entrar a su recámara, nos tocó la puerta, pero había de ver usted qué escándalo. El sábado, día de luchas, llegó tarde, tocó de una manera extraña, el sonido era diferente, pausado; era un ruido sordo. Nosotras pensamos que la que tocaba era la

señora Lucrecia. María creyó que estaba enferma. Yo no quise abrir, porque aparte de diferente, no contestó a nuestro llamado. El toquido se prolongó más de la cuenta. María no se quiso ni asomar, así que me tuve que arriesgar yo. Con todo y miedo me asomé a la puerta, no tuve que abrir porque como usted sabe es de cristal la mitad. ¡Era el Jonás, con la ropa en desorden, la bragueta abierta y tamaño animal de fuera! ¿Usted cree? Tocaba con el pájaro despierto. Con eso hacía ese ruido sordo y raro.

—¿Qué hicieron?

—María apagó el foco. Yo la pura neta, me espanté. No pudimos dormir el resto de la noche y luego nos tuvimos que levantar a las seis, para estar a la hora de la mera venta. ¿Se imagina, señora, si se atreve a romper los vidrios y logra entrar?

—Creo que ese hombre está enfermo. Eso ya no es normal. ¿Qué podemos hacer? ¡Creo que lo único que queda por hacer es avisarle a mi tía!

—Señora Gelsomina, ¿y si usted le dice algo al Jonás?

—¿Qué le puedo decir? En primera se va a enfurecer con ustedes, es capaz de hacer que mi tía me despida. ¿Saben qué? Le voy a pedir a Alberto que pase las noches aquí. Bien puede dormir en el baño. No creo que se niegue, se ha quedado viudo y no tiene hijos. Estoy segura de que no se va a negar.

—¿Por qué no se queda usted con ella?

—¿Dónde dormiría yo?

—Tiene razón la señora, es más difícil que se quede ella aquí. Mejor vamos a darle su merecido al fulano este.

—Esa no es la solución. Recuerden que las puede despedir.

—¡Yo ya dije que me voy para mi pueblo!

—Yo tendré que cuidar a mi mamá. María, creo que no debemos dejar sola en esto a la señora Gelsomina, nos seguiremos

durmiendo aquí y entre las dos nos vamos a defender. ¿Qué te parece María?

—Tienes razón, Juana, desde hoy en la noche vamos a fregar a este condenado viejo. Se me está ocurriendo algo...

—¿Me puedes decir qué vas a hacer, María?

—No estoy muy segura. Pero no vamos a dejar que siga con sus cochinadas.

María y Juana se lamentaban de la necesidad de Jonás, seguía tocando a la puerta del cuarto de servicio y, como siempre, usaba el mismo llamador. No podía utilizar las manos, tal vez por el temor de dañar el Rolex o los brillantes de su anillo. María y Juana, como muchos de los empleados, se mantenían a distancia para no provocar mayores problemas. Todos permanecíamos a la expectativa, tal vez esperando un milagro. Mi tía cada día era más reservada y nosotras suponíamos que adoptaba esa actitud por las amenazas de Jonás. Siempre que traté de que ella se sincerara contestó que Jonás era casi un santo. De cualquier manera, María y Juana quisieron dar un escarmiento al hombre.

—¿Qué es lo que piensan hacer, muchachas? —les pregunté.

—Luego le decimos a usted, tenemos un plan, pero no podemos saber si resulte bien —contestó Juana muy seria.

Algunas veces las vi reír, otras ocasiones las note un poco espantadas. Así pasaron algunos días.

—¿De qué se ríen tanto? —era la hora del desayuno, más o menos a las diez de la mañana.

—Ahora sí que le dimos en la madre al Jonás, pero no podemos decir nada.

Pensé que mi insistencia no me llevaría a ningún lado y dejé que ellas se decidieran a decir o no decir.

A la hora de la comida, Juana y María estaban más que espantadas. Jonás se había ido a la cama a eso de las ocho de la mañana y no había salido para nada de ahí. Mi tía me llamó aparte y muy quedo me dijo:

—Gelsomina, ¿qué le pasa a Jonás? ¿Quieres llamar al médico? Él dice que no es necesario pero está descolorido. No sé si alguien le ha hecho pegar un coraje. ¿Tú le hiciste algo?

—Nunca le he hecho nada, ignoro lo que tenga.

—Se ha bañado cuatro veces y toma dos pastillas para el dolor cada dos horas. Regresó de visitar a su mamá a eso de las tres de la mañana, supuse que era por la pena de que esté enferma. Llegó a esa hora y se fue directo al baño. No lo vas a creer pero gemía de dolor. Dijo que le dolía abajo del ombligo. ¿Qué tendrá, Gelsomina?

—No lo sé tía, ¿a qué médico quiere usted que llame?

—Al que quieras, pero que sea rápido, no puedo verlo sufrir así.

Llegó el médico más rápido de lo que supuse. Jonás seguía en la cama. Me sentía un poco molesta. Tenía que ir al taller literario, pero, como de costumbre esperaba a que dieran la receta, mandar comprar los medicamentos, inyectar, si esa era la indicación; hacer curaciones, preparar té para lo que se ofreciera. Siempre me había molestado tratar a ese hombre de manera callada, sumisa, cuando la verdad es que no deseaba ni verlo. No era de mi gusto atenderlo como si fuera... ¿un niño? Me tragaba mi disgusto y siempre lo atendí como lo solicitaba doña Lucrecia. Recuerdo sus folículos infectados, hondos como pozos sin fin. Tardaron meses en curarse, después de curaciones y dosis mayores de sulfas y penicilina. Sus amígdalas inflamadas, inyecciones cada doce horas. Mi tía pensaba que parte de mis obligaciones era atenderlos como enfermera. Cuidar de mi

tía resultaba diferente. Sentía que ella era lo único que quedaba del recuerdo de mi madre. Algunas veces llegué a pensar que había hecho bien en tratarme con desapego. Aprendí a trabajar, me vi obligada a soportar calor, el frío de la calle al atravesar la cuadra que separaba mi casa de la tahona.

Me hice resistente a las enfermedades, al cansancio, al olor fuerte de los sudores de mis compañeros de trabajo. Olor a grasa quemada, humo, a los regaños injustos de mis tíos y amos, a la vida.

Esperé en el comedor de la casa al médico.

—¿Hay que aplicar inyecciones?

—No señora, lo único que puede seguir haciendo el enfermo es: baños, tomar mucha agua, analgésicos y... ¿dónde se metería este hombre? —dijo el médico con cierta sorna.

Eso fue todo lo que comentó el galeno. Tal vez, pensé, Jonás había topado con otro mal de amores, ¿sería otro premio mayor? ¿Por qué no le recetaron antibióticos?

Salí de estampida, por un momento me sentí liberada, la relación patrón-empleada era cada día más tirante. Yo tenía la culpa porque algunos días antes hablé con su hermana.

—Señora Gelsomina, ¿cómo estás?

—Estoy bien Guadalupe, ¿a qué se debe tu visita? ¿Cómo sigue tu mamá?

—Ella resiste más que tú y yo juntas. Es como un roble. Eso que Jonás no la visita ni de broma.

—¿No la fue a ver hace días?

—Hace meses que no va a la casa. Mira Gelsomina, mi visita debe quedar entre nos. Hace días, dos o tres, me encontré a mi hermano Jonás y se queja de que tú no le haces caso... ¿Qué trabajo te da? —dijo Guadalupe con malicia.

—Momento Guadalupe, tu hermano es mi padrino de boda, mi compadre y, como si fuera poco, es marido de mi tía...
—hablé muy molesta y con voz firme.

—Él te quiere mucho, manita, y además no está casado con la señora Lucrecia. Él dice que se casa contigo y te lleva a vivir a dónde tú quieras.

—Será la cámara, pero para mí es solamente el marido de mi tía.

—¡Cómo eres mala, pobre hombre! ¿Qué es lo que quieres?

—¡Que me deje en paz! Y de una buena vez te digo que no quiero que intervengas en ese asunto, antes de tener alguna relación con tu hermano, aunque fuera el último hombre sobre la tierra, sería yo capaz de casarme con un perro. ¿Entiendes?

—Sí manita —Guadalupe se quedó sin habla y salió de mi casa para no volver a dirigirme la palabra. A los pocos días de ese encuentro con Guadalupe, la ira de Jonás había aumentado de manera insoportable.

—María, por favor vas a comprar esta receta. Jonás se ha terminado los analgésicos y no tendrá nada para calmar el dolor en la noche.

—¡Señora Gelsomina, Juana y yo estamos muy preocupadas! Fíjese que estuvimos planeando algunos días la manera de hacer que este hombre dejara de molestarnos.

—¿Qué hicieron? ¿Ustedes lo golpearon y por eso no puede caminar?

—No señora, lo que hicimos fue algo peor. Fíjese que le platicué a María que allá en San Felipe de las Papas, a las viejas coscolinas les untan chile en salva y pensamos que eso era lo que se merecía el Jonás.

—Miren, yo no sé las consecuencias, pero creo que se excedieron en su venganza. No ha dejado de quejarse, claro que

no dice exactamente qué fue lo que le hicieron, pero se baña a cada rato y... ha tenido que venir el médico.

—Nos hemos arrepentido porque, ahora que me acuerdo, ya le dije a María que una vieja se murió de la enchilada. ¡Se morirá el Jonás, señora?

—No creo, pero ha de ser muy doloroso. Por ahora lo que tienen que hacer es no mencionar nada a ninguna persona y menos a la Bimbo, porque ella va a sentir que es ataque personal. Recuerden que le han deteriorado su aparato por unos días. ¡Eso espero! Cálmense y no se les ocurra decirle a mi tía porque las va a mandar al bote.

—¿Por qué se ríe, señora Gelsomina?

—¡No crean que me río de su maldad! Me río porque ya están pagando lo que hicieron, las veo tan espantadas que voy a hablarle al médico y que me diga lo que se le puede hacer para evitar males mayores. Recobren la calma y espero que no pase de unos días de molestia. No creo que sean graves las consecuencias. Antes que nada, díganme cómo le untaron el chile. He pensado que alguien les ayudó, porque no creo posible que entre las dos lo pudieran dominar. ¿Cómo lo hicieron?

—¡Ay, señora! Nos pusimos a moler mucho chile piquín y manzano. Untamos la vidriera a la altura del llamador del Jonás y esperamos su llegada. Venía muy chiflador, como de costumbre tocó varias veces y como a la quinta llamada se discutió con todas las leperadas que aprendió de niño en la Anselmo Camacho y las que ha acumulado ahora de grande. Quebró un vidrio del cancel, exactamente el que tenía más salsa y se fue quejando. No lo hemos vuelto a ver, pero creo que va a ser necesario que nos vayamos a nuestra casa, antes de que nos mande al bote.

—¡No, no pueden retirarse ahora! Estoy segura de que va a pasar algunos días con la hinchazón que le hace caminar como zambo. Por ahora no se preocupe, de causar la muerte esa salsa de seguro ya estaríamos en el oratorio. Duele, pero no mata, sobre todo si nos ponemos a pensar que la aplicación no fue directa.

Están cayendo cascadas de pan blanco, algunos le llaman pan francés. No sé el origen del mote. Me gustaría saber dónde y cuándo nació el pan. Rubias, doraditas y sin astilla, lustrosas como espejo, con una capa de azúcar las ricas campechanas con nata o café; plomos con leche, crema o como aquel chamaco compañero de mi infancia que los comía con frijoles; los cañones y monederos, pan un poco saladito, no para acompañarlos con sopa, un guiso o atún, simplemente se comen con crema, leche, té, café o espumoso chocolate, las batidas, las panzas hojaldradas con ojos de grasa, rellenas de queso con frijoles y un trozo de chipotle; una telerita con plátano maduro, tortas de pobre, lo mismo que con un tamal o chilaquiles; los ojos de pancha, saladitos de la panza y lo esponjado con azúcar hecha pastilla; panqué de huevo, las banderillas lustrosas de manteca y azúcar derretida; los laureles muy blancos que se deshacen en la boca, los gendarmes y los calzones, calzón bastante, ya no se usan nagualudos y largos, no se usan pero se comen; planchas rellenas de chorizo, picadillo, atún o salpicón de pollo; rieles con mermelada, las nueces con algo de coco dorado, las famosas chorreadas con polvo de piloncillo; quesadillas y bigotes; empanadas de piña; limas y conchas de chocolate, las primeras con su ombligo al centro, las segundas con sus filigranas alargadas; las novias de blanco, volcanes y rehiletes; las ilusiones y su laberinto que termina en

una pequeña bolita de masa; magdalenas y chamucos, pan de manteca suave de grasa y ligera por las mil vueltas en las manos, calor que impregna los sabores, manos dando forma; rejas, huesos, canillas, teleras de dos cabezas, los abrazos y los besos, las panzas rellenas de queso, ensalada de verdura y mayonesa, pollos de pasta especial con crema pastelera.

—¡No hagan ese pan! ¡Estas viejas se lo tragan! ¡Esto es muy caro, coman, pero que les cueste, mmm!

El traquetear de las máquinas, el tronar de los quemadores, olores fuertes, pan quemado, pan fresco, aromas de harina dorada, huevo, mantequilla o margarina. Los guisados del hombre lobo. Calor sofocante, olores entrelazados, ardor en los ojos. Lágrimas que corren. Malos recuerdos, un mundo hostil. Risas, reproches, pan salado, dulce, agridulce. Trece mil cuatrocientos cinco días. Algunas interrupciones. Enfermedades. Días de júbilo, reír hasta el llanto, tragar amargura. Toda una vida.

Gelsomina se ha quedado con la mirada fija en el fuego que despiden los quemadores. En ese momento no le ha importado llenarse de humo ni de olor a cochambre. Así permanece la mujer, se pierden sus recuerdos en el ruido constante de las máquinas. Los quemadores vomitan fuego, chisporroteo que sale de la gran boca del horno. El fuego de la vida. Humo, olores fuertes, recuerdos añejos, mezcla de tiempos. El pasado, el presente. Futuro incierto, miedo al mañana.

Uno de los panaderos la saca de su abstracción. Gelsomina lo mira extrañada y pregunta:

—¿Qué pasa?

—Necesita abrir la bodega, viene un cargamento de cacahuates.

La tarde termina con las mil vueltas de los macheteros.

—Señora Gelsomina, en todas las panaderías están dando aguinaldo. En los portales les dieron quince días de sueldo.

—Mire, Daniel, no quiero desanimarlo, pero a mí en treinta años no me han dado ni un centavo. ¿Por qué no habla usted con mi tía? Ahí viene Jonás, haga usted el intento. Si él le dice que no, habla usted con la señora. Creo que él está de buen humor, dígame.

El hombre permanece indeciso, tal vez teme una negativa. Siempre les han dado dos o tres regalos al año, algunas veces se les organiza un paseo, pero desde luego eso no corresponde a lo que se les debe dar de aguinaldo. Retrocede unos pasos. Tal vez cobra valor y con voz quebrada dice:

—Señor Jonás, queremos decirte algo, mis compañeros me han mandado a...

—¿Qué es lo que quieren, mmm?

—¿No sería posible que en lugar del regalito que nos hacen después de cada viaje grande, nos dieran algo que ya es un derecho?

—¿A qué te refieres? Procura hablarme con el debido respeto. ¡No más Jonasito! ¡Soy el señor Jonás! —lo dice gritando y furioso.

—Sí, por eso le estoy hablando a usted con todo respeto, señor, en todos lados están dando aguinaldo.

—¡Bueno, voy hablar con la señora, mañana vienes a saber la respuesta, mmm.

Jonás entra a la recamara y menciona la petición a su mujer.

—Mamacita, los trabajadores quieren su aguinaldo, ¿cuánto les podemos dar?

—Son muchos, hijito, has cuentas y entrégales lo que se pueda.

Jonás está seguro de que Lucrecia tendrá que sujetarse a sus órdenes. De cualquier manera regresa al amasijo y con zalamerías les ofrece y asegura que estudiará el caso.

Bajo la promesa del patrón, todos los panaderos empezaron a hacer conjeturas. El más desanimado era el portador de la petición. Muy hondo sentía que Jonás no iba a consultar con la señora Lucrecia. Además era bien sabido que ella, sin perder su autoridad con los trabajadores, se había ido sujetando al mandato de su marido. Ahora ella era la que tenía que consultar para tomar cualquier determinación. El hombre había dicho que consultaría con ella para darle tiempo a sus cavilaciones. Siempre hacía lo que le convenía. Las opiniones de la mujer le tenían sin cuidado. “Haz cuentas”. Esas fueron las palabras de ella y sin hacerlas decidió entregar en un sobre lo que tenía decidido.

—Ten Daniel, les dices a todos que pasen a recoger su sobre.

Yo no podía ni preguntar. Jonás cada día estaba más insoporable. Después de que me encontró con mi amigo, trataba de ofenderme. Fui acusada de robo, de ejercer la prostitución y demás cosas que se le ocurrieron a mi falso tío político, porque nunca se había casado con mi tía por cuestiones de edad. Me sentía sobre ascuas, la verdad es que deseaba saber el monto del

aguinaldo. En ningún momento pensé que el regalo sería extensivo. Después de treinta años estaba segura que no me darían nada. Sentí gusto al enterarme de que más de cuarenta sobres estaban sobre la mesa gris. Estaban cuidadosamente acomodados y Jonás los había cerrado con una tira de diúrex. Jonás iba entregando el sobre conforme ellos salían del baño muy acicalados. Daniel fue el primer agraciado. De haber sido posible lo hubiera seguido al amasijo. Quería ver la alegría de sus caras y su flamante aguinaldo. Creo que no pasaron más de dos minutos. Daniel estaba de regreso en el comedor.

—¡Jonás! ¡Ten tus pinches diez pesos y quiero que los guardes porque tú, algún día, los vas a necesitar más que yo!

—¡No puedo creer que rechaces lo que se les ofrece! ¡He consultado con la señora y es lo que se les puede dar por la situación tan grave que estamos pasando! ¿Te imaginas más de cuatrocientos pesos repartidos a lo tarugo?

Jonás está pálido y a Daniel le tiemblan las manos.

—¡Ya te dije Jonás, guárdate tu dinero por donde te retumba el viento! ¡No queremos nada! ¡Ninguno de nosotros quiere tus pinches diez pesos!

Daniel salió rápidamente. Entré nuevamente a la recámara de mi tía:

—¿Por qué se siguen enojando? ¿Cuánto les dio? —dijo mi tía incorporándose hasta quedar sentada en la cama.

—Diez pesos, creo que eso no es justo.

—La que está mal eres tú, Gelsomina, nosotros hacemos un sacrificio al entregar esa cantidad. Ten en cuenta que son, con los del turno de la noche, cuarenta y ocho.

—¡No, esa es una cantidad de miseria, es injusto, usted también está equivocada!

—¡Eres una ingrata! ¡Yo te he ayudado en todo y ahora estás a favor de esos desgraciados!

—Si están desgraciados es por culpa de ustedes. ¿Por qué no recapacitan? Ustedes gastan miles de pesos en sus viajes. Con la cantidad que invierten en un solo paseo pueden dar mucho más de aguinaldo. Haga usted cuentas, la más sencilla de sus comidas alcanza para dar a cada uno de los panaderos una cantidad mayor.

—¡Es mejor que te calles el hocico!, más te vale que no te escuche Jonás, porque de por sí está enojado y con justa razón, dice que andas en tus puterías.

—Perdón, pero eso es algo que no les incumbe. Y miente Jonás en todo lo que le cuenta a usted y a todo el mundo que quiere escucharlo.

—¡Nunca podrás comprender lo bueno que es este hombre!

—Usted nunca sabrá de lo que es capaz hasta que sea demasiado tarde.

—Te equivocas, y de una vez por todas es mejor que te largues...

—¡No me voy hasta que encuentre algo mejor! ¡Ahora soy yo la que no se quiere ir!

—¡Estás loca!

—Pueden estar tranquilos, estaré aquí, pero no por mucho tiempo.

Doña Lucrecia y Gelsomina están sentadas frente a la mesa gris que le sirve de escritorio en el amasijo.

—Hoy estamos a primero de septiembre, es necesario que empecemos a preparar los pedidos del pan de muerto. Apenas tenemos tiempo para conseguir más trabajadores. Gelsomina, hoy sales a Cerro Grande para que consigas unos diez hombres. ¡No quiero chicos! Esos que vayan a aprender a la Escuela de Artes y Oficios.

—Tía, ¿por qué no les decimos a los mismos panaderos? Ellos están mejor enterados de quienes necesitan trabajar.

—Dile a Jonás que venga, María.

—¿Qué pasa, mamacita, te sientes enferma?, mmm.

—Nunca me había sentido tan bien, te llamo para consultar lo de los trabajadores de esta temporada. Tenemos que dejar todo preparado antes de nuestro viaje. Salimos el tres o cuatro de noviembre. Le dije a Gelsomina que tiene que ir a Cerro Grande... ¿Tú qué dices, hijo?

—¿Qué dijo Gelsomina?, mmm.

—Dice que es mejor que Isidoro llame a gente conocida.

—Creo que tiene razón. No es tan tonta como aparenta, ¿verdad que se parece a la Pantera Rosa?, mmm.

—Jonás, pórtate serio, no la hagas enojar, hijo.

Gelsomina recoge las libretas de la contabilidad y poco a poco se pierde en la bodega que desemboca en el amasijo. El ruido de las máquinas hace que los panaderos guarden silencio. El tronar de las manos sobre los tableros es un manoteo constante y acompasado. De momento, como si se pusieran de acuerdo, sueltan los palotes que utilizan para dar tamaño a cada pedazo de masa. Teleras, bolillos, ojos de Pancha, poblanos, cuernos. Toman otra vez los palotes, trozos de palo de escoba lijados un poco para que no se atoren ni arañen las manos.

—Carnal, deja de palotear a lo bestia —dijo Vicente a Pedro—, ponte a hacer cuernos y cañones. El güey de Zinacantepec quiere puro cuerno y cañón, me cae que es un güey.

—¿Qué te hizo el hijo de...?

—¿Quién te echó el veinte? ¡Tú palotea duro y lo que yo traiga con ese güey es mi puro asunto!

—Ya viene la señora Gelsomina, mide tu hocico.

Pedro sigue trabajando en silencio. Gelsomina coloca sobre el tablero un papel de estraza. Limpia restos de harina, azúcar y deja el papel colocado de manera que no roce la montaña de masa.

—Dile a mi tía que mande la mesa metálica y unas sillas. En este lugar no puedo colocar las libretas. Solamente entregaré el sueldo a Morongón y que sigan trabajando los demás. No interrumpan su trabajo y les mando preparar agua fresca.

—Señora, ¿por qué no presta el radio? —le pide Daniel a Gelsomina—. Pasamos más de diez horas trabajando, es justo que tengamos algo en qué entretenernos.

Todos los panaderos gritan al mismo tiempo pidiendo el radio. La mujer va de tablero en tablero revisando la producción.

—No hagan mucho alamar, se quiebra fácil.

—El señor Jonás dijo que el mismo tanto de alamar que de muerto —responde uno de los oficiales.

—¡Está bien! Si él dijo eso, que sea, pero luego hay mucho desperdicio.

—¡No le saque, señora, vaya y dígame a su tía lo que le pasa al alamar!

—¿Qué está diciendo, Vicente? —dice Lucrecia entrando al amasijo.

—Nada, señora Lucrecia.

—Lo estoy oyendo, ¿cree que estoy sorda?

—No, señora, pero tiene razón la señora Gelsomina, el alamar se maltrata fácil y luego pa' qué quiere puro cacho.

—Los clientes de los pueblos exigen mitad de uno y mitad de otro.

La mujer sale del amasijo y sigue el golpetear de las manos, palotes, hojas de sajar sobre los tableros. En uno se hace pan francés, en otro pan de muerto, pan dulce y repostería. Las donas sueltan un olor a aceite, olor a harina doradita. La rebanadora va liberando las hogazas divididas en veinte partes, parejitas y listas para untarlas de crema pastelera; algunas veces se llenan de merengue, mantequilla o chocolate

Los hombres que hacen el pan de muerto tienen trabajo extra para dos meses. Este se apila en unos cuartos preparados para el mes de noviembre. Se usan tablas y mantas nuevas para amontonar sobre ellas todo el producto. El olor es inconfundible: azúcar pintada de color solferino, los muertos son casi todos panzones, se inflan del centro por la fermentación de la masa, contienen leche, manteca, azúcar, levadura y sus rosetas en el

centro. Los alamares se parecen un poco a la firma del diablo. Cuatro o cinco rueditas de azúcar roja y cubiertos con azúcar granulada. Si el cliente lo exige, se hacen roscas con las orillas recortadas para darles forma de coronas.

Las hojaldras son otro cantar. Se prepara la masa con cajas y cajas de huevo, tres, cuatro, cinco, diez cajas con trescientos sesenta huevos cada una. Mantequilla o margarina de la mejor, leche, levadura, jugo y ralladura de naranja, canela. Algunos acostumbran agregar agua de azahar y queso rallado. La levadura se prepara un día antes, el rebaje se hace el mismo día de la fabricación de las hojaldras. Perillas pegadas con huevo, se blanquean con azúcar glas o granulada de la fina. Se barnizan parejito para evitar que queden manchones descubiertos. Se hace el untado muy delgadito para impedir que se remoje el pan poroso por la cantidad abundante de mantequilla y huevo.

Quinientos veinticinco metros cuadrados, tamaño justo de la tahona. Quince metros de ancho por treinta y cinco de largo. Setenta y seis vigas, tres travesaños de concreto, piso marmoleado, dos hornos con quemadores de petróleo o aceite quemado, extractores a los lados en los espacios libres, ventilador con aspecto de un gran mosco en milpa, ocho jaulas de hierro, artesas, tableros, cinco en total; mesa de madera junto a la pared que se llena hasta los bordes de pan, batidoras de pasta fina, revolvedoras y una molinilla, que si bien disminuye el trabajo, hace que la costra dorada del pan adquiera un dejo de cristal, dorado, filoso y algo pasado de dulce. En ocho horas los hombres elaboran dieciocho bultos de harina. Comen a media noche y duermen dos o tres horas en la tahona. Los turnos salen cada ocho o diez horas. Trescientos sesenta bastones, así se le llama a una porción de masa de la que salen treinta y seis piezas de pan blanco, trescientos sesenta multiplicados por treinta y seis dan un total de doce mil novecientos sesenta teleras o bolillos. Después del amasado, pasar treinta veces por la molinilla, la cortadora, darle forma y se mete al horno.

Cada turno está formado por veintiséis o más hombres. Algunos son de Cerro Grande. Son taciturnos, trabajan solamente de noche y pocas veces hablan. Son metódicos en su trabajo, poco se sabe de ellos. Sin dejar de hacerlo ni un solo

día, al terminar sus labores, dan gracias a Dios, dejan las palas de madera sobre el piso, se dan un baño, toman sus ropas de las perchas, reciben su raya y hasta las seis de la tarde.

Llega la hora de la bulla, han salido dieciocho hombres y entran Daniel, Torero, Raimundo, Caras, el Pelón, Pedro, Vicente, Tarzán, Morongón, Masacuata, Bisonte, Mario, Juan, Chespirito, Ricardo y cuatro choferes.

Se prenden los quemadores, empiezan a funcionar molinilla y revolvedoras; tableros y artesas son limpiadas de harina o masa que les quedó del turno anterior. De las batidoras con su chasquear constante salen los besos, dos ruedas pequeñas que se pegan con mermelada de segunda. Son besos baratos; su pasta se parece a la de los plomos, otra clase de pan, pero más porosa para que salgan menos caros. El humo escapa de las fauces de los hornos y lamen cuanto encuentran a su paso. Huele a manteca, a pan quemado entre las hendeduras de las losas refractarias del piso del horno.

—¡Ya pásala, cachetes de nalga!

—¡Pásala! ¿La bastón, güey?— manipula la báscula para que la porción de masa sea exacta.

—A tu hermana, dije.

Los que se dedican a barrer simulan movimientos afeminados.

—Pato —haciendo puño y dándole con el mismo en el trasero que provoca un sonido parecido al del pato.

—Pato a tu madre, hijo de chita.

—¿Quién te echó el veinte?, seis y medio.

—Te demuestro que no necesito veinte y como dijo que el tío Aniceto...

—¿Qué dijo?

—Si te descuidas...

—¡Se fue la luz! —gritan del fondo de la tahona.
—¡Uhhh!
—¡Luis, pregunta a la compañía de luz a qué hora vuelve!
—dice Vicente—. ¡Una lámpara, pendejo, no ven que tengo el horno lleno! ¡Pídele la de gas al patrón!
—Oiga, jefe, tenemos para rato, dicen que la luz vuelve dentro de dos horas.

Los hombres, rodeando los tableros, sugieren diferentes medios de acortar el tiempo. Vicente, con la lámpara de mano, trata de rescatar lo que puede de pan. Carmelo saca rápidamente las hojas de lámina con campechanas y laureles. Morongón bebe con deleite alcohol puro que esconde entre su escasa ropa. Saborea el líquido y a sorbitos sigue el enredo de ideas y cuentos. Raimundo sugiere un *striptease* y Masacuata un baño de pompas. Ante el miedo de que aparezca el patrón, desisten. Saben que si el hombre los ve ocupando la artesa con agua jabonosa y uno de ellos esté totalmente en cueros, montará en cólera y enojado es terrible.

—Morongón, ya estás pedo. No tomes, carnal; échate, te da tiempo de dormir la mona —le gritó uno de los oficiales.

—¿Quién te echó el veinte, güey?

—Tons, te chingas, ¡que te corran!

—Vamos a rezarle al Morongón, ya está pal arranque.

Surge en ellos algo de tramoyistas, actores, modistos y embalsamadores. Lían el cuerpo del Morongón con sacos de harina y tiras de manta que usan para separar las teleras y los bolillos. Lo colocan en el fondo de la artesa, se reparten velas, las

mismas que usan para los casos en que interrumpen el servicio eléctrico. Se hincan alrededor del féretro. Hay de todo: plañideras, los que rezan, los que sólo van a tomar café con piquete. No falta la inconsolable viuda. Todos se han vestido con mantas o lo que encuentran.

—Arca de Noé.

—Ruega por él.

—Rosa mística.

—Ruega por tripié.

Después de dos horas el trabajo se reanuda. Morongón ha sido colocado sobre unas tablas cerca del horno. Ronca, su panza sube y baja, babea y despide un olor a alcohol digerido. El calor de los hornos y el lío de mantas en que lo han enredado hacen que sude en abundancia.

La molinilla rechina un poco; el hijo de Morongón da vueltas a las tortas de harina antes de pasarlas por la cortadora, treinta veces dan el viaje por los rodillos de la molinilla; al terminar, la masa está lisa, tersa al tacto, suave como para hacer buñuelos.

Bisonte, que permanecía junto al tablero, se acerca a la molinilla.

Mete la mano a propósito. El hijo de Morongón desconecta rápidamente la máquina, el Bisonte se aprieta la mano, se le ha desprendido el dedo pulgar. La sangre corre por la mano. Se le ven algunos nervios. Bisonte permanece serio, pálido, su cara arrugada, la frente fruncida por el dolor; el hombre da la apariencia de momia.

—No te muevas, sostén la mano arriba, tengo que llamar a la señora Gelsomina. Tú, bestia, llama a la parienta de la señora —dijo Masacuata—. ¿Qué chingados hacías allí? ¡Tu único trabajo es darle duro al palote!

—¿Qué han hecho? —dijo Gelsomina acercándose al Bisonte mientras habla con el Masacuata—. Abre el botiquín, dame el merthiolate, una venda delgada. Llama a uno de los choferes. Pronto, avisa a la señora y vámonos al médico.

—Si va al médico, ¿para qué le pone el merthio? —dijo el Masacuata.

—¿Para qué quiere la venda? —pregunta el hijo de Vicente.

—No pregunten, miren, es solamente para evitar una infección y esto en lugar del alcohol porque de seguro ya se lo tomaron. Deme sus papeles del seguro —le dice Gelsomina al Bisonte.

—No tengo trabajo de planta, el patrón dice que me va a dar el seguro hasta al año 2000, cuando yo tenga...

—¡Dos mil, pero si usted ya tiene como sesenta! ¡Tendrá ciento diez años!

—¡Por eso mismo, señora, no me va a dar nunca seguro por mi edad! Si quiere me voy a mi casa.

—No, de cualquier manera vamos con el médico. ¿Ya sacó la camioneta, Rafael?

—Sí, señora, y cerré el zaguán, mientras salen los patrones.

Los ventiladores se atragantan y los obreros ensordecen. Por el resto del día los jornaleros no hacen comentarios, el rostro mustio. Espolvorear harina, cientos de formas hechas automáticamente. Los patrones comentan sobre lo sucedido. Las cinco o seis muchachas que han llegado no son suficientes para despachar el pan. La clientela espera formada.

—¡Qué buenas teleras! ¿De a cómo no?

—¿Y las chilindrinitas, mamacita? ¡Aquí hay cañoncitos, chula, ¿quieres? —dice Daniel mostrando las piezas de pan.

—¡Pelado!

—Daniel, ya la regates cuate, es...

—¡No siendo tu madre, pásala!

—¡No metas a mi madre, güey!

Vicente escucha y guarda silencio, deja entrever unos dientes sarrosos que reafirman el mote de hombre lobo. Dicen que Vicente come carne de cualquier animal que encuentra. Se le ha visto comer perro, iguana, gato, tejón y una que otra rata de campo. Él dice que todo lo purifica el fuego y cuando dora sus guisos en el horno, siempre despiden unos olores apetitosos, chicharrón de iguana, rata al mojo de ajo, barbacoa enchilada del gato de la vecina.

Los hombres terminan de hornear el pan. Juntan jaulas formando un rectángulo. Colocan de canto jaulas chicas y grandes. Casi todas son del mismo alto. En el centro se encuentra Vicente semidesnudo. Sus greñas caen en el rostro mugroso y lleno de sudor, se unta vaselina y esta escurre hasta su ropa. Tiene los colmillos un tanto salidos, la boca carnosa no alcanza a cubrirlos. Se ha puesto un taparrabo de costal de yute con las orillas deshilachadas y cruza una tira entre las piernas. Carga con el garrote de machacar la plancha de azúcar granulada. Esa lámina gruesa de color claro que, a fuerza de humedecerla y el calor del horno, adquiere dureza necesaria para golpear hasta formar granos ligeramente dorados. Vicente carga el garrote y... sí, se parece al hombre de las cavernas. Es algo jorobado y su vientre brilla de estirado. Hace bien su papel de ramapiteco.

A la entrada de la jaula, Mario se ha vestido de mujer, toca un pandero, grita desahogado que el espectáculo es único.

—Vengan a ver al hombre que mató a su mujer. No se crean, ¡vengan a ver al hombre lobo!

Los panaderos han puesto tablas sobre botes de manteca. Cinco o seis hacen su papel de público. Casi todos se han hecho un cucurucho de papel y sacan del fondo trocitos de galletas. Otros toman refrescos. Mario se ha trepado a uno de los tambores de aceite y hace su *show*. Es ágil, luce con gracia la falda de su

hermana. El sostén se le va de lado y a duras penas le sostiene pedazos de trapos o estopa en el tórax de hombre muy joven. Se ha puesto una peluca de estropajo. Baila, canta y ríe como todos.

—¡Ya viene la señora Gelsomina!

—Señora, ¿para qué permite que hagan todas esas payasadas?

—¡Déjalos María, ellos rinden más así que cuando están mis tíos!

—¡Pero qué lata y cómo tragan!

—Las cuentas salen muy bien, no importa lo que ellos se coman.

—A ver, señores, acomoden todo en su lugar, sigan trabajando y pónganse algo de ropa, Vicente.

—Gelsomina, ¿qué hora es? Creo que ya te dormiste.

—¡No creo! Apenas son tres cuarenta...

—Bueno, tenemos que salir temprano de compras. En los minutos de poco trabajo haces una lista de lo que necesitas para preparar una buena comida. Vienen los Arias, los empleados del banco del estado; la familia Porcayo, el presidente municipal de San Felipe; el señor Scugart, el director del Monte de Piedad. Mira, vete a trabajar y después hablamos. Ten, aquí está el menú que quiero. No repares en gastos. De la lista selecciona lo que te parezca mejor.

El día transcurre con ese comentario. Preguntas de los empleados si van a ser invitados, las muchachas del servicio si les prestarán dinero para estrenar. Los panaderos y los choferes, cuál va a ser su trabajo.

—Sí, les puedo prestar, pero nada de zapatos nuevos, usen los que les queden mejor. Cómodos y de tacón corto.

—¿Quiere usted, señora Gelsomina, que le ayude a tomar notas? Mientras termina de surtir los pedidos, voy anotando el pan para los expendios.

—No, es mejor terminar entre todos el trabajo. Te aseguro que la salida de la señora será hasta las nueve. No creo que se vaya sin tomar alimento. María, deja que terminen Juana y Sofía

y te adelantas un poco a la cocina. Preparas jugo para mi tía y licuado de fresas para Jonás.

—¡Cómo me choca ese hombre, comodín, mandón y...! —rezonga María.

—¡Calla! Alguien puede hablar de tus comentarios a mi tía —dijo Gelsomina a María.

—¡Que se lo digan! Estoy pensando en regresar a San Juan; pobrementemente, pero no tengo que aguantar a este hombre.

—Ten, revisa ese pedido y surtes el de la tienda de los Pollos.

—¿Se fijó usted cómo vino la señora ahora? —pregunta María.

—Apúrate, tienes que ir a preparar el desayuno, a la hora de la comida me platicas.

—¿Por qué usted no come con los señores?

—Me siento más a gusto en la mesa de la cocina, así como más.

—No, usted le huye al Jonás, ¿verdad?

—Alberto, vaya usted a recibir la harina de Querétaro, que acomoden los bultos sobre tablones. Revisa si no han entrado algunos ratones. Prepara trampas y, ya sabe, diez pesos por rata y cinco por ratón. Puede usar el rifle. ¡Nada de veneno! En cuanto terminen de vaciar el tráiler, que les den el desayuno al chofer y a los macheteros.

—¿Para qué manda poner trampas? Hace un año que nos dio quince pesos, ¿no se acuerda? Tres ratones desnutridos...

—Hace un año, pero hace cuatro echaron a perder dos bultos de harina, uno de granillo y dos de azúcar. Debemos cuidar sobre todo que no caminen sobre los granos. Eso les resulta caro a los patronos y a cualquiera le da asco y miedo.

—¡Ah qué señora tan coyona, tan grandota y miedosa!
¿Qué le puede hacer un ratón?

—¡Ya sé que nada, pero dan asco y contaminan!

—Hay unos que parecen de juguete, señora Gelso.

—Tal vez Bimbo, pero no debemos permitir la entrada ni al más bonito.

—Señora Gelsomina, ¿ya supo lo que hizo la Bimbo? —le dice Sofía a Gelsomina, mientras la muchacha se aleja hasta el lugar donde están los hornos, el ruido hace que no se escuche lo que casi murmura Sofía.

—¿Recuerda que hace ocho días se vendieron más de mil costales de harina? Bueno, pues la señora mandó a la Bimbo a preparar los atados de veinte costales liados con un mecate para que resultara fácil contarlos. Cuando yo llegué a la bodega del número 70, ellos estaban encaramados sobre los costales, le juro que no se les veían ni los ojos. Todos llenos de harina, el pelo, la ropa y...

—¡Es mejor que no cuentes eso! Puede escuchar mi tía; vamos, vamos a terminar el trabajo. ¿Se trata de Jonás, verdad?

—Sí, ¿por qué nunca deja que le contemos lo que pasa aquí en la panadería? ¡Usted ni se da cuenta que están dejando abajo a su tía!

—¡Lo que no quiero es que lo sepa o se dé cuenta por ustedes! ¡Tal vez pronto empiece a sospechar algo, Sofía!

—No se va a dar cuenta, el amor es ciego. ¡Me late que a esta señora ya le dieron su agua! —recalca Sofía mientras termina de cortar el pan.

Gelsomina se aleja de sus compañeras de trabajo y trata de que el asunto se quede en el olvido. Ella siente que su tía no podrá resistir el golpe; ha visto que Jonás sostiene relaciones con quien le viene en gana.

La aventura con la mujer del cavernario G. casi hace que se enferme. Recuerda las incursiones pasadas. A media noche, por las calles de Filisola, las Víctimas, calles empedradas, subida, cuesta abajo hasta cerca del Calvario. Espiar a Jonás no le hacía ninguna gracia. ¿Qué se ganaba con ese acecho? Las calles desiertas. La Arena Toluca llena de ecos, gritos, aplausos, ovaciones a los luchadores visitantes. Algunas veces encontraron al ayudante del Cavernario y Gelsomina se atrevía a preguntar si ya se había ido el luchador para el DF. Si le decían que sí, regresaba lo más rápido posible a la casa porque de seguro Jonás ya estaba de regreso o a punto de llegar. Había que inventar cualquier motivo para justificar la salida de su tía. Lucrecia insistía en ocultar que estaba enterada de las infidelidades de su marido. Gelsomina nunca se enteró de quién llegó con el chisme a su tía. Así pasaron los meses hasta que la verborrea de Jonás hizo efecto.

—Se portan bien. Gelsomina, mandas toda la cuenta de hoy a la harinera de Zitácuaro, tiene que venir el de Industria y Comercio, ya sabes los papeles que se tienen que entregar. Si hablan de la harinera del Rocío, haces el mismo pedido. Si habla el hombre del cacahuate, le dices que para la primera quincena de octubre, puede mandar los costales que quiera.

—¡Se hace tarde! Deje usted por escrito los encargos que faltan.

—Gelsomina, le das a la señorita del banco de México este cheque, mmm.

—¿Otra gratificación?

—Después que te platique tu tía, es largo de contar, mmm.

—¡Ya lo creo que es largo de contar!

—¿Qué dices?, mmm.

—Nada, que les vaya muy bien.

Gelsomina se ha enterado de la relación que sostiene Jonás con la empleada de un banco. Sabe que la ha invitado a la fiesta que se llevará a cabo próximamente. Algunos días después se entera por Alberto que la chica declinó a la invitación. Le hizo saber al empleado de confianza que no le agradan esas fiestas donde se mezclan tan diferentes estratos sociales. Alberto se ha reído toda la mañana y comenta en la mesa, a la hora del desayuno, que su patrón está loco de atar.

—Esa señorita es fina, ¿qué pensará don Jonás?

—No creo que sea muy fina, Alberto —dice María—, de ser lo que aparenta no aceptaría las joyas que le da el señor Jonás.

Alberto disculpa a la empleada del banco y dice:

—Las viejas, de cualquier clase social que sean, no se hacen del rogar para los regalos y lavado de cerebro. A casi todas les gusta el brillo el oro y las mentiras piadosas. Las que no aceptan ni una cosa ni otra se quedan chiflando en la loma.

Todo es animación en la tahona. Llega el carro de la cerveza, refrescos, flores de Zitácuaro, de la Carolina. Los grandes cartuchos con azáleas y orquídeas, claveles para la solapa de los caballeros. Las empleadas arreglan el patio, cuelgan festón con rosetas de papel crepé. Ha sido arreglado el lugar para los músicos. Música de cuerda, violines, violonchelo, más violines. Después llegará otro grupo para gente del pueblo, los panaderos, las empleadas. La música de los Chatitos será solamente para amenizar la comida, para los amigos de la familia, personas de alta alcurnia, algunos con pasado dudoso, pero en ese momento están en el candelero. Se corre el rumor de que ciertas personas se codean con el candidato a la presidencia. Pláticas a voz en cuello que el candidato asistió al Instituto Científico y Literario, en sus mocedades. Le prestaron algún traje para las ceremonias. Él se hacía querer. Jóvenes de buena posición y mejores relaciones.

27 de junio de 1958. Los manteles albean, huele a comida hasta la esquina. Paella verde, consomé de menudencias, mixiotes, dulce de leche, el mejor pan para una ocasión muy especial.

—Pronto, saquen los botes de los mixiotes, lleven los trastes sucios a la cocina —ordena Gelsomina a los empleados—. Esas copas están vacías. Díganle a los meseros que destapen el vino que les pidan. No tienen por qué imponerse. Dentro de

dos horas los Arias y todos los de la mesa especial se retirarán. Los Chatitos seguirán tocando una hora más, el otro grupo tocará hasta las cuatro de la mañana. En cuanto ustedes coman, pueden sacudir la polilla.

—¿Polilla nosotras? ¡Ni usted la tiene! ¡Eso que ha cumplido los treinta! ¡Hasta canas tiene!

—¿Qué importa eso, Lupe?

—No importa; Lo que digo es que si usted no tiene polilla, menos nosotras!

—¡Ya quisiéramos estar como usted, señora! —dice Sofía.

—De nada sirve estar como yo, Sofía, te lo aseguro. ¿Dónde están Juana, Dolores, Pachita y Alberto?

Gelsomina corre hacia el lugar donde han sido colocadas dos tinas de madera con hielo, para mantener frescas las bebidas. Hace a un lado la cortina de lona y ve a todos sus compañeros haciendo rueda a las tinas. En una de ellas, el hielo se ha deshecho, flotan algunos pedazos y, entre ellos, Juanita completamente borracha.

—¿Qué han hecho? ¡Pronto, saquen a Juana de esa agua helada! Alberto, ¿por qué ha permitido que Juana se embriague?

—Señora, cuando me llamaron, Juanita ya estaba dentro del agua, se quería desnudar, dijo que un baño le haría bien. ¡Yo no tengo la culpa!

—No, usted no la tiene, pero sáquela del agua, deben cubrirla con algo seco. Dolores y María que la cambien de ropa.

—Señora, ¿nos va usted a acusar con la señora Lucrecia? —pregunta Dolores.

—¡Pronto, retiren a Juana del agua! ¡Vaya puntada de esa chica loca! ¡Va a pescar una pulmonía!

La fiesta sigue en grande. Una vez que los invitados de importancia para doña Lucrecia se retiran, llega el turno de la

servidumbre. Gelsomina sigue cuidando el orden. Ayuda a retirar las vajillas, arreglos florales y cuanto pueda estorbar a los que quieran bailar. Los patrones no tomarán parte en la danza, pero abrirán el baile y se retirarán a la sala de la casa habitación con algunos invitados.

El ágape toma carácter de pantomima. Los trabajadores se han puesto su ropita de los domingos, sería mejor decir: de fiesta en grande. Todos asistieron a misa con sus familiares. El lumpemproletariado, o proletariado en su peor situación, en día de fiesta, todo a costillas del patrón. Beber hasta embriagarse. Cuando eso sucede, Gelsomina hace que uno de los choferes lleve al obrero y su familia hasta su casa. No todos beben sin freno; los hay que se pasan la noche bailando. Los Chatitos, después de la comida, se retiran y queda solamente una orquesta. Lo que más ejecutan es el danzón. Algunos malabarean, otros bailan como Dios les da a entender. Se toca la raspa, el chachachá, etcétera. El hombre lobo se apodera de la pista de baile, su figura causa risa: el pantalón atado bajo la cadera, camisa a cuadros, chamarra imitación de piel, tela que se cuartea al menor uso, le escurre, como siempre, la vaselina por el cuello. Sus compañeros le hacen rueda. No sabe bailar, pero lleva el ritmo. “Nereidas”, un paso doble, no se atreve a bailar la raspa, tal vez teme perder los zapatos comprados en un bazar de ropa usada. La mujer del hombre lobo sigue sus pasos. Bailan con dos o tres de sus hijos. A la vez que les hacen rueda, se afianzan de sus piernas y llevando la cadencia. Muchachitos de mirada vivaz, límpidos, parchados. El mayor de catorce años ha estrenado un traje a cuadros, camisa café, zapatos en dos colores. Se levanta el copete que hace que aumente su corta estatura, es algo gordo, ríe a carcajadas.

Las muchachas del servicio han tomado pareja. Algunas bailan bien. Alberto, el chofer de confianza, sigue atendiendo a los obreros. Les atiborra de cuanto piden. Solicita para ellos las piezas musicales que desean. A Juana se le ha pasado la embriaguez. Luce pálida, ojos inyectados. Gelsomina ha conseguido ropa seca y Dolores la ha hecho comer. Ya es de noche, pero ninguno desea ir a dormir.

Jonás dormirá la resaca hasta muy tarde. Almuerzo especial para él. Fruta fresca, carne asada con una salsa suave. Todos deben adivinar sus deseos. Lucrecia dará órdenes a Gelsomina.

—¡Gelsomina!, que preparen una comida ligera para todos, deben regresar el servicio...

—Todo está empacado, tía, no hay problemas. La mantelería se va a regresar sucia, pagará usted lo de la limpieza. Les he pagado a los carniceros. Casi no queda comida. Les di de comer a los de la Danzonera. Ya llegaron los muchachos de la levadura. Se han puesto dos presas para el pan de sal y el de dulce. Los reposteros entran hasta mañana. Habrá que limpiar todo, recoger los cazos y mandarlos a la bodega del 70. ¡Ahora hasta diciembre!

—No, no te animes, dentro de dos meses tendremos que hacer otra fiesta. Debo celebrar...

—¿Por qué no mejor un viaje corto? Puede ser a Agua Azul, Agua Hedionda, Ixtapan de la Sal. Algún lugar cercano y que no se pueda beber tanto.

—Esta comida va a ser para mis amistades. No metas a estos borrachines.

—Los meto porque de ellos tiene usted lo que tiene. Les pagan muy poco...

—Les pago lo mismo que les pagan en otras panaderías. Además, les doy lo que en otros lados no les dan.

—Pero lo mismo que les roban allá, ustedes también se los quitan.

—¡No te metas en lo que no te importa! En ningún lado les hacen festejo el día de su patrono.

—Perdón, pero no les dan lo justo. Ganan apenas para medio comer. Sus ropas son de lo más corriente o de segunda mano.

—Si no estás conforme... puedes ir a trabajar con los Conzuelo.

—No, no estoy conforme, pero tengo necesidad del trabajo. Además, nunca les he dicho nada a los trabajadores para que exijan un mejor sueldo. Les hablé del sindicato, pero...

—Es mejor que no me lo digas, estoy enterada por Jonás que los del sindicato aceptaron una buena cantidad de dinero de los patronos y todo se quedó en las mismas. Tú eres hija de mi hermana, te doy buen sueldo, te invito algunas veces a pasear... te quiero bien y quiero a tus hijos.

—Lo agradezco, pero no es justo que esos hombres vivan como viven.

—¿De qué lado estás?

—Creo que de ninguno, no puedo hacer nada por ellos...

—¡Cómo no! Algunas veces, mejor dicho, todas las veces que hago fiesta tengo que invitar a esa gente porque tú así lo dispones.

—Nada es más justo, por ellos...

—¡Ya! ¡Puedes ir a tu trabajo! ¡No hagas que le diga a Jonás lo que piensas!

Gelsomina sale desanimada de la casa. Ayuda a poner orden, revisar que todo esté completo.

—Señora Gelsomina, se quebraron diez platos —dice María acercándose.

—Anota de cuáles, el señor Duarte tendrá buen cuidado de cobrar.

—¡Claro que cobrará y a qué precio!

—No digas nada a mi tía, hará un escándalo. Le avisará a Jonás y ya te puedes imaginar. ¡Ten María, estos platos no van en esta caja!

—Señora, ¿ya supo usted lo de...?

—¿De Juana?

—No, señora, del yerno del señor Jesús. Dicen que no vino a la comida porque está detenido.

—¿Qué pasó? ¡No estoy enterada de eso! Ahora que tenemos tiempo, cuenta todo lo que ha sufrido.

—El yerno del señor Jesús, usted lo sabe, trabajaba en el banco del estado. Dicen que al regresar de algunos lugares donde no hay sucursales, venía con mucho dinero y le urgía entrar al baño. Traía la valija repleta de dinero. El maletín sujeto a la muñeca. No venía solo, el banco les obliga a llevar un compañero como escolta para evitar un atraco. El hombre depositó la valija en la mano del colega y entró al baño. Cuando salió ya no estaba su colega. El banco lo demandó por el dinero perdido. Por ahora todavía está detenido.

—Pobre hombre, ¿qué podrá hacer don Jesús?

—No lo sé, ¿tendrá que pagar todo?

—Mira, quiero que me platiques ahora algo de lo que empezaste y no te deje terminar por el temor de que se entere mi tía. ¿Qué pasó con lo de la Bimbo?

—Huy, ¡para qué le cuento que el señor Jonás le da todos los días uno de a cien! ¡Y para qué le digo que cada vez que entra a la cocina la atrinchera contra el refrigerador grande! ¡La pura neta que a ella le gusta!

—¡Oye!, ¿qué pasó con lo de las mantas de harina? —pregunta Gelsomina cada vez más intrigada.

—Nada, no pasó nada. Alberto se dio cuenta y cerró la reja del 70. Nada más los hubiera visto. Encuerados y llenos de harina hasta el pelambre del cuerpo. Ni más ni menos ratas —dijo María con una sonrisa de malicia—. Ni los ojos se les veían. Los pelos tiesos y blancos. La boca con una rebaba pegajosa y de sudor, se veían como peces rebozados, peces saltarines al ardor del fuego.

—Bueno, ya estuvo bien de chismorreo. Llama a Alberto, Agustín y al Tribilín, que vayan a entregar todo al señor Duarte.

—¿Nos llamó, señora Gelsomina? —dijeron los hombres asomando las cabezas por la puerta.

—Sí, tengan el importe del alquiler, paguen y entreguen el menaje. Lo que es de aquí deben ponerlo en la bodega del 70. Alberto, no se le olvide pasar a la casa de Juana, para que se informe cómo amaneció.

—¿Quién le dijo que está enferma, señora?

—Lo supongo, lo que hizo ayer no es para menos.

—Eso cree usted, el cuerpo necesita un desfogue, no toda la gente es tibia o...

—¿O, qué?

—No se moleste, pero creemos que usted debería echar su gato a retozar.

—¡No se tarden, queda mucho por arreglar! —dijo Gelsomina haciendo que revisaba unas notas.

—No se moleste, señora, es con todo respeto —afirmó Alberto.

—Gelsomina, ¿nunca te cansas? —dice Jonás a la mujer sin mirarla.

—¡Claro que me canso, pero necesito el dinero!

—Ten estos billetes, para que le compres algo a tus hijos.

—Te agradezco, pero recuerda que ellos ya están trabajando.

—Vete al cine o compra algún antojo. Yo le he dicho a tu tía que necesita mejorar tu sueldo.

—Gracias, ¿de cuándo acá te preocupas por mi sueldo?

—Desde siempre. Tengo presente que tu mamá, la señora Carmina, te quería mucho. ¿No te acuerdas que yo tenía que llevarte al cine, por encargo de ella? Recuerdo que iba también Cuquita, era muy tu amiga.

—Sí, recuerdo que mi mamá te daba para los gastos y para tu entrada de la matiné al cine Principal.

—Tu mamá era una señora muy bella.

—¿Yo qué puedo decir? —La mujer se retira molesta.

— Ten, se te olvida el dinero...

—No, no se me olvida, lo que pasa es que no quiero malos entendidos ¡Ni tuyos ni de los que se dan cuenta de que me das dinero!

María se ha dado cuenta de la maniobra de su patrón y le dice a Gelsomina bajando la voz.

—Señora Gelsomina, acéptele el dinero.

—No, María, es mejor que las cosas queden claras. Puede pensar que aquí va a encontrar otra Bimbo.

—¿Qué se traerá este hombre? Siempre había estado respetuoso y, a distancia, llenaba de veneno a la señora en contra de usted, pero no se atrevía a molestarla.

—La gente se aloca, María, con no hacerle caso es suficiente.

—Señora, ¿qué ha pasado con el Jonás? ¿Sigue con sus ofertas? ¿Le ha aceptado usted algo?

—No le he aceptado, pero sí insiste. ¿Sabes qué he pensado? Mira, si él se da cuenta que existe alguien en mi vida, dejará de molestar.

—¡Vaya! ¡Hasta que por fin se ha decidido usted! Se tardó bastante, ¿verdad? ¿Cuántos años se quedó sola?

—Algo, no recuerdes cosas idas. El tiempo que sea no importa, el chiste es que éste no me siga fastidiando.

—¿Quién es el candidato?

—Es casado, no importa, solamente que...

—¿Está usted loca? ¿De qué apuro va a sacarla?

—Yo no tengo apuros, las cosas están tranquilas. Ese hombre hace tiempo me invita al cine. Si él no se decide, no faltará quien se anime a salir.

—Oiga, señora Gelsomina, ¿es el profesor que viene tempranito por su pan, el viejo que tiene el expendio en Colón, el...?

—No, ninguno de esos. Mejor no te cuento nada. Además no es asunto en serio. Es solamente para espantar al marido de mi tía.

—¿Cómo se dará cuenta? ¿Piensa usted exhibirse?

—No será necesario, creo que Jonás me vigila todo el tiempo. Hace algunos años se ponía fúrico porque mi tía me invitaba

a salir. Él prefería llevar a mis hijos. El caso es que ahora insiste en que vaya con ellos a pasear. Yo no quiero porque no pierde oportunidad en hacerme saber lo que siente o inventa que siente por mí. Me da asco, me enoja la necedad que tiene para que mi tía beba. Que un *whisky*, que un *jaibol*, un café con amaran-
to, qué sé yo qué tanto, pero que contenga alcohol. Ella algunas veces se niega a tomar, pero no sé qué le dice, se queda callada y bebe lo que a él se le antoja. Algunas veces pierde el equilibrio y sin que se caiga, trastabillea. A él le causa risa.

Ayer me fui al cine. Desde luego no fui sola. Las películas, dos por el mismo precio, eran una de acción y otra de relleno. Ahora ya hay dulcerías. Hace tiempo, unos jóvenes con una caja pendiente del cuello, con gritos ahogados para no interrumpir el diálogo de los actores, se encargaban de llevar hasta el asiento los antojos. Ahora las dulcerías de los cines se atiborran de golosinas. Persiste el grito: ¡cácaro! No importa que las películas terminen sin interrupciones. Sigo sin recordar el nombre de la cinta. No recuerdo tampoco la trama. Pláticas insulsas, mentiras tontas, cosas sin futuro, simpleza hasta en el *film*. No solamente en la ficción, también en la realidad. ¿Qué chiste encierra lo falso? ¿Será posible que Jonás me deje en paz? Al terminar la función salí como debe salir alguien que no quiere ser visto. Rápido, sola y lamentando no haber visto una buena función. Me fui por la calle de Villada; Jonás, en el Mercedes guinda, salió cerca de San Juan de Dios. Seguí sin hacer caso y él cortó por Filisola, di media vuelta y me escondí en la iglesia. “Hipócrita —me dije—. Ese hombre es casado, el Jonás no debe inmiscuirse en mis asuntos. ¿Por qué no le doy la cara? ¡Que deje de estar fregando! Es capaz de despedirme. Tú ya no necesitas el empleo. ¿Podrás comer aire? ¿Qué le dirá a mi tía?” El grito de Jonás me sacó de cavilaciones.

—¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Le voy a decir a tu tía Lucrecia!

—Le puedes decir lo que se te antoje, yo soy muy libre de hacer lo que me venga en gana.

—¡Yo te quiero! —dijo Jonás.

—¡Es cosa que no me importa! Eres el marido de mi tía. El marido de doña Lucrecia! Además me das en el hígado.

—¡Yo nunca te he faltado al respeto! ¡Te juro que nos casamos! ¡Nos podemos ir a España! Tengo dinero, te compro lo que quieras. Nos vamos lejos, lo más lejos que se pueda de tu tía.

—Estás loco de atar! ¡Deja de molestarme!

—No me digas que quieres a ese hombre, no creo que te importe, es casado.

—¡Lo mismo me da!

Pegué la carrera y me perdí en el callejón del Ratón. Di la vuelta hasta la iglesia de la Merced. ¡Ahí estaba Jonás, traté de calmarme!

—¿Qué es lo que pretendes, Jonás?

—¡Ya te dije que te quiero!

—Tú has querido a muchas mujeres; déjame en paz. ¿Por qué no tratas de rehacer tu vida con la Bimbo? Puedes escoger la que te convenga. Yo lo único que deseo es que te olvides de que existo. Recuerda que mi tía ha sido buena hasta con tu familia. Rescató la casa de tus padres porque la tenían embargada. Por doña Lucrecia aprendiste a vivir en un medio casi imposible para ti. Por ella fuiste a la escuela, te mandó a estudiar mecánica, música, inglés... En una palabra, si no puedes amarla como mujer, respétala como madre. Ella te ha dado lo que no te dieron tus padres. ¡No quieras hacerle una infamia más! De una vez por todas no me estés chingando y lárgate a...

—¡Nunca me esperé eso de ti, termina la frase!

En un descuido volví a escapar. Él se había bajado del coche, me dio tiempo de llegar a Filisola. Me escondí en el 365. Me sentía apenada y casi segura de que Jonás buscaría la manera de despedirme.

Me dio trabajo saltar de la cama. No había podido dormir. Tenía miedo de que Jonás le hiciera saber a mi tía lo del cine. El regaño de doña Lucrecia sería terrible. Crucé por el comedor de la casa y empezó mi trabajo. Fuera de lo acostumbrado, Jonás salió una hora después. Iba con una libreta en las manos. Se veía pálido. Ordenó que vaciaran el contenido de cajas y costales que apenas había yo terminado de llenar.

—¿Cuántas piezas tiene cada caja, mmm?

—Doscientas piezas. Los costales cien. ¿Qué vas a hacer?
—responde Gelsomina.

—Tengo que rectificar las cuentas, hace tiempo que me falta mucho dinero. Vicente, Luis, Masacuata, a ver, entre todos cuenten el pan. Yo vigilo y ustedes hacen el trabajo, ¡no se equivoquen!, porque también a ustedes me los voy a fregar, mmm.

La cuenta se hizo lentamente. El trabajo de sesenta minutos quedó por tierra.

—¿Cuántas piezas sobraron, mmm?

—Faltó una pieza, señor Jonás —dijo Vicente malhumorado.

—¡No puede ser! ¡Aquí falta mucho dinero, mmm!

—No te enojés, Jonás, debe ser el que les das a todas las viejas que te vienen a ver a cualquier hora —comentó Daniel.

—No te metas, esto es asunto mío, Daniel, ¡aquí faltó una pieza! Gelsomina, ¿así es como cuentas de bien, mmm?

Daniel se hincó abajo del tendido y tomó un bolillo que había rodado hasta cerca de la pared.

—Ten, Jonás, esto ha de ser lo que te falta.

—¡Tengo que rectificar todo lo que haces, mmm!

—¡No te preocupes, desde mañana no vengo! —dijo Gelsomina.

—Es lo mejor que puedes hacer; a ver si donde quiera hay árboles de tortillas y ríos de caldo. A ver si te pagan lo que nosotros, mmm.

Todas las máquinas estaban en movimiento; el tronar de los palotes sobre el tablero, la molinilla con su ligero chirriar. Falta de aceite. Porción de masa muy grande; el chasquear de la batidora de pastas finas; el huevo esponjando al crepitar del aparato; sordera momentánea. Casi todos los hombres en silencio. Manos laboriosas, mentes ausentes, tal vez por sus problemas. La miseria, el poco sueldo, trabajo extenuante. Jonás sale por la puerta de la cocina. Se asoma y grita:

—¡Gelsomina! —se acerca al lugar donde hago cuentas—. ¡Gelsomina!

—¿Qué se le ofrece a este hombre? —murmuro.

Dejo que llegue cerca de la mesa gris. Él tiene que hablar muy fuerte para ser escuchado.

—¿Qué? ¿Me habla mi tía?

—¡No, ella no te llama! ¿Sabes dónde quedan los baños Rosa María?

—No, no sé dónde están.

—¿El expendio de Margarita, la mujer del soldado?

—Sí, está en las calles de Matamoros.

—Bueno, ten cincuenta pesos, tocas en la puerta pequeña que está casi junto al expendio, das el dinero y entras.

—¿A qué voy ahí?

—¡Tú entras, yo te espero al fondo!

El ruido seguía. Los hombres, a los gritos de Jonás, quisieron escuchar lo dicho y guardaron silencio. Algunos se enteraron. Yo quedé de una pieza. No sentí nada, ni miedo ni rabia, nada. Extrañeza, mente en blanco. Los obreros por cansancio, yo por la sorpresa. Una pregunta surgía con más fuerza, ¿estará loco? No había tomado los cincuenta pesos. Jonás se quedó con ellos. Al mostrar el billete parecía preguntar:

—¿Te espero? —Salí del amasijo. Dejé las libretas sobre la mesa gris. No recogí las notas, ni el cesto donde por costumbre tintinaban las monedas. “¡Que suenen aunque no caigan! ¡Los billetes vuelan, esos los guardas en el canguro o en la bolsa posterior del pantalón de mezclilla!”. Recorrí la calle de las Víctimas con ideas entrecortadas. ¿Sería bueno que le avisara a mi tía lo que me hacía su marido? ¿Tendría que recurrir económicamente a mis hijos? ¿Me resistía, nunca había dependido de nadie! ¿Qué podía hacer? Estaba en mis cavilaciones cuando:

—¡Señora Gelsomina, señora Gelsomina!

—¿Qué se te ofrece, Herculano? ¿Me llaman de la panadería?

—No, señora, vengo a lo que ya sabe, le traigo los trescientos cincuenta pesos.

—¿De qué cuenta es, Herculano? ¿Yo no te he mandado a dejar ninguna entrega de pan, ¿te mandó Alberto?

—No, señora, me dijo don Jonás que usted eso cobra. Usted ya sabe...

—Dile a mi tío que cuando yo quiera lo hago de gorra, pero solamente cuando así lo decida. Llévate tu dinero y agradece que no te miento la madre. Tampoco vale la pena que le mande un recado a ese desgraciado. ¿Por qué no me lo dijo en mi cara? ¡Es un infeliz!

—Perdone, señora Gelsomina. Él me dijo que cualquiera que tenga esa cantidad, puede venir a verla.

—¡Ya te dije que se equivoca, lárgate! Y agradece que no les aviso a tus padres.

Regreso a la tahona decidida a poner al tanto a mi tía de lo que le propone Jonás. Espero hasta terminar el trabajo y que ellos se encuentren en sus habitaciones.

—Señora Gelsomina, ¿qué le pasa? Tiene los ojos como de cochinilla boca abajo.

—¡No digas nada, María, después te platico!

—¿Otra vez el buey de Jonás? ¿Ahora qué le hizo?

—Mandó a Herculano a la casa y...

—¡Es mejor que trabajen!, ¿qué les pago para que vengan con sus chismes? ¡María! ¡Gelsomina!, esos pedidos urgen, mmm!

—¡Cómo eres buey, Jonasito, esos pedidos ya están listos!, ¿de cuándo acá entras a la joda?

—¡Cállate, Daniel, mmm!

La jornada de trabajo continúa, empiezan a llegar los panaderos del tercer turno. Nos hemos quedado a terminar María y yo. Hago cuentas y María recoge restos de pan y charolas. Los hombres se han metido al baño para cambiar de ropa. María se acerca a mí y le dice en voz baja:

—Ya puede usted seguir platicando. Se fue la Bimbo y el Jonás ya está con las patas arriba, dizque descansando, se ha quitado los zapatos. Fui por agua, ¿no quiere una poca?

—No gracias, no quiero nada. Te voy a platicar lo que pasó, porque siento que pesa demasiado. Fui a la casa porque Jonás hizo una estúpida propuesta. Después llegó Herculano con dinero en la mano; pensé que era de alguna cuenta...

—Yo escuché lo que le dijo el Jonás a Herculano. Este había hecho un comentario sobre el cuerpo de usted: “Qué te fijas, esa le presta servicio al que llegue con trescientos cincuenta pesos”.

Se quedó riendo y nosotras, porque Sofía, Guadalupe y Juana ahí estaban, también lo escuchamos; no pudimos detener al hijo de Sara porque salió de estampida. Jonás le explicó que usted va a su casa a atender a su clientela. Ya no llore, no se enoje, porque de todos modos el méndigo siempre se sale con la suya.

—¡Quiero dejar el trabajo! Tal vez me refugie en la casa mientras encuentro otro empleo.

—Yo creo que no debe usted dejar sola a su tía. Nosotras no le hemos querido decir nada, pero ahora le pega con más frecuencia. ¿Se acuerda de la manita que sirve para rascarse la espalda? Con esa le pega en la cabeza y ella nos obliga a no decir nada.

—Tienes razón, María, no puedo decir nada, me sentiría culpable de lo que le pudiera hacer. Creo que voy a recurrir a sus amigos de San Felipe Tlalmimilolpan. Ellos ocupan cargos en el gobierno y Jonás los tiene en alta estima. Desde luego la amistad viene de la madre de ellos y mi tía.

Cuando regresaron de Francia, mi tía venía enferma. Jonás luce cansado. Los treinta y cinco años de diferencia casi ni se notan. Los dos son gordos de cutis fresco. Siempre a su regreso se desploman en los sillones de la sala, bien vestidos, ropa fina. Jonás oliendo a sudor con esencia de gato, olor acre. Su Rolex a la vista, anillo de brillantes con una esmeralda al centro. Lucrecia con una pulsera de oro, monedas de diferentes nominaciones, pendiente sujeto con cinta gruesa de oro, un centenario, remate firme para evitar se pierda.

Ella, sin soltar sus regaños acostumbrados se dirige a la recámara. Se ve marchita, no más que él. Mi tía solicita que se llame a un médico. ¡Cualquier médico de renombre! Uno de los Camacho. ¿Cuál es el mejor? ¡El que sea! Cualquiera sabe de enfermedades ocultas. Las puterías no dejan nada bueno. Me quedo asombrada. ¿Qué es lo que ha pasado? Ella desde que vive con Jonás olvidó su existencia. Hasta el negocio ha dejado en mis manos. Preguntar sería lo indicado. Se ha puesto taciturna. Me siento preocupada. Jonás está a la defensiva. Está enojado todo el tiempo. No ha salido al amasijo. Fuera de lo acostumbrado, hoy no se sabe cómo les fue en su viaje.

Estoy segura que visitó varias veces a las muñecas francesas. Aquellas casas que ocupan más de una manzana. ¡Claro,

lo sé por los viajes anteriores y sus conversaciones al respecto con los panaderos!

Casi dos manzanas con cristales al frente. Cajas del tamaño de cada mujer. Diferentes estaturas y complejiones. Blancas, bellísimas, rostros como de muñecas. Apenas se cubren lo indispensable. Ellos podían escoger. ¡Aquella! El costo nunca le importó.

Alguien le hizo la advertencia. ¡Ahí abundan las enfermedades venéreas! Y no es por falta de agua. Existen los bidés y agua comprada que transportan en barco. Las mujeres son bellas, muy bellas, caras, elegantes, profusión de podre. En todos lados es lo mismo: “pero te advierto —se lo dijo alguna vez su hermano— ¡no vengas lleno de chancros, gonorrea o sífilis! No hay peligro para tus hijos. Nunca los has tenido, nunca los tendrás y ella menos, pero sería una friega, un desacato. Ella es tu mayor, le debes respeto. No seas hijo de la chingada”. Y lo fue, el contagio estaba hecho.

Mi tía guardó silencio. Empezó a ocultarse en su recámara. Lloraba de noche. Jonás la embriagaba de día. A las seis de la mañana iba solícito a la recámara. Una pastilla para la gripe y un buen coñac. A dormir la primera mona. Empezó a dejar la comida. Algunas veces ordenaba buenos platillos. Apenas un bocado. Se volvía a la cama. Dormía tras las dos o tres bebidas que siempre le ofreció él. Había pasado treinta años con Jonás. Cualquier amor se muere. El de ellos nunca existió. Una compra-venta, un cambalache. Te doy mi juventud, te acepto tu dinero. Una venta absurda, una buena venta. El negocio pudo ser peor. Vieja y pobre, aquí te fue muy bien, conociste Europa, la república mexicana, aprendiste a comer con todas las reglas de urbanidad, a vestir con elegancia. ¿Para quién fue

mejor el cambalache? Buenas horas vividas. ¡Nunca lo podrán negar! Ellos lo decían. Hemos sido felices.

—Gelsomina, he pensado largamente en que deseas retirarte — me dijo mi tía una mañana—. Has pasado los mejores días de tu vida aquí. Estás sola, tus hijos se han casado. No tienes otro medio de vida. Dime la verdad, ¿tienes alguien que quiera mantenerte?

—No, nada de eso, lo que pasa es que fue usted la que me despidió.

—Algunas veces creo que tiene razón Jonasito, has cambiado mucho. Es tan bueno mi marido que se preocupa por tu suerte, ¡es tan bueno!

—Jonás nunca ha sido bueno, para mí es una mula. Le he dicho a usted que necesito encontrar otro empleo y en cuanto lo logre me retiro. Sin disgusto, sin reproches, nada...

—Nos estás fallando. Antes estabas dedicada únicamente a tu trabajo. Ahora te escapabas al cine dos veces por semana, hablas con desparpajo, eres rezongona, bueno, siempre lo fuiste, pero ahora eres hasta grosera.

—Sí, reconozco que he cambiado, pero debo aclarar que no voy al cine, estoy asistiendo a un taller literario...

—¡No me hagas reír, solamente cursaste la primaria! Recuerda que yo tengo estudios superiores y sé de lo que eres capaz...

—No importa nada de lo que usted diga, tal vez me decida a estudiar.

—¿A tu edad? ¡No cabe duda que estás loca!

—Eso he pensado yo también, pero, nunca es tarde.

—Harás el ridículo. Yo cursé la Superior de Comercio a los doce o catorce años.

—Ya dije que no me importa el ridículo.

—¡Otra cosa, Gelsomina! —la voz de Lucrecia sonaba conciliadora—, nunca te he dicho que vas a heredar la mitad del negocio. María, háblale a Jonás.

—¿Me llamas, mamacita? Mmm.

—Sí, quiero que le expliques a Gelsomina lo que tú tienes que entregarle cuando yo muera.

—Bueno, tu tía tiene dispuesto en su testamento que la mitad del negocio es para ti, sus joyas, ropa fina y todo lo de la casa...

—¿Tú me vas a entregar todo eso? —dije burlonamente.

—Sí, es la voluntad de la señora y yo voy a respetar sus decisiones...

—Es justo que yo hable ahora y que se entere mi tía y tú también. Estoy segura de que no vas a entregarme nada, ni joyas ni dinero ni la mitad del negocio. Te aseguro que a la muerte de mi tía, antes de que se cumplan ocho días de su entierro, me vas a despedir y a los quince días te voy a demandar. ¡De eso no hay problema! ¡Yo sabré cumplir lo que digo!

—¡Gelsomina, cada día que pasa te desconozco! ¡Esos locos te han contagiado! ¿Qué lecturas habrás hecho? Ya me lo han dicho varias personas, aparte de locos son viciosos.

—No, mamacita, esos hombres no son lo que dices, es a tu querida sobrina a la que estás descubriendo después de treinta años o más, mmm.

—De cualquier manera, lo que he dicho sigue en pie y en mi testamento. Por favor Jonás, quiero que frente a ella jures que todo será como yo lo he dispuesto. Cada día me siento más

enferma —Lucrecia ha dicho esto y al mismo tiempo parece cobrar un color cetrino.

—Creo que debe usted suspender los medicamentos que trajeron del Japón —dije—. Además los toma con bebidas alcohólicas, eso le hace daño a cualquiera. Tal vez el deseo no sea de cura sino...

—No levantes la lengua. Es verdad que Jonás en momentos se fastidia de todo, pero recapacita y es el marido más noble... es mejor que te vayas a trabajar. Haces un análisis de todo lo que te he dicho. Cumple con tus obligaciones lo mejor que puedas y, como dice Jonás, de que otro robe, mejor que tu sobrina lo aproveche.

—¡No voy a permitir que digan eso ni en broma! ¡Si alguien está robando, es conocido de todos de quién se trata! —no pude ocultar mi disgusto.

—Es mejor que te calles, agradece que no le digo a tu tía todo lo que haces, mmm.

—¡Puedes decir lo que quieras, pero aquí en mi cara, para que pueda yo defenderme! ¡Siempre he pensado que eres un rastrero y hablador!

—¡Gelsomina! —grita mi tía Lucrecia.

Seguí trabajando en silencio hasta muy tarde. No me entusiasma la idea de ser heredera. Sé que Jonás, como hombre despechado, nunca me dará nada. Lamento que mi tía esté cada día más enferma. He llamado al médico cuantas veces lo solicito, pero no veo ninguna mejoría. No siento miedo por quedarme sin empleo. Sé trabajar. Además, ya empecé a estudiar. Pronto terminaré la secundaria abierta.

—¿Dónde está la gallina que me dio mi comadre Ester, la mujer de don Abelardo, el dueño de la Mangana? ¿Dónde quedó mi animal? Alguien se la ha robado. La dejó Jonasito en la bodega vieja. Ahí junto a la casa de doña Beatriz, la dueña de la carbonería de la esquina. Como se dividen las dos propiedades con una pequeña barda, es fácil que brincara la gallina colorada. Vayan a preguntar si no se ha brincado para allá. María, Juana, busquen a mi gallina colorada. Me dijeron que era ponedora. Si no la encuentran se las rebajo de su sueldo.

—No te enojas, mamacita, te voy a reponer tu gallina colorada, mmm.

Así pasaron muchos días. ¡Qué sé yo qué tiempo! Una tarde fuimos a sacar el caso de cobre a la bodega vieja. El grande para hacer mermelada o jalea de membrillo. Llevé a Alberto y a María. Ella lo sacudiría y Alberto cargaría con el recipiente.

—¿Está más pesado el caso, doña Gelsomina, o estoy más viejo?

—Es posible que esté más viejo, el caso no puede cambiar de peso ni en diez años. No se crea, Alberto, es solamente una broma, baje un poco más el caso, entre María y yo lo sostenemos.

El cazo llegó al suelo con doce pollitos y la gallina colorada, doce bolitas de estambre amarillo. ¿Qué les daba de comer la gallina? ¿Cómo trepó hasta esa altura? La gallina estaba

flaca, los pollitos tenían sed. El agua que les dio María parecía insuficiente.

Nos pasamos la tarde con ese comentario. La gallina era toda una heroína. Nadie se la quería comer, nunca la mataron, se murió de vieja.

—Gelsomina, ¿me sirves de comer?

—¿No va usted a esperar a Jonás?

—No, él fue a la Junta de Conciliación y Arbitraje, cuando venga que le sirvan María y Juana.

—¿Quiere usted pollo? Hicieron milanesa con puré de papa y guacamole. ¿Le sirvo?

—Dame un pedazo chico de pechuga, la parte de arriba, te voy a hacer una prueba, ahora me voy a desengañar de... Bueno, dame un poco de sopa para empezar. No quiero dulce, prefiero fruta con miel y de tomar Coca-Cola.

—¿Sola?

—No, le pones un poco de lo de siempre... Ponle *whisky*, sí, eso es.

—¿Salsa?

—Sí, poca y quiero pan, del caliente; ¡nada más eso faltaba!, que en fábrica y comer pan frío.

—¿Está bien así? Partí en dos la pechuga, pero no a lo largo, sino a lo ancho, como usted me dijo.

La mujer come en silencio, bebe sin prisa, la sobrina ha colocado una rodaja de limón al borde del vaso y un poco de jugo a la Coca-Cola. Las dos están en silencio. Lucrecia, haciendo a un lado sus buenos modales, ha quitado toda la carne al hueso de la pechuga de pollo. Cuando ha terminado de comer, sostiene

con los dedos el hueso del animal que tiene forma de pinza y le dice a su sobrina:

—Gelsomina, yo tomo una parte del hueso y tú la otra, las dos tiramos al mismo tiempo de las puntas para ver quién es más ambiciosa...

—¿Va usted a saber eso por un pedazo de pollo?

—Sí, tira de tu lado.

Al hacer lo indicado por doña Lucrecia, las dos se quedan con un trocito de hueso partido a la mitad exactamente.

—¡Mira, creí que eras ambiciosa! Hasta en eso eres tonta.

—¿Cree usted en esas simplezas? Lo que pasa es que tenemos casi la misma fuerza. ¡Eso es todo! ¡Qué ideas tiene usted! ¿Por qué no le hace usted esa prueba a Jonás?

—¿Por qué metes a Jonás? Él es mi marido y en tantos años ha demostrado su buen corazón...

—¡Está bien, señora! Me voy al trabajo. ¿No se le ofrece a usted algo más?

—No, gracias. Tienes cuidado con el dinero, no dejes el chiquihuite donde quiera. Recoge los billetes, esos no hacen ruido, las monedas que suenen aunque no caigan.

—Señora Anastasia, antes que nada quiero que perdone el motivo de mi visita.

—Gelsomina, para nosotros es un placer que vengas a la casa. Desde que eras niña te hemos querido. Mi hermana, Ester, te quiere tanto como a su difunta hija Catalina. ¿En qué podemos servirte?

Los tres hijos de la señora Anastasia permanecían en silencio. Las esposas hicieron el intento de retirarse.

—No, no tienen por qué salir de la sala. Creo que hago mal, pero las cosas ya no tienen otro remedio. Mi tía está cada día más desmejorada.

—En nuestra última visita, ella nos dijo que se sentía muy enferma. Tú nunca nos hiciste saber nada. Ella aseguró que tenía una enfermedad propia de mujeres y que por eso estaba cada vez más decaída. ¿Qué es lo que pasa?

—Con toda confianza puede usted hablar. Tenga la seguridad de que guardaremos discreción con el señor Jonás —dijo el mayor de los hijos, el que ocupa un puesto en la presidencia municipal de San Felipe del Progreso.

—Hace mucho tiempo que hay problemas entre mi tía y su marido...

—Una pregunta, Gelsomina —dijo Javier interrumpiendo a la mujer—, ¿la maltrata de palabra o llega a los golpes?

—Sí Javier, ella lo niega pero amanece con golpes en la cara, en la cabeza y algunas veces en el cuerpo. Siempre la he ayudado a vestirse y luce moretones en todos lados. Cuando he preguntado sobre lo que ocasiona los cardenales, asegura que son producto de la estrechez de la faja que usa. Cuando los moretones son en la cara, dice que rodó por tierra y se pegó en cualquier lado, en la puerta, con algún mueble. Ella guarda silencio y francamente estoy preocupada. No puedo hacer nada al respecto. Me ha despedido dos veces...

—¿Jonás? —pregunta Arturo, el menor de los hijos de la señora Anastasia.

—No, mi tía, pero estoy segura de que es por lo que le cuenta Jonás. Otra cosa, el despido no me importa, puedo quedarme sin empleo, ya empecé a trabajar en...

—No debe usted dejar el trabajo. Usted tiene trabajando ahí más de treinta años. Ya adquirió derechos. No como familiar, simplemente como empleada. No debe usted dejar el trabajo —dijo Antonio.

—No debe abandonar el trabajo, como dice Antonio, los derechos están adquiridos, y respecto a lo de la señora Lucrecia, mañana estaremos a primera hora en Toluca, ¡qué se propone ese estúpido, nosotros tendremos cuidado de que no se repita esto! —agregó Anselmo, tratando de contener su enojo

La señora Anastasia se veía preocupada y trató de animarme.

—Gelsomina, yo sé que te has quedado sola, ¿no podrías pensar en venir a vivir aquí con nosotros? No como empleada, sino como de la familia. Nosotros siempre te hemos querido.

—Agradezco sinceramente, pero deseo estar cerca de mis hijos. No importa que vivamos separados, pero que yo me entere de cómo van las cosas. Además me he acostumbrado a vivir sola y... tal vez no lo crean, pero me preocupa mi tía. Aparte de todo

se ha propuesto crear, para toda la gente, una estela de perfección para su marido. Creo que nadie le cree. Todos los empleados nos hemos dado cuenta de la situación. Algunos, los menos, están a favor de él. Estoy segura de que se debe a la diferencia de edades. Y al dinero que reparte entre ellos sin límite. Yo he hablado con Jonás y le sugerí que cambie su trato para con mi tía. Él puede hacer su vida sin dejar de vivir con ella y darle un trato si no con amor, con respeto. Es algo que puede parecerles a ustedes indebido, pero dadas las circunstancias, pienso que es posible.

—Gelsomina, Jonás es un hombre de cincuenta y seis años, ya no es ningún niño. ¿Por qué no toma en cuenta todo lo que ha recibido de Lucrecita y se comporta como lo que es?

—Eso lo creo imposible, he pensado que algo le falla. ¡No sé qué pensar!

—No se preocupe, le prometemos que mañana estamos, a esta hora, más o menos, en Toluca. Tenemos que hablar muy en serio con Jonás. Nosotros somos capaces de darle hasta una golpiza. No es posible que maltrate a la señora —dijo Anselmo.

—Agradezco su atención y les pido que hagan lo posible por ayudar a mi tía.

—¿Tienes en qué regresar?

—Sí, no se preocupen, me trajo el hijo de Alberto y me espera para volver a la casa de mi tía. Gracias y hasta mañana.

—Doña Gelso, ahí están los de San Felipe del Progreso.

—¿Ya los están atendiendo Pachita y María?

—Sí, ya fue don Jonasito a sacar su acordeón guinda. Están tomando de la botella del monito. No querían quedarse a comer los señores, pero la señora Lucrecia les aseguró que todo estaba bien y se quedaron a seguir platicando. Eso sí doña Gelso, ¿por qué le diría el señor más alto, que si él sabía que le volvía a tocar un solo pelo a la señora, se lo iba a llevar la chingada. Estaba furioso el señor y Jonasito estaba peor...

—¡Claro, tú sí puedes saber los estados de ánimo del Jonás...!

—¿Por qué dice eso, doña Gelso?

—Porque ya tienes aquí ocho años, ¿no crees que ya conoces a tus patrones, Bimbo?

—¡Claro, doña Gelso, ya sé de qué pata cojean!

Gelsomina guarda silencio y procura retirarse de la Bimbo, después de todo, esa mujer era una jovencita cuando empezó la relación con Jonás y posiblemente necesitaba el dinero. Esa tarde los clientes llovieron y como nunca y algunos pedidos extra, hicieron que no pudiera salir a saludar a sus amistades. Ellos entraron al amasijo y en voz baja le dijeron:

—Esperamos que esto no ocurra nuevamente, Gelsomina, le dejamos este teléfono de la oficina y con toda confianza puede usted llamar hasta las ocho de la noche. Después, si se le

ofrece algo, tiene usted el teléfono de la casa de mi mamá —le dijo Javier, entregando una tarjeta de presentación a Gelsomina.

La familia de la señora Anastasia cumplió su palabra. Hablaron con Jonás. Él aparentemente cumplió su ofrecimiento: no más golpes visibles. Tomó precauciones, como forrar aquella mano que servía para rascar la espalda y que él usaba para asestar repetidos golpes en la cabeza y cuerpo de su mujer. Los sirvientes se dieron cuenta y hacían todo lo posible por permanecer al lado de su patrona. Él, Jonás, hipócritamente fingía un cambio que estaba muy lejos de sentir. Hacía comprar todo aquello que sabía le gustaba a Lucrecia y solícito le servía o le acercaba a la cama lo que ella quisiera. La mesa de servicio era arreglada por él. Lo único que nunca colocó fue el dinero de las cuentas. Aparataba dos o trescientos y se los ofrecía como demostración de amor. Ella guardó silencio, no más quejas ante su santo dilecto. El temor hacía que la angustia marcara su semblante.

No es la primera vez que mis tíos se van a Atzimba. Algunas veces los acompañé. Es un lugar paradisiaco. El clima es muy agradable, sus aguas tibias, el aire despejado, poco antes de llegar al balneario, se vislumbran las albercas, amplias, de líquido verde cristalino; lugar tranquilo de vegetación abundante, todos los árboles que circundan las albercas están convertidos en centenar de figuras, se pueden ver los matorrales transformados en alegorías perfectas: Pato Donald, los sobrinos de Daisy, un molino de viento, don Quijote de la Mancha, la Cenicienta, un gran corazón, la carroza de Cenicienta tirada por los ratones, hartazgo de imágenes que remontan a tiempos idos, la niñez.

El silencio hace propicio el viaje para descanso físico y mental. Habitaciones sobrias, tranquilas, muy limpias, el paisaje espléndido, buena comida, amigos fraternales. Ahí conoció Jonás al director de la orquesta. Ellos algunas veces visitaron Toluca. Hicieron amenas las comidas y compartieron con nosotros sus sueños de triunfo. Nunca supe si lo lograron. El paseo había sido planeado para doce o quince días. Tardaron más de la cuenta. Un mes con veinte días. Lo raro no era el tiempo, sino el lugar. Ellos podían estar de viaje dos o tres meses, pero no en Atzimba. Tal vez lo que necesitaron fue seguir su tratamiento para su enfermedad oculta. Nunca supimos si consiguieron restablecerse. Regresaron hoscos, había poca comunicación entre

ellos. ¿El viaje? Nunca se supo nada sobre él. Jonás ya no hablaba ni con los panaderos, destilaba odio todo el día, quería hacerse odiar y lo lograba, se dedicó a tocar los acordeones todo el día, el blanco en las mañanas, el color caoba por las tardes. Yo no tenía queja de ataques personales, pero aumentó su mala información.

La recámara está en penumbras. Es la costumbre. Lucrecia sale del baño e inicia su transformación. Un poco de crema, faja de varillas y corpiño comprados en la Corsetería Francesa de México. Falda larga, encaje, brocado o lana, ropa importada, colores claros, tacón alto, medias de seda, tirantes color carne, bragas finas, modernas, algunas veces de color negro, todo dependiendo del color de la blusa o traje.

Pese a la penumbra, destaca la ropa de cama: sábanas de tela fina, colcha y cojines haciendo juego en colores y dibujos; carpetas bordadas, muebles amplios, guardarropa y cajonera. Todo muy limpio, alfombra a todo lo largo y ancho del piso. Dos imágenes, una en la cabecera de la cama y otra junto a la caja de seguridad. La virgen del Perpetuo Socorro, Jesús en la montaña, de hinojos, mirar profundo y una súplica a su padre.

La mujer ha terminado de vestirse. Se ha puesto algo de maquillaje. Lápiz labial de color oscuro, un poco de rubor. Se ha plantado ante el cuadro de Jesús. Los ojos de Lucrecia siempre han tenido un brillo intenso, pestañas rizadas, pelo corto, arreglado por la peinadora de la casa de las Arias... Empieza a rezar y termina con una súplica que se ha convertido en rutina. Algunas veces, cualquiera de nosotras llamada por ella misma, la encontramos con sus ruegos. Al principio sentimos temor, poco a poco nos fuimos acostumbrando. Había cumplido ochenta y

siete años. Ella pensaba que había vivido demasiado, así que mañana tras mañana repetía el mismo pregón:

—¡Señor, apiádate de mí! ¡Ayúdame a bien morir! He vivido mucho tiempo, he cometido errores, me arrepiento. ¡Ayúdame, señor! Has que llegue la muerte y al mismo tiempo tu indulto.

Jonás había dejado de tocar el acordeón, se llegó hasta donde estaba Lucrecia haciendo sus oraciones. Iba pálido, le temblaban las manos. Iracundo, se acercó y, tomándola de los brazos, la sacude con fuerza:

—¿Qué es lo que estás pidiendo? ¿Tú crees que esos cuadros te van a escuchar? Tu fe es grande pero, de una vez por todas, te recuerdo que ningún santo presta atención... ¡Yo sí te he escuchado y te prometo que pronto te voy a ayudar! Tus santos no te han hecho el menor aprecio, ya no les pidas nada, ¡rézame a mí, yo sí te voy a auxiliar y más pronto de lo que te imaginas! ¿Has entendido, Lucrecia?

María estaba en el comedor, el trecho no era muy grande y había oído todo, se fue escurriendo antes de que Jonás la viera. Se ocultó unos momentos en la cocina. Poco después nos enteramos. María esparció la noticia, y el llanto de Lucrecia afirmó lo dicho. Gelsomina se atrevió a preguntar y Lucrecia guardó silencio. A la insistencia de su sobrina fue capaz de jurar por Jesús en la montaña que aquellas huellas de golpes, moretones y demás eran producto de caídas, encontrones con las puertas. Juró que algunas veces perdía el equilibrio, que sentía mareos y que su marido siempre llegaba un poco después. Dijo que había ocasiones en que él, el Jonás, lloraba al verla sufrir.

—¿Está usted enferma? ¿Qué ha pasado, tía? Ayer la dejé a usted bien. ¿Comió usted algo que le prohibió el médico?

—No, Gelsomina, no sé qué tengo. Algo me duele pero no defino qué es exactamente. ¿Sabes que se han subido a la cama muchos animales? ¡Mira, se están trepando por mi ropa!

Jonás se acercó a Gelsomina y, olvidando aparentemente sus enojos anteriores, dijo con voz tranquila:

—Tu tía ya tiene mucho tiempo con esas visiones. No se explica el médico qué es lo que le pasa... ¿mmm?

—¿Cuál médico? —Gelsomina grita.

—El médico de China... ¿mmm? Y no grites que no somos iguales, mmm.

—¡Pero no estamos en China ni en Japón! ¿Qué medicamento le has dado?

—Ya eran las últimas cápsulas, no tenían nombre, además, Gelsomina, tú estás aquí para hacer solamente lo que nosotros ordenemos. Voy a llevar a la señora al sanatorio y te quedas encargada de cuidar la tahona ¿mmm?

—Y... ¿Por qué no se quedan los nuevos empleados y yo voy con mi tía?

—¡No, Gelsomina, tú te quedas a cuidar el negocio! ¿Verdad, mamacita, mmm?

—Sí, Gelsomina, quédate en el negocio, los nuevos no saben atender esto... De cualquier manera que, con estos empleados o sin ellos, lo dicho queda bien claro, la mitad del negocio tendrá que pasar a tus manos... ¿Lo recuerdas Jonás? —Lucrecia había cobrado un color cenizo. Su vientre subía y bajaba en espasmos dolorosos. Empezó una hemorragia por boca y ano.

—Sí, mamacita, lo tengo bien presente, mmm.

—Tía, ¿por qué no viene el médico?, no tiene usted que salir en ese estado para ir al sanatorio.

—Dice Jonás que ese lugar es el mejor, ahí podrán decirme de dónde vienen tantos animales. Tú no te preocupes, solamente me queda por preguntarte una cosa... ¿en verdad no sabes qué tengo? —su voz se había quebrado.

—No, no sé lo que usted tiene, pero es mejor que vengan los médicos. ¿A qué sanatorio la vas a llevar?

Gelsomina no puede reprimir más tiempo su angustia y, oprimiendo las manos de doña Lucrecia, le dice:

—Por favor exíjale usted a Jonás que vengan los médicos. ¿Por qué tiene que ser el Seguro Social? Usted puede pagar atención particular.

—Es mejor que no metas tu cuchara. No estás enterada, pero hace tiempo que solamente hay pérdidas en el negocio.

—Eso no puede ser. Recuerda que tengo las cuentas de los bancos y he preguntado, además, a los señores Escugart, Gómez y otros, el negocio está mejor que nunca. Las bodegas están a reventar. Hay bastante existencia de manteca, harina, granillo, mantequilla, aceite y hasta tambores de petróleo, ¿qué es lo que te propones? Todo eso alcanza para...

Jonás se acerca casi hasta tocar con su aliento a Gelsomina y le dice:

—Recuerda que de aquí vas a salir como Dios te echó al mundo, ve buscando la manera de cómo te vas a mantener, desgraciada, mmm.

—¿Cuándo entenderás que no me importa nada lo que deja mi tía? Es más, no lo deja porque sea yo su parienta, sino por los derechos de simple obrera...

Gelsomina queda en la tahona y doña Lucrecia sale para el Seguro Social. En cuanto pudieron cerrar la tahona, Gelsomina hace que Alberto la lleve a preguntar por la salud de su tía. Ahí estaban los nuevos empleados y Jonás. Se contaban chistes en la sala de espera. Una vez más, Gelsomina quiso pasar el tiempo con ella. Jonás, nuevamente, rechazó la oferta y exigió que la mujer regresara de inmediato al negocio. Cuatro horas después le hablaron por teléfono para avisarle que doña Lucrecia había muerto. ¿De qué? Nunca lo supo, ¿a qué hora? Las enfermeras de turno dijeron la hora exacta, nadie cuidaba de ella. Jonás y sus empleados salieron del sanatorio a las diez de la noche y se fueron a cenar a Caleta. Murió a las dos de la mañana, sola. Dicen que llamó a Gelsomina, María, Juana, Sofía. Todas permanecieron sordas y lejanas. Gelsomina haciéndose cargo de la tahona, María y Juana despedidas por lo de la salsa en los cristales del cuarto de servicio. Veinticuatro horas antes, Jonás había contraído matrimonio con doña Lucrecia. Se nombró heredero, único heredero. Sus nuevos empleados ahí junto a él, buitres con ropa de luto. En el primer descuido cometieron un fraude de ocho millones. Jonás hizo una demanda. Contrató dos o más abogados. No pudo recobrar el dinero. La tahona

seguía produciendo lo mismo. Alcanzó para muchas amantes de Jonás: la trabajadora manual, las hermanas de Chilpancingo, la vecina de enfrente, la mujer del sacerdote, hermana del traficante de drogas, la Jícama, la Bimbo, la hermana del Colorín, la mujer del callejón del Ratón. La cuenta puede ser más larga. La mala administración, el descuido por sus constantes borracheras. La soledad, pese al derroche, de su riqueza. Su muerte súbita, rodeado de sirvientes que no supieron qué hacer en los momentos de la agonía del Jonás. Hoy quedan restos de lo que fue la tahona. Despojos, mugre, olor putrefacto. No hay moscas, existe la misma puerta con entrada para camioneta. El mismo número 34 de la calle de las Víctimas.

Gelsomina llegó a la tahona a la misma hora de costumbre. Veinticuatro horas después de la muerte de su tía. Había sido enterrada el mismo día seis horas después. No había podido asistir al sepelio porque tenía que cuidar de la panadería.

Al entrar, saludó como siempre, nadie contestó. Una vez que hubo terminado la primera parte de su trabajo, salió Jonás y...

—Ten, es tu medio sueldo, porque hace un año que estás ganando eso. Lo de ayer creo que puede ser lo mismo porque mucho se te ha dado. Así que toma tus cincuenta pesos de ayer y los cincuenta de hoy. Te largas porque no puedo soportar por más tiempo tu presencia, mmm.

—¿Vas a entregarme lo que dijo mi tía?

—¿Entregarte qué, mmm?

—Sabes bien lo que ella tenía dispuesto para mí...

—Estás pendeja, Gelsomina, prefiero darle el dinero a los licenciados, pero a ti no te doy un centavo, ya te lo había dicho ayer, ¿acaso tienes tan mala memoria, mmm?

Gelsomina guardó silencio y siguió trabajando. Jonás lleno de ira arrojó, casi en el rostro, los dos billetes de cincuenta pesos. Gelsomina los dejó caer al piso y los recogió para agregarlos al cesto de la morralla.

—Entérate, Jonás, que voy a seguir trabajando hasta que yo quiera.

—Vete a la chingada, mmm.

Así pasó Gelsomina trabajando ocho días más. Su tía había cumplido doce días cuando la despidieron una y otra vez frente a sus compañeros de trabajo y la clientela. Tres veces fue la misma escena en público. Insultos y gritos para que abandonara el empleo. Tres veces más Gelsomina recorrió las calles de las Víctimas, siempre ahogando el llanto, pero volvía puntual a la tahona. Sonaba, como de costumbre en la iglesia cercana, el cuarto para las cuatro. Los nuevos empleados nunca llegaron a esa hora. Gelsomina tenía que regresar a la panadería, guardaba las llaves y no pensó regresarlas hasta ser despedida por tercera vez.

Había cursado el primer año de su licenciatura, tenía una ligera esperanza de obtener un título. Sus amigos los poetas le echaban porras. Sus maestros le facilitaban libros para poder hacer las tareas. Tenía más de cincuenta años, pero el arrojo de alguien mucho menor. Se habían marcado las huellas del tiempo, pero solamente en el exterior.

Llegó a trabajar todos los días a la misma hora de costumbre. Ese día, Jonás ya estaba en la tahona, con las libretas de notas y vales, una pluma de color negro que empuñaba como queriendo defenderse. Lucía pálido, iracundo.

—¿Qué es lo que te propones? ¿A qué vienes? He contratado a otras personas y no tardan en llegar...

Gelsomina empezó a contar la producción. Sentía el correr de las piezas del pan francés tibias, tersas. No le molestaban las aristas del pan dorado. No quería protestar interiormente por el sudor que corría por su espalda. No sentía el humo escocer sus ojos. Pese a todo lo que tenía que soportar, seguía serena, tranquila. Diez, quince, veinte mil piezas de pan rodando entre sus manos. Esperó paciente a que Jonás llegara a su límite de

control. Hubo de aguantar dos horas más. El hombre parecía bufar como una bestia. Gelsomina sentía la ola de rabia que brotaba del cuerpo del hombre. Siguió serena contando el pan. Hacía notas con sumo cuidado. Puso las libretas al corriente. Platicó con sus compañeros. No le importaba que Jonás siguiera con sus libros y su pluma de pie junto a ella.

El hombre, después de cuatro horas de ver a su empleada haciendo su trabajo, montó en cólera y con voz iracunda le gritó:

—¿Qué esperas que no te largas? ¡Te he dicho y lo repito una vez más, no tengas ni la más remota esperanza de recibir un méndigo quinto, vámonos a la chingada, mmm .

Las manos de Jonás temblaron. Gelsomina con calma se plantó frente a él.

—¿Estás seguro de que no quieres darme nada?

—¡No, ni un quinto y ya te puedes largar a la chingada, mmm!

—¡No, ahí no voy a ir, pero contesta una pregunta, ¿estás seguro de que no vas a entregarme lo que me corresponde? ¿Estás en lo dicho de que quieres que me vaya?

—Sí, ya te lo he dicho una y otra vez, lárgate, mmm.

—Bueno, recuerda que dije bien claro, hace algún tiempo, que a los ocho días de muerta mi tía, tú me ibas a despedir y a los quince yo te iba a demandar. He esperado con calma estos días, porque así me lo indicó el licenciado. Me has corrido tres veces ante todo el personal y la clientela. Hoy mismo serás demandado. Vas a gastar algo de lo que me dio mi tía en los licenciados. Estoy segura de que no me entregarás ni quinto, pero tengo que ver la manera de cobrar lo que me pertenece por treinta y ocho años de trabajo. Que Dios te perdone, Jonás.

Gelsomina atraviesa la calle de las Víctimas. ¿Cuántas veces había recorrido ese trecho? Hoy estaba segura de que dejaría de hacerlo. No más trabajo en la tahona, no más soportar a Jonás, a doña Lucrecia, el humo, olores acres, insultos, trabajo extenuante; no más sentir lástima por lo que no se había logrado. Muchos dirían que estaba a un paso de la vejez, hablarían de ridícula actitud, llegarían a decir que ya estaba a tiempo de ingresar a un asilo de ancianos. Estaba segura de que lo que ese día iniciaba era un paso a una nueva vida. Correr al encuentro de una recia lucha. Horas de trabajo, disciplina, confianza, frente en alto, paso firme, idea fija de olvidar el pasado. No soñar en cosas superfluas, no riquezas, ¿el pasado? ¡Eso era pasado! A luchar para obtener lo que no se pudo alcanzar a tiempo. Una sola meta, sin miedo, sin temor al fracaso. Alcanzar lo que se pueda, hacer una historia, un cuento, tal vez una novela sobre treinta y ocho años de trabajo en la tahona.

Noche fuera de casa

tunAstal, colección Pliego Personae 3, Toluca, 2000.

FÓRMULA DE AMOR

Amor, voy a regalarte los chiles en nogada que tanto te gustan. Como siempre te daré la receta. En especial prepararé los mejores chiles, los más grandes, verdes, los que tengan más relleno, estarán cubiertos con más salsa blanca, los cubriré con mucha granada cordelina, así como a ti te agradan y... aquí va la fórmula: chiles en nogada. Debo empezar la receta, estoy segura de que es una de las fórmulas más difíciles de preparar. Tal vez no sea la palabra adecuada, le acomoda mejor laboriosa. Tan fácil que sería hacer unos chiles pobres con queso, crema, frijoles, cebolla y veinte minutos al horno; chiles cubiertos con guacamole y henchidos de picadillo; chiles jarales llenos de atún y bañados con aceite de oliva, cebolla sofrita y orégano. Te quiero decir que los chiles en nogada capeados son una versión moderna porque la primera fórmula, modelo, regla o forma, decía bien claro que los chiles poblanos se hervían cinco minutos en agua de sal con un chorrito de vinagre. Esta fórmula fue preparada por las monjitas de un convento de Puebla, a la llegada del presidente de la república mexicana. Las religiosas deseaban halagar el paladar del mandatario con poco dinero y mucho ingenio, y presentaron los famosos chiles en nogada con los colores del lábaro patrio. Se dice que las religiosas tenían en el convento nogales, chiles y algunas cosas más, sólo se preocuparon por carne molida y almendras.

Algunas personas preparan estos chiles cubriéndolos con huevo muy bien batido, de cubrir el verde de los chiles se perdería uno de los colores de la insignia. Las monjas molieron la nuez fresca, recién cortada, con un poco de leche, pizca de nuez moscada, sal y azúcar para la pasta blanca. El rojo fue la granada cordelina desgranada.

Ahora podemos ver que se preparan estos chiles con nuez seca y el color blanco pierde nitidez y el sabor lechoso y rico del fruto recién cortado.

Para ser franca, la granada la uso solamente para el adorno y, sobre todo, cuando la preparo para ti, como voy a hacerlo ahora, porque para mí es molesto introducirse un bocado de picadillo y chile, suspender el saboreo al tratar de pescar con dientes y lengua las semillas blancas del fruto rojo.

Preparar el relleno es otro cuento, pero igual de difícil que arreglar los chiles; estos deben ser tostados de manera parejita, sin que se quemen para que al limpiarlos queden enteritos. Hacer un pequeño orificio, sacar con una cuchara semillas e impurezas, introducir, con una cuchara chica, la mezcla de almendras picadas, carne molida, perejil, pasas, trocitos de durazno, manzana, acitrón, piñones y si se me olvida algo, perdona, mejor dicho, perdone tu mujer. De lo que estoy segura de no olvidar es la crema no muy agria, una pizca de nuez moscada, un chorrito de leche; si la crema lo requiere, un poco de sal y un poquito de azúcar, y no te espantes, porque los franceses preparan su pasta de cacao con algo de sal para evitar sean empalagosos y no se puede negar que sus chocolates son exquisitos, para mi gusto, mucho mejor que el chocolate norteamericano que resulta cargante. En un principio pensé en regalarte chocolates, pero hasta en esto me gusta la originalidad. Recuerdo que un personaje de *Los bandidos de Río Frío* mezcló cacao con arsénico.

La primera vez que pude saborear este platillo fui retirando los granitos de la fruta, como si adivinara lo molesto que resulta detener la complacencia por separar las pequeñas semillas blancas. Mi madre había preparado el manjar y me llamó la atención: “¡Debes comer la granada, es parte de la mezcla de sabores, la granada resulta una delicia, lo agridulce le presta mejor sabor! Creo que tú sabrás explicar mejor que yo esto”.

Desde luego no le hice caso a mi madre y... comí la granada cuando hube terminado de saborear el alimento.

He comido muchísimas variantes de la receta original; la preparan con crema y queso doble crema, se ahorran algunas docenas de nueces, pero no puede ser tan exquisita la salsa como la ideada por las monjas de Puebla. Cuando hacen esto pienso y comparo esa receta adulterada con la nueva versión de Romeo y Julieta: personajes actualizados, una ciudad moderna, fuera espadas, ropa de época, fuera escalar el balcón de Julieta, olvidarse de los Montesco y Capuleto. Resulta algunas veces chocante la presentación de *Don Juan Tenorio* de Zorrilla convertido en dimes y diretes y que si conserva el ritmo y la rima, y, algunas veces, algo de la obra original, no deja de ser una parodia. Lo mismo me acontece con los chiles en nogada. Se cambian ingredientes en un dejo de soberbia. Es cierto que le damos al platillo un toque muy personal, pero se acaba con la exquisitez del manjar original, así que ¡cuidado! Procura usar la receta de las monjas hasta donde sea posible.

Desde luego que le voy a dar a esta receta un toque muy particular porque es para ti. He caminado todo Toluca para conseguir el ingrediente especial para lo que más he amado. El platillo lo vas a saborear, la receta no vas a poder leerla porque te la voy a mandar como las anteriores: por correo. No la vas a leer después porque tú ya no estarás más en tu casa. Lástima

que no te puedas enterar de que al fin encontré una manera perfecta de hacerte pagar tu perfidia.

LAS PRINCESAS

Las princesas de los cuentos siempre han sido muy felices. Tal vez algunas de ellas encontraron una bruja o un hada madrina que, envidiosa de su belleza y fortuna, las convirtiera en ranas, las hiciera dormir por cien años, hasta que un apuesto príncipe rompiera el hechizo con un beso.

En los cuentos todo se puede y las princesas con mayor razón. No sucede lo mismo en la vida real y tenemos como ejemplo algunas testas.

Aquella bella princesa que hizo pensar que su vida era cuento de hadas. Su belleza y dulzura hicieron que su pueblo la amara. Su boda fue un sueño en el que participó la realeza del viejo mundo. Ella era un portento de princesa. Todos pensamos que se haría realidad aquello de “se casaron, vivieron muchos años, fueron muy felices, tuvieron muchos hijos y reinaron su pueblo”. Esta princesa fue muy bella, pero no fue feliz ni reinó a su patria. Inglaterra la amó, no así el príncipe consorte.

La regla falla con las princesas de la vida real.

La princesa de Mónaco, otro caso en el que todo parecía un sueño, un cuento de hadas. La burguesita llegó al pequeño reino. Se dice que no fue feliz como aparentaba. Nadie sabe ni supo la causa de su muerte. No tuvo muchos hijos; su belleza, en parte, se perdió y se supone que nunca reinó a Mónaco.

Seguimos sacudiendo la historia y, en la vida de la realeza, descubrimos que algunas princesas han encontrado al ogro o el maleficio en el mismo príncipe consorte y podemos hablar de Ana Bolena, segunda mujer de Enrique VIII, acusada por el mismo rey. Ana Bolena perdió la cabeza en 1536.

María de Médicis es bella, pero solamente a través de los retratos que hizo de ella Rubens. El rey Enrique IV se enamoró de María por uno de ellos. Peter Paul Rubens, pintor famoso, maestro del arte barroco, hizo quince retratos de diferentes momentos de la vida de esta mujer.

La princesa había nacido fea y creyó encontrar en Rubens al príncipe que la hiciera bella. Pensó que el pintor haría romper el hechizo con su mágico pincel. Sí, María de Médicis ha pasado a la historia por los quince retratos logrados por el famoso pintor. María de Médicis nació y vivió fea. No se sabe de cierto, pero se intuye el desengaño del rey al ver burlada su confianza. El hombre creyó que el pintor había captado la belleza de María y contrajo matrimonio como se acostumbraba. La distancia hacía que se confiara en los embajadores. En algunas ocasiones, el matrimonio se efectuaba por poder y una vez que llegó la princesa, el pobre Enrique IV tuvo que aceptar a su consorte.

¡Pobre princesa! Tal vez soñó que el retrato se transformaría lentamente. Soñó que existía la transferencia de características y que al poco tiempo ella tendría la belleza del retrato y que éste captaría toda su fealdad. Soñó en una metamorfosis que no había logrado el amor. Su príncipe no pudo borrar el maleficio.

PERDIENDO PESO

Regalo de quince años, talla cuarenta. Traje para deportes, jardines, cancha de tenis, talla cuarenta y dos. Naturista, tratamiento reductor, especialista en dietas. Una lombriz. Trajes especiales. 16 años: fiestas, sillas incómodas, asientos extragrandes. Viaje a Europa, Estados Unidos, la misma talla. Ropa suelta, talla cuarenta y cuatro, cero novios, cero amigos. Comida escasa, comida vegetariana, cupido sin flechas, talla cuarenta y cuatro. Mucha agua, cero dulces, nada de pan. Tres enemigos: azúcar, harina y grasa. Calendario sin hojas, otro calendario desierto. Cupido con flechas, ella como blanco. Desesperanza, mal apetito; talla cuarenta y dos. Abulia, sueño, más agua, pereza, talla cuarenta. Tres veces al día la misma comida: sidral, agua simple. No fruta, no sopa, no helado, nada de carne. Pan tostado, talla treinta y ocho. Novio a la puerta. Traje de novia. Cupido disparó y dio en el blanco. Leche, pan, huevo, huevo, más sopa, euforia, dulces, más dulces, caldo con verdura, tacos fritos: talla cuarenta. Desaliento, tardes solitarias, noches en blanco. Pastillas para dormir, más pastillas, menos dulces, cero pan, nada de leche, ningún alimento. Agua, pura agua. Angustia, arcadas, más agua. Doble sueño, cama solitaria, sábanas frías. Pastillas para dormir, dos, tres, cuatro días: cinco semanas sin dormir. Talla once, muchas arcadas, más arcadas, nada de agua, un trago cada ocho horas, un trago de agua, una arcada. Talla diez, otro médico;

puros huesos, flaca, más flaca. La cama sola, las sábanas tendidas. Una veladora. Casa desierta. Mil recetas en el piso. Marido ausente. Cruz en el panteón. La lluvia, el aire, los pájaros cruzan el horizonte.

PIRI

Alto ventrudo de facciones toscas, vasto de hombros, brazos musculosos, manos grandes, blancas, dedos regordetes. Bigote alazán modelo aguacero. De rancio linaje por línea paterna, nacido de india tolocana. Vestido a la usanza, traje de paño color humo. Ancho sombrero de fieltro peinado; botas de piel haciendo juego con traje y sombrero galoneado. Camisa blanca de seda con alforzas y encaje, botonadura de plata, filigranas en forma de caracol. Viudo adinerado y, como si fuera poco, dueño de cincuenta y dos telares de rebozo, un amplio caserón, tierras de cultivo y fama de enamorado.

La vieja casona atiborrada de obreros, lo viejos reboceros de pies azulosos, uñas negras y talones agrietados. Olor de azufre que se extiende desde la piedra de azotar hasta los tornos de madera. Quince tinajas de tinta azul. Tinta negra, añil, rojo, verde. Mezclas y tramas que al entrecruzarse forman rebozos de múltiples colores. El clásico palomo, el habado, el negro de hilo brillante, el blanco. El listado, el café, el color humo con puntas de macramé, el rojo, el de china poblana.

—¡Pedro! Pedro, *el Cabezón*, ¿por qué carajos no contestas? ¿Estás nuevamente con tus pendejadas del nagual?

—No, señor, hablaba del azufre, del trono que se atora cuando el rebozo está muy húmedo.

—Deja que seque un poco más y paga a las mujeres que hacen el empuntado. Arregla las pacas, mañana salimos al tian-guis de Tenango.

—Oiga, patrón, ¿será cierto lo del nagual? Algunas veces no quiero creer, pero es tan real, es tan...

—¡Ya te dije que son cuentos! Puros cuentos, Pedro, lo mismo del nagual que de la Llorona. Dice el padre Paracuellos que todo eso es superchería.

Pedro arregla las pacas. La fajilla metálica sujeta las piezas. El patrón de Pedro permanece en el asiento de cuero, observa fijamente sus botas lustrosas, recorre su traje y se detiene en los botones de plata que van cambiando de color al reflejo del atado de rebozos. El sol acaricia cada prenda, el sol se detiene y salta, como queriendo sentir al tacto las prendas recién dobladas. La humedad de los rebozos y el sol aumentan constantemente el olor del azufre. Tinta de colores y pólvora.

—Oiga, patrón, ¿si se prenden los cohetones? Ya ni fiesta vamos a tener. Todo quedaría quemado. Los rebozos, los castillos, la casa y...

—Y tú también, pendejo, ¿cuándo dejarás de pensar en desastres?

—¡No se enoje, patrón! Lo que pasa es que me da miedo. Mire, con una chispita de algo se hace un infiernito, y como aquí, pos, hasta huele a Lucifer.

—Deja de pensar en tarugadas, termina tu trabajo, ve a comer y regresas en la noche. Aquí te duermes para salir mañana temprano. Si terminamos a tiempo, tal vez te lleve a la feria. Unos buenos tacos y pulque curado, ¿qué te parece?

—¿Lo del pulque?

—Todo, Pedro, todo, hasta el pan de piojo.

Pedro sale una vez atada la última paca. Don Piri queda unos minutos junto a la mesa, guarda varios tanates repletos de monedas y prepara unos talegos de lona con morralla, para el día del tianguis, cierra cajones, coloca el tintero de cristal en una de las esquinas del escritorio, el secante con hoja nueva de cartón absorbente, la pluma, el libro de cuentas, corre cerrojos y atraviesa el patio. La luz del sol ha desaparecido. Piri lleva un candelero; la vela parpadea, el aire parece jugar con la pequeña flama. En el piso se agiganta la sombra, se rompe, se fragmenta, se reanuda, se deforma, desaparece. Los pasos resuenan con leve rechinado. Cuich, cuich, cuich. Piri busca tras la piedra de azotar, las tinajas, la tina, los telares. Con parsimonia recorre cada uno de ellos. Cuarenta, cuarenta y cinco, hasta llegar a los cincuenta y dos. Cubre, con su mano tosca, la flama temblona de la vela. Entra al último departamento de la rebocería. Los restiradores, el hilo en formación a lo largo de los bastidores. A un lado las ruelas, las bobinas, lanzadras; quince ovillos de hilo blanco, algunos han quedado en regular formación, lucen como dientes. Dientes largos y afilados. Las ruelas y sus manijas quietas, desfallecientes de las mil vueltas que las manos de los operarios les hacen dar.

A distancia, desde la amplia puerta, los ovillos tienen apariencia de teclado, de risa, de cirios. Piri se asoma al oratorio, con su mano libre se santigua y sale agitando el sombrero, como si tratara de espantar algún pensamiento desagradable.

Han sonado las seis. Diciembre con su helada ventisca acarrea las sombras de la noche. Piri sale, introduce en el chaleco la llave de la entrada, taconeá en el empedrado y se pierde en el callejón del Ratón.

—Buenas noches, don Piri.

—Buenas noches, señora, ¿le acompaño?

—Adiós, don Piri, en otra ocasión será.

La bella mujer ríe y con cierta coquetería sacude su pelo negro. Niega lo que acepta con malicia y brillo de sus ojos.

—¡Ah qué la potranca! Te juro Vidal que me da atole con el dedo.

—¿Quién, don Piri?, ¿ahora quién?

—La vieja del callejón del Ratón; la veo desde hace tiempo, toda se me quiebra, la condenada quiere pelea, ¡quiere, Vidal! Quiere.

—Pues, ¿qué espera? Arránquese, don Piri.

Don Piri regresa algunas horas después. Paso inseguro, no más taconeo, de cualquier manera enfoca a la puerta de la casa gris, la casa de la mujer del callejón del Ratón. El aire silba, le azota el rostro dejando sensación de fuego. Don Piri respira agitado. Tiene el cuello y la cara de color amoratado. Se recarga en el portón y chifla. Espera largos minutos. Cabecea, despunta una pequeña siesta... Se despabila, siente decepción, la ingrata se hace la sorda a sus requerimientos. Emprende por la calle de las Víctimas, evita hasta la vista del callejón del Ratón.

Suenan las once en el reloj de palacio. El frío aleja los restos de alcohol y sueño. Recobra su andar saleroso y ríe al distinguir a Pedro, *el Cabezón*, sentado en el quicio de la puerta. Le ha reconocido por su pelo alborotado y una tilma vieja que se resiste a tirar.

—Pedro, así me gusta que me esperes, ¿tienes hambre?

—No, patrón, lo que tengo es sueño, ya se tardó usted.

—Son las diez, es temprano.

—Son las once, don Piri, usted dijo que temprano, estoy esperando desde las nueve.

—Me encontré a la vieja del callejón del Ratón, ¡entrona la vieja! Fui a chiflarle, pero no salió la condenada.

—¿Cuál vieja?

—La que vive frente a la casa de Pérez.

—¡Oiga! Ándese con cuidado, esa vieja le pela la mazorca a todo el que pasa por ahí.

—¡Qué más da, sólo quiero lo que quiero! Mi difunta me dejó. Para qué te digo cómo me dejó; no entenderías, Pedro, tú no entenderías.

—¿Qué le pasa, patrón? Recuerde que si lo espero como su perro es porque también soy viudo; acuérdesse, patrón, acuérdesse.

—Ten el catre, tiéndelo donde siempre, a las cuatro de la mañana te llamo para cargar las pacas del carro. Pablo viene a las cinco, tenemos tiempo de tomar algo.

Don Piri recorre con la vista el cuarto. Los pisos de ladrillo recién pintados. Ninguna gracia le hacen los colorines de pulquería; sin proponérselo, piensa en la mujer del callejón. Su falda planchada, larga hasta el huesito. Despunta el primer ronquido con la idea placentera de reconocer el misterio de la carne cobriza de la mujer en mente.

Pedro hace lo mismo, su respiración es más calmada, se cubre el rostro para evitar los olores que tanto le desagradan. Los castillos, los toritos, los cohetones que apenas dejan trecho para el catre. Pedro se acuesta vestido, lo único que asoma de la cobija son sus pies descalzos. Dedos delgados, talones azules, uñas largas y profundas grietas en los talones.

—¡Es hora, Pedro! ¡Pedro, ya es hora! Toma unos tragos de té y alísate esas greñas. Condenado guarín, nunca has aprendido a peinarte. Amárrate la cinta, cualquier cosa, pero no salgas con esas melenas, las tuvieras como la vieja del callejón del Ratón, pero ni tantito.

—¡Creo que le pegó, patrón!

—¡Me gusta la potranca como para amansarla! Se parece a mi difunta. Con ese pelo largo y negro, lustroso, ¡cómo le brilla! ¡Pero más le brillan los ojos, es... como si se ofreciera! Ay, vieja tan entrona y tan escurridiza.

—Ya, jefe, ya, ¿cuáles cargo primero?

—Los finos, Pedro, los de artisela, los blancos y los negros, los de hilaza.

Son las ocho de la noche, los viajeros llegan del tianguis. Don Piri saca la llave del saco. Vienen sin pacas y algo alegres. Pedro, con restos de pan en una bolsa de papel, le ofrece a su patrón. El hombre retira la bolsa un poco molesto, lo que no impide que le invite a pasar la noche en el catre, entre olores de cloro y pólvora. Entran en silencio. Piri guarda con llave el dinero de las ventas, asegura la puerta del despacho, sale al patio. Luna llena, todo es claridad, la única sombra es la del hombre. Pedro se ha ido a dormir. El viudo camina sigilosamente, evita el rechinado de sus zapatos. Se dirige a la calle. Su meta es el callejón del Ratón. Tal vez las copas, el pensar en la maldita india le ha llenado la sangre de fuego. India, repite y repite mientras camina.

Se acerca a la puerta gris y lanza un fuerte chiflido. Espera unos minutos y vuelve a chiflar. Ahora lo hace con tal fuerza que siente que el aire quiere saltar por sus oídos. Espera nuevamente, no tiene sueño. Todo empieza en su cabeza, ahí martillea y como plomo descende por la espina dorsal. Cómo desea hurgar entre la falda blanca y perderse en el fuego de su carne joven. Algunas veces el aire de la tarde, el sol de mediodía acarrea el olor de su pelo. No ha podido descifrar la fragancia que despidе su cuerpo. Piensa largamente, trata de recordar el perfume de...

Después de esperar tres horas, el viudo regresa de pésimo humor. Están sonando las once en el palacio. La calle tranquila,

solitaria. Algún trasnochador, el sereno a lo lejos, los pasos del hombre que, llegando a su casa, introduce la llave con furia. Abre el portón y regresa la hoja de madera con el tacón de la bota, cruza la sala donde los muebles de bejuco parecen burlarse de su fracaso. Se desploma en el sofá de brocado y trata de pegar los ojos.

Recuerda que ese era el lugar predilecto de su esposa, el lugar donde empezaron siempre sus noches de amor. Recuerda que ella solía decir: “Permítame, señor, una oración antes de ir a la cama”. Invariablemente se tardaba diez minutos, diez minutos, largas horas para su deseo incontenible.

Se despereza, sale al patio tratando de calmar el fuego que le atormenta.

—Piri, ven, Piri —siente que algo dentro de sí se agita. La voz le es conocida, pero cómo ha podido entrar. Corre y busca con la vista.

—¿Cómo ha entrado? —la toma del brazo, la sacude violentamente.

—No se moleste, don Piri, me dejó entrar Pedro. Le rogué tanto que se vio obligado a acceder.

La voz es nerviosa, el cuerpo de la mujer se perturba. Don Piri tiembla, la desea y ahí la tiene a su alcance. La toma de la mano, la guía al camastro de latón con rodapié de encaje, ella se resiste un poco, se deja besar y corresponde a los besos con furia, sujeta al hombre del saco, lo atrae contra sí. El viudo jadea, la mujer lo mira, mirada profunda, brillante, intensa. El varón siente entre sus dientes la lengua de la hembra, cálida, lanceta cálida que le hace daño.

—¡Espere! He olvidado algo.

—¡No, no has olvidado nada! ¡Regresa! Ven, quiero tener-te, quiero tus besos, te quiero a ti.

—Permítame, señor, una oración antes de ir a la cama.

—¡No corras, ven! Dime quién eres.

La mujer escapa y corre por el patio, se detiene entre las tinajas, el pelo alborotado, los ojos brillantes y una gran carcajada. El hombre empuña la pistola y dispara, mientras la mujer ríe y se desvanece entre borbollones de azufre y tinta roja.

NOCHE FUERA DE CASA

—¿Qué crees? Hoy cerca de las doce de la noche llegará la cigüeña con un nuevo escuinle, ¿quieres ir a la casa? Mis padres esperan con ansia y nosotros queremos descubrir el misterio de la pájara esa.

Carmela había guardado silencio y con su vocecita se atrevió a decir: “Mi papá no quería más cigüeñas, dice que todas las noches espera al ave con una escopeta y que algunas veces le ha disparado. Nosotros pensamos que sí alcanzó a pegarle porque mi hermano Rafael ya tiene cuatro años”.

—Nosotros —dijo Andrés— nos llevamos un año, yo, Lucio, Enrique, Carmela, Lolita, Carlos, Margarita, Julia, Raúl y el menor que va a ser mayor cuatro años que el que llega hoy en la noche.

—¿No quieres ir? —dijo Carmela.

—Vamos, vas a divertirte, veremos las caricaturas del *Excelsior* hasta muy tarde, escucharemos el programa de *El Monje Loco*.

—No, eso me da miedo, yo siempre le he temido a ese programa, el Monje Loco se ríe muy feo.

—No seas miedosa; el Monje Loco habla de muertos, pero nosotros podemos jugar hasta que llegue la mentada cigüeña —dijo Andrés.

Mis padres nunca habían aceptado que saliera sola de casa y menos que pasara la noche fuera de ella, pero fue tal la insistencia

del padre de mis amigos que a regañadientes permitieron que pasara la noche en casa de los Rodríguez.

Mi trato con los Rodríguez era puramente escolar. Algunas veces, como su casa estaba a unos pasos de la mía, tocaba hasta que salían con bigotes de café y migas o azúcar del pan devorado, para ir a la escuela. La relación de nuestros padres era estirada con dos o tres bautizos de por medio.

A las diez de la noche me vi enfundada en mi ropa de dormir y con un gran dilema, ¿qué cama me correspondía? No, no eran las camitas de los enanos de Blanca Nieves. Eran dos camas matrimoniales para diez personas. Por un momento pensé que Chicapiar y Nerón también dormirían con nosotros; además no estaba enterada que Sarita, la joven sirvienta, dormía con sus pequeños amos.

De un solo vistazo me di cuenta que todo lucía arrugado y, pese a la luz de dos grandes veladoras de aceite con crucetas de corcho, aquella penumbra infundía en mi ánimo algo de temor. No podía dormir. Aparte del natural aire viciado por once personas y dos perros, teníamos, entre las dos camas, una fila india de baces, algunos, los más, ya eran portadores de caca... de casi todos los habitantes de esa casa.

Me dieron las doce, la hora de las brujas, sentada en el estrecho lugar que me correspondía. Me di cuenta de que, entre el pelo alborotado de mis vecinos de cama, empezaron a deambular insectos. Les veía hacer malabares en las cejas, en el pelo alborotado de aquellos chiquillos a los que siempre había visto engomados para ir a la escuela. Mi pelo era una mata abundante y larga, así que no pasarían veinte minutos para que los animales empezaran a escalar por mis trenzas. Sentía paralizados los brazos al grado que no podía sostener mi pelo sobre la cabeza. Fui escurriendo mi cuerpo de aquellos cuerpecitos dormidos.

Quedé con una pierna sobre la cama y otra fuera de ella. No tocaba el suelo, no sentía frío. El aire, si es que lo había, podía cortarse con un cuchillo. Cerré los ojos, hice oración a los santos que con mirada fija e impasible me observaban. Dirigí la vista al lugar exacto de las veladoras y como si se tratara de una pesadilla pude ver que dos franjas rojinegras se desprendían del chisporroteo de las lámparas. Era una cauda que se bifurcaba entre tres o cuatro líneas. Aquella especie de sangre descendía hasta media pared. No tardarían en alcanzar la orilla de la cama. Por un momento pensé en el padre de mis amigos que, desesperado por el número de hijos, había alcanzado a herir a la cigüeña. ¡Aquella mancha rojinegra era la sangre del animal! Mi temor hizo que pensara en un desastre mayor; tal vez el impacto del balazo, el pequeño que colgaba de su largo pico había sido lastimado también. No pude más. Empecé a llorar, primero casi en silencio y poco a poco subí el volumen con la desesperación de ser escuchada.

El padre de mis amigos salió precipitadamente de su recámara y furioso dijo:

—¿Qué quieres, niña? ¡No puedo atenderte en este momento! ¡Guarda silencio, muchacha imprudente!

—¡No quiero estar más aquí! ¡Me voy a mi casa, usted ya mató a la cigüeña y al niño! No soporto la sangre que escurre por las paredes.

El padre de aquel manojito de niños encendió la luz y, como una cauda de tela elástica, aquella masa empezó a recogerse con la misma calma con que minutos antes se extendió en las paredes.

—¡Niña, niña, no es sangre, son unos animalitos que bajan a comer en las noches! ¡Son chinches, niña!

El señor Rodríguez me tomó del brazo, zarandeó mi cuerpo, recogió rápidamente mis pertenencias y en cinco minutos estaba en mi casa y... frente al juez. Mi madre me dirigió una mirada que hasta la fecha no he podido interpretar. No me dejó entrar a su casa hasta desparasitarme. Con coraje me dio un baño. Hacía frío, el corredor tenía cancelas de vidrio, pero el invierno en Toluca era crudo. Después de aquel baño me permitió pasar a mi recámara, con el pelo mojado, sin ropa y sin ningún deseo de salir al mundo y conocer a la cigüeña.

MEDUSA

Medusa, hija de Forcis y Ceto, hermana de Esteno y Euríale, única mortal de las tres gorgonas sobre la que existen dos versiones: una griega y la otra, posiblemente, romana.

En la primera explicación se asegura que Medusa era exquisitamente bella. Esta idea parte de la seguridad de que los griegos, hasta poco antes de la época helénica, amaban la belleza, la estética humana, y que para evitar facciones deformes tallaban sus esculturas sin ningún rasgo de sentimiento. El dolor, la pena, la alegría tienden a marcar el rostro con un dejo de despreocupación. Los griegos tallaban sus esculturas impasibles, serenas, sin importar el esfuerzo de los músculos del cuerpo. Así el rostro no perdía su soberana belleza.

Medusa se vio atacada del mismo febril deseo de Narciso, hijo del río Cefirso y de la ninfa Líriope. La gorgona no perdía oportunidad de admirarse en cualquier superficie que reflejara su belleza. Medusa recurría a las aguas tranquilas de los lagos, a las espadas, escudos pulidos o lo que primero llegara a sus manos y pudiera reverberar su figura: grácil, de pelo ondulado y largo, senos y brazos mórbidos, cuello de cisne, ojos enmarcados con sedas oscuras.

Medusa superó a Narciso porque mientras éste se enamoró de su estampa y vivía en su contemplación, ella repetía en su éx-

tasis que la más bella de las diosas del Olimpo, aún más hermosa que Atenea, era ella.

Las mujeres y hombres que poblaban la morada de los dioses tenían los mismos sentimientos que cualquier mortal. Sentían envidia, odio, amor, desesperanza, hambre, soledad, dicha, cuantos sentimientos existen en un pobre campesino, tantos albergaba un dios del Olimpo.

Según la mitología griega había dioses con mayor o menor poder, que según circunstancias y temperamento utilizaban para bien o mal, para sí mismos o para sus congéneres o simples mortales.

Medusa tenía menos poder que otras diosas, pero más soberbia. Se sabía hermosa y lo pregonaba a toda hora. Las alabanzas a su propia excelencia llegaron a oídos de Atenea, la que se ensañó con el castigo. Medusa era soberbia, pero Atenea fue implacable. Lanzó sobre la gorgona una maldición que sobrepasaba la culpa. Sí, Medusa había molestado con el pregón de que era la más bella del Olimpo, pero Atenea volcó su odio y envidia. El castigo resultó más maldito que la misma falta. Atenea condenó a Medusa a perder su belleza, la arrojó del Olimpo convirtiéndola en mortal y, no satisfecha con eso, transformó su cauda de pelo en un nido de serpientes.

Una mañana, después de la maldición proferida, Medusa despertó con un extraño desasosiego. Dejó a sus hermanas durmiendo, abandonó las mantas de lino, corrió al lago del bosque hasta llegar a la orilla de las tranquilas aguas y, dejando a sus pies el manto, penetró poco a poco al agua. Esperó hasta que el líquido se transformara en una superficie bruñida y, como en otras múltiples ocasiones, miró en el agua. Vio su rostro reflejado y, haciendo marco, el pelo alborotado. Trató de aplacar ese ramaje que furioso se revolvía sobre su cara. Medusa gritó de

pánico, quería escombrar su cabeza de alimañas, pero la lucha era en vano, entre más serpientes arrancaba, más se erguían y retorcían lascivas ante el dolor de Medusa.

Como escarmiento hubiera sido suficiente arrojarla del Olimpo. Hacerla mortal era una expiación dura. Llenar su testa de serpientes y arrebatarle su belleza sobrepasaba la maldad. Atenea hizo de las manos de Medusa unas garras con uñas de bronce, le puso alas con plumas de oro, colmillos de marfil que afeaban su rostro. El cuerpo mofletudo parecía un lagarto.

La saña de Atenea llegó hasta lo indecible: Medusa convertiría en mármol todo cuanto contemplara.

Los dioses algunas veces se ensañan con los mortales o con los que, como Medusa, no tenían más poder que su inmortalidad y su belleza. Cabe recordar a Midas, un rey muerto de hambre, de sed, solitario en ese castillo de oro, desamparado y transformando en duro metal, lo más amado por él. Lo mismo pasó a Medusa, que empezó a vagar solitaria. De frágil se transformó en una masa oscura y truculenta. Nunca más un mortal o un dios acarició su pelo, nunca más alguien deseó besar su boca. Tal vez si, como en algunos cuentos, con un beso se rompiera el hechizo, la Medusa se habría salvado, pero Atenea reforzó la condena. Medusa convertiría a cualquiera que la mirara en estatua de mármol.

La gorgona infringió las reglas y hubo de pagar; su soledad fue eterna, jamás volvió a mirarse en la pulida superficie del lago o en la tallada cara de una pieza de metal.

La gorgona deambuló llena de pánico por vericuetos ocultos. Su rostro se fue surcando con las huellas del dolor y algo de arrepentimiento al principio. Poco a poco la dureza del odio acrecentó su fealdad.

Medusa huyó a un lugar apartado en unas playas de Atenas. Donde permanecía tirada sobre la arena, odiada y odiando su repugnante figura.

Perseo fue convencido por el rey Polidectes a conquistar la cabeza de Medusa, la cual sería regalada a Hipodamo en muestra del amor del rey. Perseo era conocido como un dios de pies y testa alada. El joven no ignoraba que la gorgona, al mirarlo con sus pupilas, aun muertas, lo convertiría en una bella pieza de mármol.

El rey Polidectes había tramado la conquista de la cabeza de Medusa para deshacerse del joven Perseo. Mercurio fue en ayuda de Perseo que lloraba por la difícil tarea encomendada. Después de algunas palabras, Mercurio convenció a Perseo de buscar unas hechiceras y hacer que la tarea de conquistar la cabeza de Medusa fuera posible y menos peligrosa. Mercurio cambió la daga de Perseo por una de corto alcance, convenciéndolo de que era más efectivo el tajo. Los dos ya sabían que el peligro era inminente y que, con una sola mirada de la gorgona, Perseo quedaría convertido en piedra.

Se dieron a la tarea de buscar unas hechiceras y Perseo les robó el único ojo del que se valían las mujeres para ver el mundo y cuidarse de los peligros. Perseo guardó el ojo y fueron a buscar unas bellas brujas para convencerlas de que les entregaran un talego encantado que no permitiría ser traspasado por las miradas de Medusa.

Armado con estos talismanes, Perseo logró decapitar a la Medusa y rápidamente ocultó en el saco hechizado el nido de serpientes de la gorgona. Regresó al reino de Polidectes para entregar la otrora bella cabeza de Medusa. Al principio se negó a sacarla del talego. Perseo, ante la insistencia del rey, ante la orden autoritaria de su soberano, extrajo la testa de Medusa y

la mostró al rey, consejeros y súbditos. En el mismo instante en que presentó a la gorgona, todos los presentes se convirtieron en estatuas de piedra. Perseo ocultó inmediatamente a Medusa en el costal encantado y dicen que ahí permaneció durante años hasta que, desaparecida Atenea y roto el encanto, algunos escultores griegos, después de la aparición de los helenos, pudieron pulir en mármol la fealdad de Medusa.

LA CHANCLA

Cuando se inventó el calzado se consiguió hacer del hombre un andarín. Logró recorrer leguas sin sentir los desniveles del piso intrincado. Desde luego, otras cosas hicieron posible su comodidad. Las piedras fueron transformadas en superficies planas, se trillaron caminos; de cualquier manera el calzado fue una bendición. Hay de zapatos a zapatos; encontramos el zapato común, zapatón, chancla, babucha, chancleta, que, sin saber por qué, se llama también así a una mujer recién nacida.

La chancleta es una chinela sin talón que se usa dentro de la casa. Como la chancleta, se usa también la babucha y cuenta con algunas diferencias, como su ligereza, no tiene ni tacón ni talón. En México es un zapato de pala alta, cerrado con un cordón.

Las babuchas nos llevan mentalmente a gente de la tercera o cuarta edad: pies llenos de callos, uñas que se han deformado o que indiscretas, y por su mismo tamaño, se asoman injuriosas por los socavones de la babucha. Es el único zapato que permite caminar a los juanetudos, a los que por reuma o descuido terminan caminando como *geisha* con paso corto y escondiendo el pie. Ellas, las *geishas*, por costumbres ancestrales, la idea de que pie chico cuna grande. Desde luego esa idea ha pasado a la historia, la mujer del imperio del sol naciente luce actualmente su pie al natural.

La tragedia de Madama Butterfly al perder a su almirante que le arrebató la calma, aunada al tormento de sus minúsculos zapatos, la orilló al haraquiri. El dolor hizo que aumentara el deseo de escapar de la vida. Tanto dolor me hace recordar el zapato de hierro que usó la inquisición. Apretar hasta hacer polvo el pie torturado.

Hablemos de zapatos, no importa que sean de tela o piel de la que ustedes se puedan imaginar, hasta de la prominente o escuálida nalga de algún prisionero de los nazis. Si digo esto es por cuanto se supo en la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes hacían artículos muy sofisticados de piel humana; eso no impedía que al calor del mediodía se colgara. La tela, tal vez, protestaba ante la injuria.

El zapato fue una de las mejores ideas logradas por el hombre. Lo inventaron en la edad de piedra y los primeros fueron pedazos de cuero atados con tiras de la misma piel. Después, como todo, se perfeccionaron hasta lograr comodidad, belleza, elegancia.

El hombre puede distinguirse por sus zapatos, podemos identificarlo por su aspecto, clase y pulcritud. Por un par de zapatos podríamos saber quién es el portador. Las chanclas pertenecen a la pobre clase media baja. Chanclas que lucen aplastadas en la parte de atrás. El uso constante, el maltrato, la falta de otro par de zapatos para no fregar al máximo el único que se posee, refleja a una pobre vieja o viejo, es lo mismo, de cualquier manera carecen de dinero, trabajo o alguien que les surta de un nuevo par.

Dicen, y dicen bien, que en empedrados se rompen botas y en gustos géneros. Desde luego les doy la razón a los que quieren romper los zapatos y hasta la madre si alguien se deja, pero me gusta más el dicho que reza, si mal no recuerdo, “te quiero

más que a mis zapatos viejos”. Encierra una gran verdad en cuanto a comodidad se trata. ¿Qué puede ser más cómodo que un marido viejo? Perdón, quise decir, que un par de zapatos viejos, ¡y por qué no también el marido! Conocemos sus mañas, ¿tendrá defectos? ¿Habrà alguno que carezca de ellos?, ¿del marido? No, de los zapatos, que si bien son cómodos cuando los hemos amansado, solamente serán confortables cuando hayamos pasado de una ligera molestia en el dedo gordo a causa del roce con la piel no muy fina del zapato o por estar demasiado justo, hasta una ampolla en el talón, ¿tendón de Aquiles? Eso exactamente, el tendón de Aquiles por el que he visto más de cien mujeres con el resultado de unos zapatos nuevos o demasiado ajustados y que a los pocos minutos de caminar o de estar sentadas cómodamente, el pie hinchado y, si tuviera a bien descalzarse, será casi imposible volver a usar, en ese momento, los zapatos. Resulta cómico verlas con las zapatillas en la mano y exquisitamente vestidas. Desde luego eso era, hace años, muy censurado, pero ahora solamente causa una sonrisa por el contraste de la elegancia y la falta de calzado.

La chancla es también llamada chinela y suele usarse por personas de cierto nivel social. Algunos de raquítica fortuna las usan porque las consiguieron de segunda mano en perfectas condiciones, un par de brillantes chancletas haciendo juego con una bata. Los dueños originales de estas prendas, algún artista de fama, torero, licenciado de renombre o político, las desechan al poco tiempo como algo que no sirve o ha pasado de moda. Se pueden conseguir a buen precio. Recuerdo a S. S. que compró una bata de seda y las chinelas forradas de la misma tela. Lucían espléndidas en confort y belleza. Mi conocido se jactaba de que había conseguido esas prendas en cien pesos y las lucía con aplomo convencido de haber logrado una ganga.

Las molestias que provoca un zapato antes de poder llamarlo viejo, justo de la misma manera como llamamos al cónyuge cuando se han pasado problemas económicos, son como los desacuerdos por ideas completamente divergentes, por quítame estas pajas, por cambios hormonales que asaltan cuando se les pega la gana o cuando la fortuna no está de nuestra parte y se desploma el mecanismo que nos hizo sentir que el logro de esa conjunción era perfecta. Y hablando de zapatos con dueños tan distantes en épocas, estilos, estratos sociales, lugares ficticios y dimensiones, no puedo dejar de mencionar las zapatillas rojas, la famosa zapatilla de cristal de Cenicienta, las sandalias del pescador, las Siete Leguas, el Gato con Botas y... que la chancla que yo tiro, no la vuelvo a levantar.

LA CIUDAD DE BRUJAS

En la ciudad de Brujas, un pueblo flamenco brillante y próspero por el desarrollo del tráfico marítimo que unió la zona del Báltico con la del Mediterráneo, vivía una joven marquesa. La dama era pobre pero había intentado resarcir su peculio por medio de la industria textil. Carmen sentía que su título nobiliario era una carga para enfrentarse al trabajo de elaborar lienzos de fina tersura, con lo que podría lograr el incremento de su capital, el que había sido menguado por la vida licenciosa de sus antepasados.

Carmen era hermosa, había en su porte rastros de su cuna noble. Algunos caballeros la cortejaban y Carmen, a sabiendas de que tenía que entregar una fuerte dote, prefería vivir en su deteriorado marquesado. Algunas tardes soleadas caminaba por las orillas de la ciudad; no le importaba andar por esos lugares destinados a los judíos. El desprecio de los cristianos había obligado a los judíos a vivir muy separados de ellos y con vestimentas que los distinguiera, y no habían podido evitar que le llamaran a esas zonas juderías o guetos.

Carmen hacía un paseo diariamente. La dama de compañía le había advertido, algunas veces, que evitara ese recorrido. Carmen, insistente, afirmaba que, pese a las corrientes de aire maloliente por la falta de cloacas y basureros, ella se sentía feliz de caminar por los guetos. Parecía cobrar belleza al hacer su

recorrido. Sus mejillas se coloreaban al caminar por las juderías. Algunas veces se detenía con el pretexto de cambiar o saber el precio de alguna moneda. No faltaba un solo día a su paseo. Inventó que le habían dado una moneda con los bordes limados para restar un poco el oro de que está acuñada. En esa época cada quien hacía sus monedas, las que Carmen guardaba habían pertenecido a una noble dama que había pagado por un lienzo tejido en los telares de la bella mujer.

El corazón de Carmen se había quedado prisionero en el banco de un usurero y, si eso fuera poco, de nacimiento judío. Carmen no tenía más pensamiento que aquel hombre de cejas pobladas, ojos bellos y mirar tranquilo. Algunas veces sus pupilas se encontraron. Una mirada había bastado para acercar a los jóvenes. El judío era discreto, no así Carmen, que insistía en su paseo diario para mirar de cerca al hombre. Él no podía abandonar su gueto, así que ella, día con día, se llegaba al banco con algún pretexto. Hoy una moneda rara de algún señor rey. Además, Carmen tenía que aceptar cualquier moneda en su negocio.

Primero fueron las miradas, después suspiros y, llegando al colmo del atrevimiento, Carmen dejó que el judío le tocara la mano. Se hizo molesta la presencia de su dama de compañía, así que inventó cualquier pretexto y atravesó, desde aquel día, las calles estrechas donde los edificios con dos o tres pisos apeñuscados hacían lóbregos y tortuosos los caminos.

Carmen no reparó en creencias, el judío olvidó a su dios y se entregaron todas las tardes a un amor ilícito. Regresaba a su deteriorado marquesado, brillantes los ojos, las mejillas púrpura, la fe mancillada y el honor perdido. Carmen y el judío tendrían que huir. El paso de la mujer se hizo lento. El banquero lucía cansado, tal vez era el resultado de su audacia.

Un día Carmen salió de su marquesado más bella que nunca, su salero y donaire parecían gritar su dicha; el banquero frente a su puerta aguardaba vestido de gala. Había dejado el uniforme que se exigía usar a los judíos para distinguirlos de los cristianos. Desaparecieron tras la puerta de la casa del judío, el banco quedó abandonado en el lugar de costumbre.

¡Habían huido! Nunca les vieron salir de la casa del hombre, nunca más se supo de Carmen.

Los olores se confundieron, las cloacas y el hedor de muerte fueron piadosos y al mezclarse ocultaron su fatal decisión.

LA OUIJA

Mi cumpleaños siempre me ha parecido el día más bello del año. Me agrada desatar los moños de los regalos, despegar los remates del arreglo, abrir las cajas, estuches, bolsas o simples papeles de fantasía que ocultan a la mirada lo comprado para mí. Algunas veces me asombra el obsequio; otras, el regalo me complace de manera infinita. He podido observar a la gente, me transforma con sus presentes: él pensó que soy golosa y me atiborra de golosinas que van de caramelos de colores hasta mil formas de galletas. Recuerdo el ramo que me regalaron en un cumpleaños reciente: un gran ramo de rosas, claveles y flores aves del paraíso, un paraíso convertido, al poco tiempo, en un ramo de hojas secas que soltaron basura sobre la alfombra y llenaron de polen la mesita de centro. Aquellas pañoletas que nunca pude usar porque su color aguacate no contrastaba con mi tez de mulata. Aquellas medias blancas que me hicieron ver como don Juan Tenorio de barriada; me alegré el día en que las medias se degollaron a la altura de mis rodillas.

Algunos presentes los guardo en el ropero o los regalo. Otros los tiro, como aquella caja que encerraba una ouija, una tabla de cartón comprimido, madera o qué sé yo. No quise conservarla porque recordé a una vieja tía a quien la tabla le había vaticinado una pérdida terrible que habría sido mejor no haber nacido. Recuerdo que al desatar los listones de la caja quedé

frente a un objeto no más grande que media parte de una mesa de servicio, un pequeño triángulo del mismo material.

Al momento que descubrí el objeto, lo introduje nuevamente en su envoltura y lo arrojé al cubo de basura.

Me sentí liberada de un gran peso. El deshacerme de la tablita me quitó preocupación. A los pocos días había olvidado el incidente. La vida corría normal: ajeteo, estudios, trabajo en casa ayudando a mi madre y haciendo las tareas con mi hermanito. ¡Cómo quiero a mi hermano! Su carita de labios carnosos y ojos saltones me llenan de orgullo. Es estudioso, inteligente, ¡lo amo simplemente! Lo amo tanto que cuando lo encontré en la mesa de estudio, con la ouija, sentí que el piso se hundía a mis pies. Traté de arrebatarse la mesa y él, con la mirada atónita, entregó, sin protestar, la tabla. Cerca de la casa corría un tranquilo río, mientras me dirigía a él no dejaba de calentar mi cabeza con una idea, ¿quién regresó la ouija?

De cualquier manera la até con una cuerda, la cubrí de periódicos y dejé que el agua se la llevara en su corriente. De nuevo sentí esa sensación de alivio.

Mis llegadas a casa siempre fueron marcadas por una disciplina firme, mi hermano y yo estábamos tan acostumbrados que el día que no lo encontré frente a la mesa de estudio, sentí miedo por él. De seguro estaba enfermo y me dirigí sin pérdida de tiempo a su cuarto. Mi extrañeza iba en aumento, mi hermano, según la línea de luz que se veía por la hendidura de la puerta, estaba ahí en su habitación, ¡estaba ahí, pero encerrado a piedra y lodo! Lo llamé varias ocasiones y después de unos minutos salió con los ojos hinchados y un tanto enrojecidos.

—¿Qué tienes?

—¡Dormía!

—Me alarmé, creí que estabas enfermo.

—Algo hay de eso, sentí sueño y cansancio.

Después de ese hecho, sus escapadas a dormir fueron más y más frecuentes. Decidí avisar a mis padres, los que prometieron investigar la causa.

Algunas semanas más tarde mi madre me dijo, un poco misteriosa, que mi hermanito estaba pasando por una racha de insomnio.

—¿Insomnio?, ¿a esta edad?

Mi madre guardó silencio y dejó el problema en mis manos. Pasé algunas noches en vigilia. Veía a mi hermano desmejorarse, empecé a creer que tenía un vicio. No sabía a ciencia cierta cuál era el motivo de su menoscabo. Dos círculos violáceos rodeaban sus ojos, su nariz chata se afilaba, la carita morena había tomado un tinte que hacía ver su boca despintada y grande. Sentí pena por él; pero en ningún momento quise investigar, a la fuerza, cuál era su problema. Algunas veces pensé que inhalaba tóxicos, otras imaginé que exageraba en su manoseo nocturno. Las más de las veces quise figurar una solitaria enroskada en sus intestinos, de no menos de doce metros, larga y fea como tallarín mal condimentado. Así me pasé un tiempo. Un tiempo eterno y angustioso.

Una noche, no soportando más mi angustia, abrí de un golpe la puerta y lo encontré enajenado, corriendo su mano y su mente sobre la ouija. Alguien, no sé quién, escribía sobre un lienzo palabras que iban formando sentencias. Mi hermano lucía algo satánico en su mirada. El terror me hizo enmudecer; salí corriendo hasta la iglesia más próxima y regresé a la casa con el hombre de la sotana negra. Mi hermano, otrora de facciones agradables, causaba espanto a cualquiera. De manera nerviosa arañaba su cara y al mismo tiempo tiraba de una cuerda

ceñida de su cuello. De la punta de la ouija una pluma parecía escribir al viento.

—¡Al fuego! ¡Al fuego! —gritó el sacerdote y se consumió la tabla en impetuoso crepitar que parecía decir: ouija, ouija, ouija.

EL MITO DEL SIGLO XX

Sí, aquí permaneceré, pegado a este hombre, un hombre que soñó con ser el amo del mundo, soñó que su sangre y la sangre de su pueblo eran de una raza superior.

Tenía tal importancia para él esa idea que impulsó la natalidad sin mezcla de clases o razas. Puso una gran fábrica de muñecos de material excelente, sin tomar en cuenta nimiedades como: individualidad, idealismos, sentimientos, y menos contó el amor. Tenía don de convencimiento. Era tan fuerte su voz que se dejó escuchar por más de 30,632,000 coterráneos. Doblegó al proletariado, asesinó a sus primeros colaboradores, sin importar que algunos de ellos habían sido sus amigos.

Yo asistí a todos los sucesos de su vida. Me hice presente en su pubertad. Asistí a sus triunfos, su lucha por conseguir esa ambición, que para muchos era lo justo, necesario y máxima importancia para su pueblo.

Pude ver su dominio y su derrota, nunca logré separarme de él, fui su gran signo distintivo, más fuerte que el uniforme que portaba, más débil que su odio hacia la raza que no tenía más culpa, en ese tiempo, que la de poder acumular dinero, por esa que desde la Edad Media, o antes, pudo sembrar el árbol de la fortuna, los primeros banqueros.

Asistí a su negativa para apoderarse del gobierno de su país por la fuerza, pero aniquiló la vida privada de la familia,

sindicatos, partidos y religiones. Intervino en la existencia de cada individuo mediante una red de organizaciones dictatoriales.

Él fue el mito del siglo xx. Una dictadura que proyectó terror y agresión. Fui testigo de su mayor deseo: ver habitado su pueblo por una raza superior; él, que descendía de la raza que más odiaba, pese a que siempre lo negó.

Noventa mil hombres con sus mismos ideales le prestaron juramento de fidelidad personal.

Ya era canciller del reich y ahí estuve presente: alineado, hirsuto y negro; ahí permanecí cuando logró convencer a los industriales para que le proporcionaran medios para vencer las crisis; cuando logró dotar al reich del gran ejército: setenta divisiones de infantería, quince divisiones acorazadas y motorizadas, y dos mil trescientos aviones. El ejército contrario no pudo hacer nada ante aquella terrible maquinaria bélica y dejaron de existir como nación.

Fui testigo de sus campos de concentración que ya existían en 1934 y para 1944 tenían una cantidad de reclusos que se había elevado a setecientos once mil. Esos campos, recuerdo, fueron lugares de trabajo extenuante, de investigaciones fatales para los prisioneros, de eliminación sistemática, cuatro millones de muertes, en su mayoría, de la raza odiada. No por mí, porque nunca tuve más poder que hacer que se distinguiera entre millones.

Solamente hubo uno que trató o, para su desgracia, se parecía a él. Charles Chaplin había nacido el mismo año en 1889. Chaplin sobrevivió hasta el 77 y perdura su recuerdo con obras que no pueden ser coincidencia: *El gran dictador*. En esta obra asume su saludo y parece que estoy sobre su labio superior.

Una gran mosca en movimiento. Cada orden, cada saludo, cada una de sus palabras parecía que yo las remarcaba. Le di

aspecto fiero a su rostro; fui quien no perdió color cuando decidió cortar su existencia el 30 de abril de 1945. Al lado de Eva Braun, yacía inerte y descolorido; algunos de sus leales servidores también quedaron ahí, pero no como yo, eterno pegote desde poco tiempo después de la pubertad.

Charles Chaplin lo imitó y quiso dar a su rostro la misma fuerza, el mismo dominio, pero sus ojos le delataban, no tenía la mirada de acero y, a mí, nunca me pudo igualar la mosca de Charlot. Era de menor tamaño, menos negro e hirsuto.

LA CONVERSACIÓN

Encontrar a un conservador agradable ha sido imposible o casi imposible. Son pocas las ocasiones en que se puede uno enfrascar en una verdadera conversación. O te quedas con un simple monólogo o puedes decir, de vez en cuando, un idiota sí, claro, exactamente. Todo esto ante una catarata, un aluvión de conocimientos. Tu interlocutor, mejor dicho tu informador, no puede perder en ningún momento su verborrea fluida, interesante, capaz y no te queda más que contestar con monosílabos esperando el momento para dar algunas opiniones que saltan a tu mente y ahí se quedan debido al chapuzón de referencias.

Cuando el conversador o informador es divertido, versado, tu silencio no es ningún sacrificio. Tal vez de todo lo que escuches podrás asimilar uno, dos, tres, o cuatro por ciento. Te retiras del conferencista henchido de ideas nuevas, alabando a los dioses por haber dado tal prodigio de mortal. Allá, muy en el fondo, quedan tus descoloridas ideas, tus pobres opiniones, tu angustia, y el pensamiento de que tal vez tus argumentos no tengan el brillo, la sapiencia de lo escuchado, pero persiste la convicción de que para una buena conversación se necesitan cuando menos dos participantes versados en el asunto, cierta afinidad en conceptos, sentimientos, ciencia, vivencias y alternancia en los papeles de codificador/decodificador porque, después de horas de escuchar, difícilmente se tiene la misma ca-

pacidad receptora y los mensajes sólo permanecen en su forma original sin pasar el proceso de aplicación inversa.

Por lo regular, para una conversación, cualquier clase de conversación, palique, plática charla, deben existir los hablantes, oyentes y, repito, cambios de papel.

Algunas ocasiones he tenido deseos de pertenecer a un grupo de conversadores (si lo son, ustedes tendrán que decidir) que en número, cuando menos de veinte, se engolfan en una amena conversación de horas y que van de un tema a múltiples materias. Siempre me he preguntado, ¿guardará, alguno de ellos, el recuerdo exacto de su palique? Porque, si son veinte o más y todos versados en diferentes asuntos, apasionados en sus temas, armonía, obstinación y que cada uno de ellos no sabe escuchar y que usted se siente en un maremoto de voces fuertes, risas, ademanes, esfuerzo por hacerse escuchar... ¿La conversación? Después de veinticinco años no recuerdo, completo, un solo tema abordado porque saltan de problemas escolares, la última boda a la que asistieron, el arreglo de perengana, la enfermedad de alguno de ellos, el zodiaco, la multa de tránsito, lo que sufrió el perro, el último accidente, la cuestión política actual, el adulterio de X, *la Cosa nostra*, el último episodio de María Inés, los quince años de..., el sepulcro de Tutankamón, encuentros extraterrestres, matrimoniales, los doble AA, el mercado negro, las medias tintas, el sufragio efectivo, la no reelección, el crimen... y ¿qué de cada caso? Porque mi capacidad como decodificadora no alcanza para controlar todos los mensajes y me quedo con un zumbido, un aleteo del pobre tímpano, martillo, la endolinfa y la duda de si estaré equivocada respecto al significado de conversar.

LOLO

Tres veces a la semana, los cinco hombres ocupaban el mismo cuarto de hotel. Precios convencionales a los chafiretes de ruta. Cinco hombres solteros, jóvenes, de la clase media baja (que perdone Marx), chafiretes desde que contaban los dieciocho años de edad, apenas salida la cartilla. Cinco solteros con más de un millar de aventuras. Las meseras, las muchachas de cocina, alguna enfermera o maestra, la dueña del changarro con marido decrepito. ¡Lo que Dios diera!

Después de doce horas de manejo en la carretera, con las ingles sudadas y la espalda a punto de escocerse, bien requerían agua, jabón, una cena ligera y descanso absoluto. Pero no podían perder un día. Aquél decía que se pierde la costumbre, otros se quejaban de olvidar el camino, y los otros bien podrían hacer un favor a la esposa olvidada, a la joven soltera con fiebre uterina o necesitada de algún exorcismo.

Más de una vez soportaron curaciones salvajes; lavados con agua de permanganato, agua oxigenada, inyecciones, sulfas o los tres epazotes con virtudes curativas. Las consecuencias “eran gajes del oficio”.

El más propenso a premio mayor era el chafirete alto, delgado, arrugado a los veinticinco, blanco y lleno de tlacotes, como si la abstinencia provocara erupciones de folículos sebáceos.

Lolo, el pobre Lolo, siempre en lo mismo; curación, contagio, tratamiento, nuevo contagio. Sus compañeros aseguraban que, aparte de todo, era un pobre bruto con mala suerte. Siempre el mismo resultado, sin importar que fuese la mesera de Querétaro, la cocinera de León o de cualquier parte del Bajío.

Los cinco hombres tenían aprendido el camino, conocida a la gente. Cansados de los mismos platillos, de idénticas mujeres, decidieron cambiar de ruta.

Renunciaron al empleo. El mismo día y en el mismo banco cobraron el cheque que firmó el jefe y dijeron adiós a ocho años de trabajo. Oportunidades no les faltaron con sus compañeros de línea, los trailereros del camino, con quienes hicieron amistad de lejos, en las curvas, en los trechos en que no bastaba levantar la mano en señal de saludo: se mentaron la madre o se indicaron con los dedos su calidad de vikingos. En ocasiones se encontraron en furgones del asfalto, en hoteles de descuento, en tugurios de contagiadero.

Sus amigos les dieron santo y seña y al mes ya estaban trabajando en la ruta nueva. Zitácuaro, Michoacán, el pueblo de las tortillas como obleas, blancas y transparentes, chicharrón de cuero de cerdo, delgado y sin grasa, para quienes padecen esclerosis. Zitácuaro y el pan con olor a higo, a guayaba. Zitácuaro, la tres veces gloriosa. Y, ¡lo mejor de todo!, refugio de rameras demasiado conocidas en Guadalajara, en Tijuana y algunas hasta de El Paso, Texas...

¡A probar nuevos platillos!, nuevos cuartos de hotel. La fonda azul con piezas baratas al fondo. La terminal del pueblo con una oficina de tablas. Cuartuchos a dos cuadras de la casa de Clara. Camarera de primera, morena, de caderas a la Tongolele, dura al tacto y temblona al caminar, piernas rasuradas; en lugar

de medias, un hilo de maquillaje café que, partiendo lo espeso del chamorro, lo dividía luciendo más grueso y estético.

Los cinco fueron sobre la presa. Un día flores, dulces, serenata; unas medias de seda, caras, muy caras por el ramalazo de la Segunda Guerra Mundial.

Cada noche una disputa por lograr el turno que les haría llegar a la posada. ¡Pagar no importaba! El precio era lo de menos, pequeños sobornos al despachador, dádivas a sus compañeros, con tal de pasar la noche en Zitácuaro, Michoacán.

Durante seis meses hicieron toda clase de piruetas, modestas reuniones, paseos a la Carolina, cartuchos de orquídeas, azaleas, nardos, frutas en espléndido arreglo: el níspero velludo luciendo botones de roas; el espárrago de marco para las azaleas; las orquídeas lilas que servían de prendedor al traje sobrio de la muchacha.

Clara, la camarera, les hacía poco caso. Aceptar sus despilfarros no era cosa de amor; le agradaba ser objeto de miramientos. Lolo estaba enamorado a tal grado que deseaba a toda costa ser el único galán. Llamó a la compasión, hacía recuento de sus múltiples contagios, sus mil arrugas, su cara granosa. Súplicas, enojos, poco a poco ganó terreno, sus compañeros aceptaron dejar a Clara para Lolo.

Clara seguía en la misma actitud, poco interés y con la menor excusa salía del cuarto. Lolo era el primero en llegar a Zitácuaro y el último en salir. Las flores y los regalos, desde aquel entonces, salían del dinero de Lolo. Lolo desmejoraba a causa de la pasión: pálido, delgado, se hizo devoto de san Antonio, de la virgen de Zapopan, invocó a cuanto santo alcahuete encontró. Lolo padecía insomnio. Dejaba de trabajar, su aspecto movía a lástima.

Cierta mañana, Lolo amaneció radiante, regresó al trabajo, comió a toda hora. Los amigos preguntaron y Lolo explicó que la Clara lo había aceptado.

—¡Necesito el cuarto para los dos! Ustedes pueden alquilar el cuarto contigo; está vacío, no podemos dormir los seis en una habitación.

—¡Está bien, Lolo! —exclamaron los cuatro, al mismo tiempo que guardaban sus pertenencias en el cuarto cercano. Llegada la media noche, los cuatro amigos de Lolo regresaron al hotelucho. Venían achispados, con restos de charanda en las botellas.

—¡Estaría bien celebrar! —todos aceptaron y con cautela abrieron la puerta. Quedaron llenos de asombro. Lolo permanecía recostado junto a Clara, tranquilo, sereno. Lolo pasaba la mano a lo largo del cuerpo de Clara. La luz de la lámpara aumentaba el volumen, fina escultura, brillante cobre pulido, senos como laderas perfectas, vientre abombado, muslos flexionados, impávida.

Los cuatro se sintieron avergonzados. Habían sorprendido el enigma del amor satisfecho. Prometieron no volver a espiar a la pareja. Así pasaron tres días. Clara dejó el trabajo. Lolo corría al cuarto después del viaje. En dos ocasiones no quiso cenar. Los amigos, al recuerdo del cuerpo de Clara, sentían comprender a Lolo y a la vez les picaba la idea de mirar a Clara, no importaba que fuera vestida.

—Lolo, queremos invitarte a cenar esta noche, llevas a Clara, ¿qué dices?

—No sé, debo preguntarle, después les aviso.

Lolo sale de prisa, corre a su cuarto, del que no sale hasta el día siguiente. Es la hora del viaje, saltando al carro grita:

—¡Mi mujer no quiso ir a cenar!

Nace la confabulación. Se citan para el regreso a Zitácuaro. Se quejan del bruto de Lolo y lo culpan de sus malos pensamientos. Ellos querían ver a Clara, no importaba que fuera con sus sobrios ropajes; pero, como Lolo lo había impedido, ¡la verían en los hechos!

Llegada la noche, saltaron al cuarto. Lolo sentado a los pies de la cama repetía ¡Clara, ya no eres la misma! ¡Clara, ya no eres la misma!

Los cuatro amigos encendieron el foco del centro del cuarto. Lolo queda quieto, su aspecto chocante no causa ni lástima. ¡Clara, la bella Clara! Serena, exánime, el vientre abombado, fétida su carne, descansa en la cama, los brazos tirantes, la cara descompuesta. ¡Lolo no había perdonado su desdén! Lolo abraza a Clara, la abraza, la besa.

ASAEEL Y LA GEMELA

Al mudarnos a esta casa, herencia de una vieja tía, algunos vecinos nos anticiparon que no había noche en que un grito lastimero no rompiera el silencio. Nosotros con algo de temor vinimos a vivir aquí. En efecto, noche tras noche se llenaban las alcobas de gritos que rompían en jirones la oscuridad. Mi hermano asomaba su cara pecosa por la puerta de mi dormitorio y desde mi cama lo convencía de regresar a dormir. Algunas veces, al comentar lo sucedido, hicimos burla de nuestro miedo. Los dos teníamos el mismo temor. Llevamos a un sacerdote, rezamos un novenario, prendimos lámparas de aceite, de cera de abeja, lámparas eléctricas.

Era tal nuestra aprehensión que vislumbramos, en la casa oscura, unas luces que danzaban del piso de mi cuarto al de mi hermano. No había más moradores en la casa que Asael y yo. Después del fallecimiento de nuestros padres, nos vimos obligados, por los recuerdos, a dejar el hogar donde habíamos sido tan felices. Asael, noche tras noche, hablaba entre sueños. Algunas veces lo escuché decir “No, papá, no me dejes”, “¡Mamá, mamá!” Como él, yo sufría la ausencia de nuestros padres; pero alguien debía tener fortaleza.

La muerte de nuestro único familiar hizo que abandonáramos la casa paterna. Aquella casa llena de recuerdos que nos abrigó durante veinte años. Éramos gemelos nacidos con veinte

minutos de intervalo, aunque no teníamos tanto parecido anímico como físico. Él tenía pecas y yo también, éramos tan parecidos que de vestir los dos de hombre o de mujer cualquiera se habría equivocado. No éramos fuertes, medíamos 1.80 y teníamos el mismo peso. Estábamos seguros de haber agotado todos los recursos que iban desde los exorcismos hasta las imprecaciones de mal gusto.

Noche a noche llegamos al dormitorio con la idea de vender la casa o simplemente abandonarla.

—¿Crees que sea justo?

—Sí, hermana, debemos abandonar este lugar que ya había sido tomado por sabe Dios quién. Además, lo único que nos acarrea es un constante insomnio, pérdida de peso, pereza para ir a nuestros trabajos, falta de apetito y el deseo constante de correr lejos de aquí.

Al recibir la herencia de la tía y ante el tormento de los recuerdos de nuestros padres, muertos en un accidente, decidimos refugiarnos en la nueva propiedad. Era imposible regresar a nuestra anterior casa; la habíamos rentado por un año. Así que decidimos hacer todo lo posible para evitar esas noches de insomnio. Como se acercaban las vacaciones, determinamos dormir de día. No podíamos resistir más ese arrastrar de cadenas, de gritos lastimeros y, como si fuera poco, las luces que danzaban en el piso. Alguien, no recuerdo quién, sugirió llevar a una médium. Ella, en trance, dijo: “Esta casa hace muchos años perteneció a un viejo militar. El producto de su rapiña fue enterrado aquí. Los fuegos fatuos que danzan de una recámara a otra son los gases que se desprenden del otro enterrado. Deben hacer una gran excavación, levantar el piso del rincón de la recámara de Asael, tres metros de profundidad y cuatro de largo”.

¿Quién haría esa zanja? Nosotros nos sentíamos impotentes. ¿Quién le dijo a la médium que mi hermano se llamaba Asael? Sin querer temblé de miedo. Al salir la mujer, mi hermano y yo quedamos sin habla unos minutos.

—¿Qué hacemos, Asael?

—Yo no hago nada, hermana. Me chocan estos asuntos, es mejor buscar otra casa en renta. Lo que sea, pero cambiar de morada. No soporto este miedo. Creo que la tía nos dio una casa maldita; yo nunca la quise y ella jamás nos llamó, ¿por qué nos daría la casa?

Así pasaron días enteros entre la idea de cambiar de domicilio y la tentación insana de escarbar, ¿para qué queríamos escarbar el piso? Dinero no nos faltaba. Nuestro trabajo en esa vieja farmacia dejaba para vivir, lo que nos habían dejado nuestros padres en el banco y la renta de la finca, una bella casa para cuatro personas con todas las comodidades, de las que carecíamos aquí. Esta casa, aparte de vieja, contaba con dos recámaras, un corredor umbroso, un patio oscuro hasta en los días soleados. Sin querer distinguíamos una densa bruma que deambulaba por corredores, patio, baño. Era una casa oscura llena de ruidos y gritos de angustia.

Una mañana sentimos frío y la sensación de que algo nos rodeaba. Asael gritó, yo solté el llanto. Entre hipos traté de calmarlo y haciendo esfuerzo decidimos excavar. Iniciamos un martes trece a las doce de la noche. La médium aconsejó que era lo más apropiado. De noche, con velas puestas en cruz, alcohol para arder en la zanja que indicara el lugar exacto del tapado. Compramos unos costales en los cuales iríamos guardando el escombros. Día tras día nos dimos a la tarea de levantar el piso, marcamos una línea que iría del rincón al centro de la alcoba, tres metros de profundidad y cuatro de largo.

Tendríamos que ir del rincón al centro del cuarto. Haciendo cuentas cabríamos los dos tendidos en el socavón. Sentí escalofrío, ¿por qué se me ocurrió que cabríamos ahí? Día tras día llenábamos costal y medio de escombros. Nuestro trabajo era lento, tedioso, permanecer en esa posición en contacto con la tierra húmeda nos causaba frío, sentíamos un soplo helado que corría del espinazo hasta los polos opuestos. Mi nariz se mantenía helada, no importaba que mi turno fuera de espera o de escarbar la tierra. Asael salía más pálido que un muerto, aterido y con el llanto a punto de brotar. Sentada frente a la fosa pensé hasta en desplumar una gallina negra, matar un cordero, un aquelarre, llevar otra vez a la médium; pero se había negado a trabajar ahí.

Los gritos cada día eran más y más fuertes, el arrastrar de cadenas, el derrumbe de mil botes y, como si fuera poco, el temor de llegar a mi turno de topo. Encontré un pequeño esqueleto. Traté de salir rápidamente con él y entre mis dedos sentí el correr de la arena, el pequeño armazón se deshizo en segundos. No regresé a la zanja, preferí convencer a mi hermano de tomar medidas de lo escarbado. Nos faltaba un gran trecho, sobre todo de largo, de profundidad, según nuestros cálculos un metro. Después de ocho días tomamos medidas y...

—¡Ya cabemos tendidos, Asael! —dije sin pensar.

—Sí, con nuestros cuerpos podemos saber si ya son cuatro metros.

—¿Sabes que encontré un pequeño esqueleto?

—¿Dónde lo dejaste?

—Se deshizo entre mis manos, tal vez de viejo.

Asael tomó su turno. Así continuamos algunos días más. Ya teníamos pilas de arena, tepalcates y piedras de regular tamaño.

—Para el viernes terminamos, hermana. Dicen que cuando se encuentran tepalcates ya se está cerca de...

—De lo que sea, Asael, el chiste es dar fin a este ambiente.

—¿Qué dices si, para terminar más rápido, tú rascas del centro al rincón y yo del lado opuesto?

Con esa posición nos sentimos un tanto protegidos, una calma en nuestros ánimos que hacía el trabajo más ligero. Dejé de temblar, mi hermano parecía menos espantado. Los minutos transcurrían plácidamente. Los gritos de dolor desaparecieron por instantes. Poco después se multiplicaron, dejaron de ser gritos del averno y se convirtieron en nuestros propios gritos. El terror nos hizo querer salir de la zanja, pero nuestros cuerpos se habían convertido en intensos fardos. Alcanzamos a tocar nuestras manos, con desesperación arañamos el suelo. Pudimos hincarnos, así quedamos cara a cara. Asael lucía transformado y creo que yo también lo estaba.

—¿Qué tienes, hermana?

—Tengo... —no pude hablar, mi lengua era una estopa. Mi hermano parecía congelado, su cara era una mueca de espanto.
—¿Qué te pasa, Asael?

El terror nos había alterado, pero en ningún momento dejamos de arañar la tierra. Como locos arrancábamos trozos de piedra, de arena, lo que fuera para llegar a los tres metros de profundidad. Poco a poco fuimos acumulando huesos de gran tamaño, largos y blancos que no se deshacían entre los dedos. Llegamos a los tres metros. Trabajábamos tendidos cara a cara. Los huesos apilados a un lado de la zanja, según nuestros cálculos tenían el mismo largo que nuestros cuerpos ateridos. Asael y yo no hablamos más, lo único que podíamos hacer era amontonar los restos óseos. Habíamos dejado de llorar, no más gritos de

miedo, no más arañar la tierra, nos harta el fuerte olor a azufre y un grito que surgía de una de las calaveras. Abría su descarnada boca, al mismo tiempo que sus cuencas vacías se agrandaban...

—¡Caven, sigan cavando hasta el fin del mundo!

Índice

| | |
|-----|--|
| 7 | Prólogo, <i>Lorena Paz Valderrábano Bernal</i> |
| 13 | <i>Aglaura</i> |
| 75 | <i>La tahona</i> |
| 229 | <i>Noche fuera de casa</i> |
| 231 | Fórmula de amor |
| 235 | Las princesas |
| 237 | Perdiendo peso |
| 239 | Piri |
| 247 | Noche fuera de casa |
| 251 | Medusa |
| 257 | La chancla |
| 261 | La ciudad de Brujas |
| 265 | La ouija |
| 269 | El mito del siglo xx |
| 273 | La conversación |
| 275 | Lolo |
| 281 | Asael y la gemela |

aluvión

de la

memoria

de Emma Mauricia Moreno, se terminó de imprimir en noviembre de 2013, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S.A. de C.V., con oficina en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, Toluca, Estado de México, C.P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif y Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué. Formación: Mariko Lugo. Portada: Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Eridania González Treviño y la autora. Supervisión en imprenta: Mariko Lugo. Editor Responsable: Félix Suárez.

